JOSE ECHEGARAY (1833-1916). LA TRAYECTORIA DE UN INTELECTUAL DE LA RESTAURACION.

2-XII-88

Javier Fornieles.

Granada 1988.

UNIVERSIDAD DE GRANADA

ACTA DEL GRADO DE DOCTOR EN Filología Hispánica

Curso de 1988 a 1989 Folio ..... Número 475

Reunido en el día de la fecha el Tribunal nombrado para el Grado de Doctor de D. Javier Fornieles Alcaraz, el aspirante leyó un discurso sobre el siguiente tema, que libremente había elegido: José Echegaray. La trayectoria de un intelectual de la Restauración

Terminada la lectura y contestadas las objecciones formuladas por los Jueces del Tribunal, éste le calificó de Apto cum laude.

Granada 2 de diciembre de 1988

El Secretario del Tribunal,

EL PRESIDENTE,

El Vocal,

El Vocal,

El Vocal,

Firma del Graduando,

J. Fornieles

INVESTIDURA . . { En el día de la fecha se ha conferido a D. ..... el Grado de Doctor en la Facultad de ....., conforme a lo prevenido en las disposiciones vigentes.

Granada ..... de ..... de 19 .....

EL DECANO,

CERTIFICO: Que el Acta que antecede concuerda con la del expediente del interesado remitida a la Secretaría de la Universidad.

Granada ..... de ..... de 19 .....

El Catedrático Secretario,

V.º B.º
EL DECANO,

I N D I C E

TOMO I

INTRODUCCION..... 4

CAPITULO I. LA VIDA MADRILEÑA Y SUS EXPECTATIVAS.....29

CAPITULO II. ETOPEYA DEL INGENIERO.....43

CAPITULO III. LA ECONOMIA POLITICA: SU IMPORTANCIA Y DIFUSION EN ESPAÑA.....85

CAPITULO IV. FREDERIC BASTIAT: SU INFLUENCIA EN ESPAÑA.....101

CAPITULO V. LA PARTICIPACION DE ECHEGARAY EN LOS MOVIMIENTOS LIBRECAMBISTAS. PRIMERAS PUBLICACIONES: EL ECONOMISTA. 125

CAPITULO VI. LOS INGENIEROS Y EL LIBRECAMBIO. LOS APUROS ECONOMICOS DE ECHEGARAY.....140

CAPITULO VII. LA PRESENCIA DE ECHEGARAY EN LAS ASOCIACIONES LIBRECAMBISTAS: LA SOCIEDAD LIBRE DE ECONOMIA POLITICA Y LA ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES. LOS RECURSOS ORATORIOS DE ECHEGARAY.....150

CAPITULO VIII. LA ACTIVILAD SOCIAL Y POLITICA DE LOS LIBRECAMBISTAS. PRIMERAS INTERVENCIONES DE ECHEGARAY EN EL ATENEO. 172

CAPITULO IX. LA RAZON: UNA AVENTURA INTELECTUAL.....188

CAPITULO X. LAS PROTESTAS Y LA CRISPACION DE LOS INTELECTUALES (1865-66).....232

CAPITULO XI. CAPITULO XII. LA GLORIOSA: LOS TEMORES INICIALES Y LA INCORPORACION DE ECHEGARAY A LA POLITICA.....265

TOMO II

CAPITULO XII. LOS DEMOCRATAS MONARQUICOS.....281

CAPITULO XII. LA EXPERIENCIA POLITICA DEL SEXENIO.....312

CAPITULO XIV. EL RETORNO A LAS TAREAS CULTURALES. LAS ACTIVIDADES CIENTIFICAS Y LITERARIAS.....364

CAPITULO XV. EL GRAN GALEOTO Y LAS CONTIENDAS POLITICAS Y LITERARIAS EN 1881.....388

CAPITULO XVI. LA CRISIS FINISECULAR Y EL HOMENAJE DE 1905.....437

EPILOGO.....456

NOTAS.....464

BIBLIOGRAFIA.....552

INTRODUCCION.

Si siempre parece oportuno despertar el interés del lector antes de emprender un largo camino, la precaución, en este caso, resulta obligada. Sería difícil, en efecto, encontrar en nuestra literatura unas obras que hayan sido zaheridas por la crítica con tanto encono como las estrenadas por José Echegaray, Eugenio Sellés o Leopoldo Cano a partir de 1874. La atención concedida a las novelas de Galdós y Clarín ha cobijado varios esfuerzos dedicados a esclarecer las incursiones de estos últimos en el teatro; e, incluso, otros autores como Tamayo, Gaspar o Dicenta, cuyas obras más representativas surgen antes del Sexenio o en las últimas etapas de la Restauración, han merecido estudios de cierta envergadura. Pero el portillo se cierra de golpe cuando llegamos a Echegaray y sus seguidores. El gran Galeoto, O locura o santidad, El nudo gordiano, La moderna idolatría, son hoy, cuando apenas ha transcurrido un siglo desde su triunfal aparición en los escenarios madrileños, una reliquia abandonada. Ningún estímulo nos anima a iniciar su lectura y, junto a la penuria bibliográfica, sobresale, por ejemplo, la ausencia de ediciones anotadas con un mínimo rigor.

El recuento de los trabajos dedicados a Echegaray ilustra de forma fehaciente el olvido en que yacen los autores citados. Si exceptuamos las reflexiones de Valbuena Prat y sus comentarios sobre la necesidad de remontar "la superficial reacción" generada a principios de siglo[1], puede decirse que un artículo de Gonzalo Sobejano constituye el único intento casi de esbozar, al menos, una clasificación temática de sus dramas y de analizar los criterios estéticos puestos en boga por Echegaray.[2] Al margen de estos

ejemplos, el balance que ofrecen las últimas aportaciones bibliográficas, no puede ser más descorazonador. Los errores, la cansina repetición de unos juicios condenatorios así como las vagas consideraciones sobre la superficialidad, el gusto chabacano o las aficiones oratorias de la época, se acumulan en los manuales y monografías, poniendo de manifiesto, en no pocos casos, un desconocimiento y una falta de información sorprendentes. La indiferencia de los los lectores profesionales y la ausencia de estudios destinados a explicar el éxito obtenido por Echegaray y sus continuadores en los escenarios españoles a partir de 1874, resultan, a decir verdad, tan extraños que nos obligan, incluso, a plantearnos la siguiente pregunta: ¿Acaso no es posible mantener con ellos "esa extraordinaria virtud para un lector -como apunta José F. Montesinos al analizar las novelas de Fernán Caballero-, que es la capacidad de emoción histórica"[3]? Lógicamente, el afianzamiento de unas bases que avalen una respuesta afirmativa, y la indagación de las causas que originan las actitudes adoptadas por la crítica, se convierten en uno de los objetivos principales de nuestro trabajo.

Para explicar la situación peculiar de las obras y autores mencionados, podemos aducir, en principio, varios motivos. El teatro posee, en efecto, unos rasgos específicos y se halla sujeto a numerosas servidumbres, que determinan, en buena parte, la acogida del público y su difusión posterior. Los intereses crematísticos, la formación de los actores, los comentarios de la crítica, los recursos técnicos disponibles, los hábitos de los espectadores, limitan las posibilidades del dramaturgo y, al vincular cada representación a un momento determinado, dificultan, asimismo, el acercamiento del lector.

Unas mínimas consideraciones sobre uno de los factores mencionados pueden ayudarnos a captar su importancia y los errores que el desconocimiento de

los mismos genera con respecto a las obras estrenadas durante la Restauración. Los dramas llevados a la escena por Echegaray tienen, en efecto, como soporte principal no al dramaturgo sino al intérprete. Por un lado, el actor ejerce las tareas del director de escena así como las del empresario; y, por otro, se encuentra en el origen del proceso de creación, pues los autores componen sus obras de acuerdo con los recursos y las cualidades de los intérpretes. Sólo a partir de estas premisas generalmente olvidadas, podemos medir, en consecuencia, el entusiasmo de un público que acude cada noche a las salas de teatro, y la eficacia de los recursos estilísticos que, precisamente, obstaculizan la aproximación del lector actual: las situaciones melodramáticas, la permanencia del verso, la utilización continua de determinados procedimientos -el aparte, los monólogos-, y el abuso de figuras como la imprecación, el apóstrofe o la interrogación retórica.

Por último, ni los conflictos planteados ni las soluciones propuestas por el dramaturgo en los escenarios madrileños ayudan, evidentemente, a corregir su anómala situación. Sus obras no sólo no se corresponden con nuestros gustos sino que además sus temas y procedimientos tampoco encajan en un periodo que, según la crítica, se caracteriza por el curso ascendente del Realismo. De esta forma los dramas de Echegaray, vinculados a unas técnicas de interpretación y a una tradición retórica prontamente desterradas, impiden el acceso inmediato a los textos. Lejos de alentar la ficción de que, una vez eliminados los aderezos y las inquietudes propias de la época, es posible hallar unas ideas y sentimientos reconocibles, las obras de Echegaray sumen al lector en una perplejidad creciente y le privan de cualquier asidero. Parecen particularmente empeñadas en deshacer uno de los mitos más arraigados en los dominios de la crítica -*la lectura directa o inocente*[4]- y

nos obligan, por ende, a situarlas en una coyuntura histórica y literaria específicas.

Ahora bien, la cuestión esbozada es sin duda más compleja, pues los mismos problemas e interrogantes planean sobre la lírica, el pensamiento y la mayor parte de las actividades culturales promovidas durante la segunda mitad del XIX. Los ejemplos en este sentido se multiplican y no requieren arduas indagaciones. Mientras poetas como Núñez de Arce son sistemáticamente marginados, sólo en los últimos años se ha intentado dilucidar hechos tan cruciales como la difusión del positivismo o las polémicas originadas por las ideas evolucionistas.

En medio de este panorama, el olvido de los dramas escritos por Echegaray no constituye, pues, un hecho aislado y resulta hasta cierto punto lógico. El teatro nos lleva siempre, en efecto, a realizar un análisis exhaustivo de la sociedad en que aparece, y nuestro desinterés por el mismo suele ser, por tanto, el reflejo de una actitud que se prolonga en múltiples direcciones. No en vano, las protestas y las reacciones entusiastas de los espectadores, los debates y las manifestaciones provocadas por Echegaray o Sellés, se encargan a cada paso de recordar que la escena ha sido el canal por donde los conflictos y las inquietudes sociales han discurrido, tradicionalmente, con mayor fluidez e intensidad. Desde esta perspectiva, el desconocimiento de las obras estrenadas por Echegaray, lejos, pues, de ser casual, revela, por el contrario, la existencia de un problema más hondo y nos remite, en concreto, a los criterios que han venido presidiendo las pesquisas historiográficas sobre el XIX.

Tal y como ha señalado Jose Mª Jover, el trabajo de los historiadores con respecto al XIX ha tenido como punto de referencia inmediato las circunstancias y los límites impuestos por la guerra civil.[5] El interés por este

periodo, oscurecido, en principio, por la resonancia de los estudios centrados en los Siglos de Oro, mantuvo dos propósitos definidos: explicar el origen inmediato de las insuficiencias existentes en la vida española y poner en tela de juicio los valores consagrados oficialmente. Al mismo tiempo, las investigaciones sobre el XIX, realizadas en su mayor parte desde una perspectiva liberal, aceptaron paradójicamente como guía las coordenadas establecidas por el idealismo y se convirtieron con frecuencia en celosos guardianes de unos principios destinados inevitablemente a florecer en el futuro. De acuerdo con estas orientaciones, a partir de 1950 se sucedieron los trabajos encaminados a esclarecer el vigor de un pensamiento liberal, cuyos primeros y alentadores pasos se descubrían a principios del XIX. Los afrancesados, las Cortes de Cadiz, el trienio liberal, las barricadas de 1854 o 1856, concitaron la atención de los investigadores y postergaron el análisis de los periodos marcados por el predominio de los grupos y tendencias conservadoras. La repercusión de estos planteamientos sobre la segunda mitad del XIX y, especialmente sobre la Restauración, ha sido decisiva. Las actitudes y los mecanismos políticos asentados definitivamente por Cánovas provocaban si acaso la indignación de quienes denunciaban su intempestiva supervivencia, mientras se salvaban del naufragio, únicamente, la génesis y vicisitudes del movimiento obrero, la historia política de la Primera República así como el pensamiento y la trayectoria de sus inspiradores. La atención concedida, en estos últimos años, a los factores e instituciones relacionadas con la economía -la banca, la bolsa o los ferrocarriles- no ha hecho sino confirmar, a nuestro parecer, la postura predominante entre los historiadores, para quienes *los años bobos de la Restauración* configuran aún una etapa poco atractiva, dominada por la trapacería y el escaso relieve de sus protagonistas.

La aproximación a los hitos culturales del último cuarto de siglo no es ajena, evidentemente, a estas consideraciones. La imagen central del institucionismo, el diálogo libre entre profesor y alumno para extraer unas verdades inscritas en la conciencia del hombre, constituye, en efecto, el mejor exponente de los criterios historiográficos implantados con respecto al siglo XIX. Como es sabido, en el caso de Giner y sus discípulos, la ubicación por parte del historiador en una estela común, dicta sin rebozo la recuperación de unos gestos y discursos desde presupuestos moralistas y en nombre de unos principios atemporales. Las continuas reflexiones sobre el deber, el trabajo, la tolerancia, la ejemplaridad de unas vidas alejadas de las sordas maquinaciones del poder, sustituyen en todo momento los soportes fundamentales del análisis histórico y hacen inútil cualquier esfuerzo destinado a explicar el origen, el funcionamiento y la legitimación social de unas nociones cuya validez se sitúa más allá de toda duda razonable.[6]

La actitud beligerante hacia el pasado, vivido no como una coyuntura histórica precisa, sino como respuesta a los problemas e inquietudes del presente, establece a su vez unas preferencias y exclusiones delimitadas con idéntico rigor. Por lo que atañe a los textos literarios, realismo y compromiso frente a conformismo y evasión, son las nociones que han dirigido la lectura de las obras, convirtiendo a los autores en un simple vestigio del pasado o en forjadores, por el contrario, de una tradición compartida por el investigador. Las páginas que Tuñón de Lara dedica a la Restauración en uno de sus libros fundamentales, Medio siglo de cultura española, resumen a la perfección las directrices predominantes en los artículos y monografías de estos últimos años. Frente a los escritos de Echegaray, Campoamor o Núñez de Arce, representantes de una España, horra de inquietudes, instalada cómodamente en el caciquismo, las obras de Galdós y Clarín encar-

nan la tendencia contraria. Ambos novelistas registran los problemas existentes en la Restauración y se instalan, por ello, sin mayores contratiempos en el marco vital del historiador. Las palabras de Tuñón al respecto no pueden ser más esclarecedoras: la obra de Galdós y Clarín "arranca de la realidad coetánea, la expresa en cierto modo, pero apunta a un porvenir en el que seguirá teniendo vigencia"[7]. Una simple ojeada a los repertorios bibliográficos basta, por lo demás, para comprobar hasta qué punto nuestra relación con el XIX se halla en deuda con estos planteamientos. Revistas y congresos, ediciones rigurosas y espléndidas monografías, se acumulan en torno a Clarín y Galdós, mientras permanecen en el olvido, no ya la lírica o el teatro, sino novelistas como Pedro Antonio Alarcón, capaces de mantener en tensión al lector actual.

El entrecruzamiento de los factores señalados -la complejidad de los elementos presentes en la representación y las afinidades ideológicas que la historiografía y la crítica literaria proponen como modelo al lector- es alfo que puede aclarar, en principio, el escaso interés suscitado por las obras de Echegaray. No obstante, las explicaciones anteriores resultan insatisfactorias y dejan en el aire nuevas incógnitas cuando nos adentramos en las referencias bibliográficas o en la trayectoria personal del dramaturgo.

En primer lugar, lo significativo, en el caso de Echegaray, no es quizás tanto la escasa atención concedida a sus creaciones literarias como la sorprendente agresividad que suscita incluso en los críticos más morigerados. En efecto, la trayectoria biográfica del dramaturgo, su estilo y los recursos empleados con éxito durante varios lustros, se han transformado en un término peyorativo, en un arma arrojadiza empleada con especial furor contra los gustos extraviados y los comportamientos políticos de la época. "La

máxima cumbre de lo hueco, artificial y efectista", "simple verborrea", "engendro del fin de siglo", "drama-ripio", "teatro fantasmagórico", son algunas de las opiniones que señalan con claridad manifiesta el tono y la intensidad de las descalificaciones recogidas en los manuales universitarios.[8] Otros ejemplos, espigados en diferentes lugares, corroboran su irrestañable desprestigio. El galardón otorgado a Echegaray en 1905 ha venido sirviendo a García Márquez, hasta no hace mucho, para dejar patente su desdén por el premio Nobel y las veleidades de la fama. Asimismo, la variada gama de justificaciones exculpatorias con que los lectores de Clarín soslayan o procuran paliar los cálidos elogios tributados por el novelista al dramaturgo, muestran el temor fundado en la conveniencia de evitar un contagio peligroso.[9] Curiosamente, la violencia y la unanimidad de tales reacciones pasan desapercibidas, y son sólo los laureles conseguidos por Echegaray los que intrigan de continuo a los estudiosos.

En segundo lugar, la exclusión del dramaturgo de la tradición liberal carece de fundamento y no resiste el más mínimo examen. Por una parte, sus ensayos y discursos llevan a cabo una defensa empecinada de las libertades y derechos individuales, y no por azar su incorporación a la política se produce a partir de la Revolución de Septiembre y de acuerdo siempre con las consignas trazadas por la izquierda parlamentaria. Por otra, los dramas escritos por Echegaray no presentan apenas dificultades para acomodarlos en los criterios asumidos por la historiografía. Exaltan de continuo las virtudes de la ciencia y el sentido del deber, y denuncian el fanatismo, la intolerancia y las normas de convivencia que el autor observa en la sociedad española de su tiempo. El esclarecimiento de las causas que generan tan inusitada hostilidad por parte de la crítica e impiden, incluso, la recuperación de sus obras se convierte de esta forma en una tarea ineludible y

nos brinda las últimas claves para comprender la naturaleza de los obstáculos levantados en torno al dramaturgo.

Para nadie es un secreto que el dictamen emitido por los jóvenes escritores que despuntan a fines de siglo, se encuentra en la raíz de los juicios transcritos. Los prohombres de la política y las letras, las ideas y los criterios estéticos vigentes en los primeros años de la Restauración, quedaron ya anticuados durante la Regencia, sin olvidar, por otro lado, que, "precisamente, una de las victorias de la promoción de Baroja -como señala José Carlos Mainer- fue extender una capa de olvido inmisericorde sobre aquellos contemporáneos envejecidos".[10] En las escaramuzas, la figura de Echegaray salió especialmente malparada y nos interesa, por tanto, realizar algunas puntualizaciones sobre los comentarios expuestos por Azorín, Baroja o Valle-Inclán.

Cansinos-Asséns nos ha dejado un testimonio elocuente de las penurias económicas y las dificultades para acceder a los escenarios y redacciones, como para no pensar que la "inevitable comedia de Echegaray", en palabras de Azorín, su desahogada posición económica y su feracidad literaria, suponían un desafío intolerable. Máxime, cuando, por las mismas fechas, Alejandro Sawa, entre otros, mostraba también su indignación por "la rebelde e impía terquedad de los viejos en no ceder los puestos que ocupan contra toda ley moral y natural como por usufructo vitalicio".[11] En este clima, los improperios no tardaron, lógicamente, en acumularse sobre el teatro de Echegaray. Por un lado, al acatar ciegamente los gustos del público, sostenía, a juicio de la grey modernista, una disposición de ánimo execrable, y, por otro, cerraba con su ingente repertorio "el camino a los nuevos comediógrafos como Benavente".[12]

La repulsa tuvo, no obstante, motivaciones más hondas y complejas. Por un lado, la crisis finisecular impulsó la elaboración de una nueva estética alejada de las concepciones globales y los planteamientos grandilocuentes urdidos por el dramaturgo. Mientras se preparaban los actos para celebrar el premio Nobel concedido a Echegaray, Azorín recorría la Mancha y enviaba a El Imparcial las crónicas que compondrían La ruta de don Quijote. El gusto por los matices, la recreación de las experiencias directas, los viajes para captar fielmente el entorno, señalaban con claridad el agotamiento de los modelos literarios precedentes. Asimismo, la biografía de Echegaray, catedrático, varias veces ministro, situado al frente de pingües sectores de la Administración, vino a encarnar para los jóvenes los males endémicos de la política española y proyectó nuevas sombras sobre su obra y estilo. En este ambiente hostil, los artículos de Azorín denunciaron, precisamente, la escasa veracidad de sus obras, la falta de lógica y observación del dramaturgo. Y, de esta forma, los defectos literarios se convirtieron, paulatinamente, en un ejemplo nefando de "lo brillante, lo huero, lo enfático, lo palabrero, lo oratorio", es decir, de la "inconsciencia", del "lirismo" e ineficacia que caracterizaban la política española y provocaron, a su parecer, el desastre en 1898.[13]

Ahora bien, las opiniones de Azorín o los sarcasmos de Valle constituyen, sin duda, una ayuda inestimable para apreciar los nuevos hábitos e ideas que se desarrollan a principios de siglo, pero sus críticas, por esa misma causa, apenas iluminan las inquietudes de las generaciones precedentes. Como luego tendremos ocasión de comprobar al ocuparnos del homenaje organizado en 1905, los comentarios vertidos por Azorín y sus compañeros de promoción tienen su origen en unos factores históricos concretos y muestran ante todo la extrañeza de quien asiste a un espectáculo insólito. Revelan la

distancia insalvable que se abre entre unos y otros, y a cada paso nos indican la imposibilidad de aceptar como guía fidedigno sus testimonios.

La pobreza de los esquemas usuales y la necesidad de añadir nuevos perfiles a la figura de Echegaray surgen con facilidad cuando analizamos otros datos y testimonios de la época. Dentro del confuso panorama que forman las lecturas recomendadas a los obreros a finales de siglo, el dramaturgo tiene, por ejemplo un papel destacado. Lily Litvak ha señalado cómo sus obras solían aparecer, por su contenido crítico, en las veladas teatrales organizadas por los anarquistas.[14] Esos valores son los que permitieron a El País abrir el número dedicado a glosar los actos del homenaje con un artículo en el que se recordaba el anticlericalismo y la militancia del viejo líder radical: <<El anticatolicismo de Echegaray>>.[15] Y, por razones similares, Angel Cunillera, pese a la dureza con que había censurado sus últimos estrenos, recordó en La Revista Blanca el significado histórico de los mismos y mostró su desacuerdo personal con las protestas encabezadas por Azorín en estos términos: "las obras de Echegaray representaron un día lo moderno y lo revolucionario en el teatro y en el modo de apreciar la misión del hombre y los problemas de la vida".[16]

Años más tarde, las dudas de Baroja, al ocuparse en sus Memorias de las obras escritas por Echegaray, reflejan los equívocos apuntados y la conveniencia de enfocarlas con arreglo a los criterios vigentes durante el reinado de Alfonso XII. La cita es un poco larga, pero merece la pena recordar sus palabras:

> Como no soy terco, y no sólo no me molesta, sino que me gusta cambiar, he leído este verano en una casa de campo de Guipúzcoa algunos dramas famosos de Echegaray, entre ellos El gran galeoto y O locura o santidad. Yo no comprendo cómo un hombre de talento pudo escribir estas obras, que me han parecido detesta-

bles. ¿Es que el público cambia? ¿Es que lo que le gustaba ayer no le gusta hoy? No lo sé.[17]

La perplejidad de Baroja nos indica el rápido envejecimiento del teatro de Echegaray y la necesidad de releer aquellos dramas adoptando una nueva perspectiva. Es más, cuando Baroja se refiere a la etapa en la que Echegaray logra sus mayores éxitos, se diría que una densa niebla ha oscurecido un pasado, por otra parte, tan reciente. Las dudas y las vacilaciones recorren el texto y muestran las dificultades para enfocar la silueta del dramaturgo:

> Al parecer, en su época, los grandes defensores del teatro de Echegaray fueron los revolucionarios, porque el autor de <u>El gran galeoto</u> era un radical, hombre que quería ser destructor.
>
> Después, con este gusto de la fantasía actual de tergiversarlo todo, se ha querido decir que los escritores hostiles a Echegaray a principios de siglo eran los revolucionarios contra el conservador, y parece que era lo contrario: los tradicionalistas en literatura contra el liberal.[18]

Otros datos, nos hacen ver, asimismo, que el dramaturgo, con independencia de los resultados obtenidos, está abierto a las últimas corrientes literarias o de pensamiento, y que sigue con interés la labor de los autores noveles. El calor con que Echegaray se aplica a divulgar los avances de la ciencia, su temprano interés por Ibsen, su entusiasmo ante los primeros pasos de Dicenta, los consejos dados a González LLanos y a Francos Rodríguez para que adapten una obra de Hauptmann, nos hablan, en efecto, de una actitud reñida con los juicios consagrados oficialmente.[19]

Por último, un detalle nimio quizás sirva para resaltar el talante liberal, abierto a cualquier innovación, del dramaturgo y para exponer de nuevo

la conveniencia de revisar los planteamientos afincados en los comentarios de Azorín y sus compañeros de promoción Mientras Echegaray, ya sexagenario, practica el ciclismo con inusitado entusiasmo y termina siendo nombrado presidente honorario de la Sociedad de Velocipedistas Madrileños, cuesta trabajo olvidar que, durante esos años, Ganivet, por ejemplo, rechaza con insistencia las costumbres europeas, se burla de la luz eléctrica y expresa sus temores ante el día en que sus paisanos "acepten el sistema parlamentario y se dediquen a montar en bicicleta"[20]. Entre bromas y veras, Echegaray, en sus artículos de El Imparcial, aprovecha, en cambio, para mostrar su espíritu siempre favorable a cualquier novedad y para dar rienda suelta a las ilusiones que lo definen y que tienen su origen en los años que preceden a la Gloriosa. El nuevo vehículo de locomoción revela nada menos que el uso inteligente de nuestros esfuerzos, proporciona más libertad al individuo y, a juzgar por sus exclamaciones —"¡Qué libre, qué independiente, qué individualista es la bicicleta!"—, cifra casi las más íntimas aspiraciones del dramaturgo.[21] Aunque se trata desde luego de una simple anécdota, sus palabras dejan al descubierto, una vez más, el fervor de Echegaray por cuanto guarde relación con el progreso así como el optimismo irrefrenable de este próspero representante de la burguesía liberal.

Si aceptamos, pues, el hecho de que, para valorar correctamente las reacciones suscitadas por las obras de Echegaray durante la Restauración, debemos emplear otros puntos de referencia, parece obligado acudir sobre todo a los juicios expuestos por quienes escriben y participan en la vida cultural española entre 1874 y 1890. La tarea, sin embargo, no resulta en modo alguno sencilla. Las dificultades para componer un retrato preciso del dramaturgo valiéndonos de los testimonios más directos, surgen por doquier y

constituyen, a decir verdad, otra de las causas que explican la persistencia de las premisas y criterios establecidos posteriormente.

El desconcierto de los lectores actuales aparece ya entre los críticos del momento, incapaces muchas veces de explicar los triunfos logrados por Echegaray. Uno de los más afamados, Manuel de la Revilla, advierte en sus crónicas las dificultades que encontraba para explicar las tendencias instaladas en la escena española a partir de 1874, y manifiesta su asombro, en repetidas ocasiones, ante la extraña mezcla de grandes aciertos y errores imperdonables que se dan cita en los dramas de Echegaray. La descripción que Revilla hace de su obra literaria -"una especie de síntesis hegeliana en que se unen todas las contradicciones y se suman todas las antinomias"- nos da idea de la perplejidad provocada por el neorromanticismo y los planteamientos del dramaturgo.[22]

A su vez, los diarios y las revistas que se corresponden, cronológicamente, con sus mayores éxitos, nos muestran unas reacciones tan dispares como irreductibles por parte de los espectadores. En efecto, junto a los aplausos enardecidos y las serenatas en honor del genio, las voces disconformes se dejaron oír con fuerza desde el primer momento. Mientras los partidarios de Echegaray alaban su imaginación, su talento para alumbrar las pasiones y las luchas secretas de la conciencia humana, y lo aclaman como "la personificación de una sociedad, de un pueblo, de una época, de un siglo"[23], por el contrario, sus detractores le recriminan con acritud sus extravíos e inverosimilitudes, la precipitación de unos dramas que componen "la infracción más solemne de los mandamientos de la ley de Dios, de los del arte, de los del sentido común y de los de la gramática".[24]

El apasionamiento suscitado por sus obras y el duelo que sostienen sus partidarios y oponentes, lejos, pues, de disipar los equívocos, contribuyen

a reforzar los comentarios despectivos de Valle, Azorín o Baroja. Los elogios hiperbólicos de la prensa liberal y la indignación de los conservadores, unidos al desconocimiento generalizado de la Restauración, restringen esta vía de aproximación y parecen confirmar ese "ambiente de cursilería y agarbanzamiento absoluto", el triunfo, en definitiva, de una retórica que enmascara la realidad y sacrifica los sentimientos auténticos.[25]

La compleja red de circunstancias que se dan cita en torno a la figura de Echegaray, proyectan, ciertamente, sobre el dramaturgo una sombra difícil de apartar. Como hemos podido advertir, sus obras ponen una y otra vez de relieve las insuficiencias de los métodos y los juicios de valor adoptados preferentemente por la crítica. En primer lugar, el teatro de Echegaray, ligado a unas prácticas literarias y debates ideológicos precisos, subraya los límites de aquellos estudios que sostienen como criterio básico la naturaleza primordialmente verbal y la configuración autónoma del texto. En segundo lugar, rechaza igualmente los análisis que sitúan el contenido y sus lazos de unión con los problemas e inquietudes de la época en el origen de sus indagaciones. Tales procedimientos distan, en efecto, de ofrecernos una solución satisfactoria: mutilan, por un lado, la obra literaria eliminando alguno de sus rasgos específicos y, al establecer una correspondencia mecánica entre los acontecimientos culturales o políticos, se limitan, por otro, a reproducir los errores consagrados por la bibliografía a propósito de la Restauración.

Para hacer frente a los problemas apuntados y salvar los obstáculos que rodean al dramaturgo, nos parece necesario, por nuestra parte, mantener como punto de referencia las tesis formuladas en nuestro ámbito cultural por Juan Carlos Rodríguez sobre *la radical historicidad de los textos literarios*.[26] La aceptación de este planteamiento supone delimitar un campo de co-

nocimiento mucho más amplio que el ofrecido, en principio, por la obra y nos lleva, por tanto, a cambiar el eje sobre el que la crítica literaria dispone habitualmente sus indagaciones. La página escrita deja de ser el centro del que irradian las diversas preguntas y respuestas que determinan la investigación, y se transforma en un componente de una formación histórica concreta, caracterizada por la presencia de múltiples factores con los que la obra se imbrica y mantiene unos vínculos de interdependencia. Lógicamente, el entramado que componen tanto las relaciones sociales como los diferentes discursos morales, literarios o jurídicos de una coyuntura histórica precisa, se convierte en el punto de partida de la investigación. A su vez el análisis de esta peculiar estructura nos proporciona los únicos criterios válidos a la hora de descubrir y juzgar los distintos elementos presentes en el texto. Sólo de este modo, nos parece posible solucionar los problemas planteados con respecto al teatro de Echegaray y cumplir, por tanto, con los preceptos esenciales del análisis filológico, esto es, la correcta comprensión y la explicación tanto del origen como del funcionamiento de los elementos que integran una obra.

Una vez aceptadas estas premisas, el estudio riguroso de los acontecimientos y de las inquietudes vigentes en el último cuarto de siglo debe ser el hilo conductor que nos permita establecer otras pautas interpretativas en torno a Echegaray y abordar con garantías el análisis de sus dramas. A esta luz, en efecto, el teatro, las manifestaciones políticas y las publicaciones periódicas del momento nos hablan más bien de una continua agitación, de unos debates vividos con entusiasmo por sus protagonistas, y no concuerdan en absoluto con la vida sin sobresaltos y el retrato caricaturesco que solemos tener de este periodo. Las férreas disposiciones gubernamentales aguijonearon a los disidentes y generaron, al menos durante el

reinado de Alfonso XII, una activa propaganda en favor de los derechos y los principios recogidos por la Constitución de 1869. Es preciso, por tanto, remontar la condena que pesa sobre los primeros años de la Restauración y acomodar nuestros ojos para percibir, junto a la uniforme vida de los partidos turnantes, las continuas escaramuzas de unas minorías sumamente inquietas, las normas y los proyectos que vertebran sus esperanzas y razonamientos.

Echegaray, como escritor y como político, nos ofrece, a partir de 1874, un buen ejemplo de esas actividades. Participa asiduamente en la tarea de reformar la sociedad de acuerdo con los esquemas forjados por el pensamiento liberal y de construir un nuevo orden en el que la convicción personal y el sentido del deber sustituyan a los mecanismos represivos. En sus dramas se plantean, por ello, conflictos morales; se discuten los fundamentos y el alcance de las leyes; se censuran las normas de conducta, los hábitos arraigados en las clases media y alta, y se ensalza, a cambio, el comportamiento paradigmático de diversos personajes; se lleva a cabo, en definitiva, una discusión incesante sobre la responsabilidad de los individuos y los límites que el individuo debe respetar o transgredir para hacer frente a las presiones ejercidas por la sociedad.

No obstante, la aproximación al teatro de Echegaray desde esta perspectiva genera con frecuencia una serie de malentendidos que conviene disipar. El análisis pormenorizado de los debates que surgen durante la Restauración, nada tiene que ver, en efecto, con los planteamientos divulgados por la sociología convencional ni con la pretensión de buscar una correspondencia mecánica entre dos órdenes diferentes: lo literario y lo histórico. Las reflexiones efectuadas en este sentido por Hans Robert Jauss nos parecen sumamente esclarecedoras y nos brindan un guía excepcional para evitar

los escollos que un superficial reconocimiento de la función social de la literatura puede provocar. Como es sabido, el crítico alemán hace hincapié en la capacidad del texto para producir múltiples interpretaciones y plantea la necesidad de borrar las diferencias que privilegian la creación literaria sobre el consumo y la recepción. De acuerdo con estos esquemas, que asumimos por completo, la obra, lejos de constituir un reflejo inerte, debe ser valorada, en cambio, como un elemento particularmente activo. No traduce una ideología o unos conflictos definidos con antelación, sino que orienta las conductas y regula, en definitiva, las diferentes formas de captar y percibir las experiencias individuales y colectivas. Por otra parte, el intento de reconstruir el diálogo permanente de la obra con el público elimina la tentación de atribuir al texto un sentido primordial y excluyente en virtud de los planteamientos de clase o los mecanismos formales dispuestos por el autor. La recepción, para Jauss, surge, por el contrario, como un proceso, vinculado y, al mismo tiempo, independendiente de la creación, en el que los lectores inventan, seleccionan y postergan determinados elementos con arreglo a unos criterios históricamente definidos.[27]

El interés de estos planteamientos en relación con los problemas suscitados por el teatro de Echegaray resulta innegable. Sólo así es posible dar cuenta de las controversias entabladas en los primeros años de la Restauración así como de las reacciones que encontramos desde finales de siglo a nuestros días. Pero la oportunidad de las observaciones formuladas por Jauss sobre la lectura se aprecia con mayor nitidez aún cuando analizamos los principios teóricos y los procedimientos divulgados por el dramaturgo. En efecto, las polémicas y las múltiples interpretaciones que acompañan ineludiblemente sus obras desde el momente mismo del estreno, no son en modo alguno casuales. Como tendremos ocasión de comprobar, la escena para

Echegaray no es simplemente un vehículo para verter determinadas opiniones; configura ante todo un lugar privilegiado para que el espectador proponga otras interpretaciones, y ejercite, de esta forma, los derechos fundamentales del ciudadano. Las tesis radicales expuestas por los personajes, la incertidumbre de los asistentes ante unos desenlaces que dejan en pie los conflictos presentados, las apasionadas disputas en los entreactos o la atención con que el autor observa las reacciones del público, podemos enfocarlas, en este sentido, como el lógico resultado de un teatro cuyo primer objetivo consiste, precisamente, en reafirmar la discusión y el *libre examen* como pilares básicos de la convivencia.

Las dificultades y los juicios contradictorios que rodean al teatro de Echegaray, no hacen, pues, sino recordarnos el valor de la escena como instrumento de propaganda y discusión, los vínculos que la unen a una coyuntura determinada y nos impiden acceder a ella sin aceptar previamente sus peculiariades. Ahora bien, **los problemas planteados exigen, desde luego, un complejo programa de trabajo**. Por un lado, es preciso seguir los debates y las polémicas de la época a fin de investigar la repercusión que tienen los problemas políticos o las medidas legislativas sobre el contenido de las obras. Por otro, debemos examinar las reacciones del público, los valores y los defectos que los asistentes encuentran en estos dramas, para calibrar así los usos y convenciones sociales admitidos. Es necesario, asimismo, estudiar las peripecias y procedimientos estilísticos empleados así como los vínculos que estas obras guardan con los recursos popularizados en Francia por Alejandro Dumas, hijo, y su escuela. Lógicamente, debemos sopesar también los criterios con arreglo a los cuales emiten sus juicios los críticos de este periodo -Ixart, Revilla, Cañete, Luis Alfonso, García Cadena, etc-. Y es preciso, por último, analizar la actitud del público y el trabajo de

los actores, el componente, sin duda, más significativo de la representación en esos momentos. Un trabajo sumamente complicado en el que las aportaciones de Chartier sobre los hábitos adquiridos por los lectores, las prácticas y los soportes físicos que acompañan la recepción de un texto, pueden servirnos de referencia.[28]

La correcta interpretación de las obras que diariamente ocupan los escenarios de la capital, requiere, en consecuencia, un conjunto de estudios que el lector no va a encontrar en estas páginas. La ausencia casi absoluta de una bibliografía solvente, por lo que se refiere a Echegaray, y la necesidad de rehuir los lugares comunes establecidos a su alrededor, nos obliga, en efecto, a ir paso a paso. Nuestro trabajo se limita, en realidad, a llamar la atención sobre las complejas propuestas e inquietudes que la escena proyecta en múltiples direcciones, y desarrolla, si acaso, una labor preliminar.

Para llevar a cabo esta tarea, hemos adoptado como hilo conductor la biografía de Echegaray y el recuento de sus actividades, desde mediados del siglo XIX hasta la concesión del Premio Nobel en 1905. Las categorías tradicionalmente empleadas en torno al esquema elegido pueden provocar, en principio, ciertos recelos que debemos eliminar. Conviene, por ello, advertir que no pretendemos identificar la obra con la vida del autor ni intentamos colocar al individuo en el centro del acontecer histórico. Antes bien, nuestra postura parte de unos criterios por completo diferentes y se atiene a los comentarios formulados en este punto por José Antonio Maravall. Las palabras de Maravall -"el hecho exclusivamente realizado por una personalidad no es Historia; es una pura abstracción"- nos ofrecen un testimonio inequívoco y nos recuerdan que los datos encuentran únicamente sentido en el interior de las estructuras y teorías interpretativas selecciona-

das por el investigador.[29] La tarea que abordamos en estas páginas no busca, por tanto, recuperar una serie de datos singulares sino explicar su encadenamiento dentro de un complejo sistema de relaciones que desborda ampliamente el conjunto formado por el individuo y sus experiencias.

Las consideraciones anteriores no deben hacernos olvidar, sin embargo, las ventajas metodológicas que un acercamiento efectuado desde esta perspectiva puede ofrecer. La biografía, en primer lugar, tiene la virtud de remitirnos a una fecha concreta. Nos recuerda a cada paso que la obra ha sido escrita por un autor, situado en un momento histórico preciso, y nos permite fijar, a su vez, las condiciones particulares que determinan el sentido y las posibilidades de interpretación de un texto. En segundo lugar, la trayectoria vital del autor nos proporciona un criterio válido para trazar unos límites dentro de la compleja red que constituye una formación histórica. El investigador se encuentra, en efecto, ante un haz inabarcable de circunstancias y su primera responsabilidad radica en acotar un conjunto con arreglo al que selecciona los datos pertinentes. Cada etapa nos ofrece una constelación de factores que surgen, desaparecen o transforman su significado, y, en este sentido, la biografía nos proporciona una plataforma excelente para acceder a las sucesivos equilibrios que los elementos analizados mantienen entre sí. Asimismo, si aceptamos como punto de partida los planteamientos de Goldmann sobre las relaciones del autor con los diversos grupos sociales a los que pertenece, la biografía de Echegaray puede convertirse en un instrumento de conocimiento especialmente fructífero.[30] Nos permite recoger con facilidad los vículos que mantiene con los colectivos que integran la vida española desde mediados de siglo, y pone de relieve la capacidad del dramaturgo para desarrollar y trasladar, dentro de la creación literaria, unos valores e inquietudes específicos.

Finalmente, la utilización de la biografía como eje de nuestro trabajo aporta un beneficio suplementario. Frente al pretendido rigor que nos ofrecen los recuentos cuantitativos o los complicados esquemas proahijados por la semiología, la exposición de las peripecias vitales de Echegaray, adscrita a un género literario de sobra conocido, nos advierte de entrada sobre los soportes y límites de las ciencias sociales. Por un lado, nos lleva a reflexionar sobre el principio a menudo olvidado de que en el campo de la historia "estamos siempre ante hechos observados, nunca ante hechos nudos".[31] Por otro, nos recuerda que el saber histórico descansa en gran medida en la construcción de un relato, cuya trama, estrategia y contenidos dependen, en última instancia, de los aciertos y la habilidad del investigador. A nuestro entender, el reconocimiento de la estructura narrativa y de la mirada del historiador como elementos inseparables de la investigación, es algo que, lejos de situarnos en los márgenes del conocimiento científico, constituye un requisito imprescindible.[32] Evitan la tentación de aplicar mecánicamente los métodos de las ciencias naturales y otorgan al quehacer histórico un dominio particular en el que las leyes inalterables ceden su puesto a la matizada exposición de unas hipótesis y posibilidades, y a la descripción de unos equilibrios en los que las tendencias opuestas a menudo se complementan.[33]

De acuerdo con los límites y criterios anotados, el acercamiento a la obra literaria de Echegaray nos lleva, en principio, a recordar un hecho básico: el dramaturgo inicia su andadura en el teatro a los 42 años, a una edad en la que su pensamiento se encuentra plenamente consolidado con arreglo a unas experiencias anteriores a la Restauración. Sus obras, por tanto, permanecen ligadas, en gran medida, a los acontecimientos del reinado de

Isabel II y, en modo alguno, cabe leerlas con los ojos de quienes no compartieron unas vivencias decisivas. Cuando Echegaray se incorpora a la vida madrileña, el triunfo de la Unión Liberal trae consigo el resurgir de la economía y abre un periodo de continuos debates sobre los problemas y riesgos que supuso la modernización del país. Durante esos años, Echegaray, ingeniero de Caminos, integrado por su profesión en uno de los colectivos más prestigiosos, se asoma por vez primera a la vida pública, experimenta las nuevas expectativas y participa activamente en la elaboración de unos proyectos a los que se mantiene fiel de por vida. Según tendremos ocasión de comprobar, las reflexiones, los gestos desaforados y el individualismo montaraz de sus personajes se apoyan, firmemente, en ese suelo y deben tanto a esas experiencias como a las discusiones que surgen durante la Restauración.

De acuerdo con las circunstancias mencionadas, nuestro proyecto de trabajo otorgará un lugar secundario a los debates y a la vida literaria de la Restauración, e intentará dar cuenta de sus primeros escritos y de las experiencias que vertebran la ideología del dramaturgo. Concretamente, tomará a Echegaray como guía para recrear diversos aspectos de la vida madrileña antes del Sexenio, a los que apenas se ha prestado atención.

Nos ocuparemos, en principio, de los recursos económicos, la posición social y las expectativas que afectan a los ingenieros de caminos y les incitan a desempeñar un papel preponderante en la sociedad. A continuación, estudiaremos la participación de Echegaray en las campañas librecambistas, ya que este movimiento y las ideas de su inspirador en España, el economista Frédéric Bastiat, constituyen el eje en torno al cual se articulan el pensamiento y las actividades en la vida pública del dramaturgo. Echegaray ocupa, en efecto, un lugar destacado en las Asociaciones promovidas por

quienes defienden el liberalismo económico a mediados de siglo, y participa activamente en las revistas de esta tendencia. Su entusiasmo por los escritos de Bastiat incide además en los recursos oratorios que le proporcionan cierta popularidad antes de la Gloriosa e influye, asimismo, en los criterios y procedimientos con arreglo a los cuales compone sus obras de teatro. Analizaremos, asimismo, los primeros pasos de Echegaray en la vida pública y sus contactos con los grupos culturales más importantes del momento. En concreto, sus artículos en La Razón y en La Revista Hispanoamericana nos permitirán abordar el origen y alcance de las concepciones filosóficas o los problemas morales que luego podemos encontrar en sus dramas. Seguidamente, recogeremos su incorporación a la política durante la Revolución de Septiembre e intentaremos dilucidar las causas que determinan el éxito inicial y el fracaso posterior de las actuaciones llevadas a cabo por los partidos en los que milita Echegaray. Tras la experiencia frustrada del Sexenio, daremos cuenta del prestigio adquirido por el dramaturgo en los ambientes literarios y científicos, así como del significado de las tareas que emprende en la prensa o en los escenarios de la Restauración. Finalmente, analizaremos uno de sus dramas, El gran Galeoto, como ejemplo de la incidencia que las cuestiones planteadas en los capítulos anteriores tienen en la obra de Echegaray y de la peculiar elaboración a que el dramaturgo las somete en la creación literaria.

El largo viaje que iniciamos en estas páginas, desde las experiencias juveniles a los actos entusiastas que rodean al homenaje de 1905, intenta así señalar la trascendencia de los problemas tratados en sus obras y sus vínculos con los esquemas intelectuales que surgen en la próspera sociedad madrileña de mediados de siglo. Para cumplir esos objetivos, el acercamiento a los primeros episodios biográficos del dramaturgo y su inserción en em-

presas culturales normalmente olvidadas -el eje central de nuestro trabajo- constituye, a nuestro entender un primer paso ineludible y nos permite apreciar, en gran medida, la exaltación del individuo y el neorromanticismo que Echegaray pone en boga a partir de 1874. Y es que, también en este caso, si queremos llegar a buen puerto, debemos extendernos en los antecedentes y no tomarle por el medio, sino del principio.

CAP. 1 LA VIDA MADRILEÑA Y SUS EXPECTATIVAS.

Cuando repasamos la biografía de los escritores y políticos del XIX, nos encontramos siempre con un momento crucial: la llegada a Madrid. Desde las zonas rurales y desde las cabeceras de provincia afluyen grandes masas de población: los primeros buscan trabajo y los segundos -entre quienes debemos incluir a Echegaray- persiguen un horizonte más amplio, que calme sus aspiraciones. Se trata de un fenómeno generalizado y numerosos testimonios registran la distinta suerte que unos y otros corren. Si las memorias redactadas por los doctores Pere Felip Monlau y Joaquín Salarich, en 1856 y 1858, nos muestran los infortunios de la clase obrera que surge en torno a los grandes núcleos urbanos,[1] un buen número de novelas y relatos biográficos reproducen, en cambio, la alegría con que los jóvenes provistos de ciertos recursos se acercan a la Corte. En las aulas, en el Ateneo, en los teatros, en las tertulias o en las redacciones de los periódicos, los recién llegados aprenden los cabildeos de la política, se introducen en los grupos relacionados con las letras y emprenden tareas que definen claramente su personalidad.

José Echegaray y Eizaguirre no constituye una excepción. En 1848, a los 16 años de edad, cumple con el rito establecido y abandona Murcia para preparar el ingreso en la Escuela de Caminos. A partir de esa fecha, la universidad y la vida madrileña despiertan en el joven estudiante una serie de inquietudes, cuyo conocimiento resulta imprescindible si queremos comprender las ideas y las actividades que lleva a cabo antes y después de la Restauración. Tomaremos, por tanto, ese año de 1848 y el conjunto de circuns-

tancias que rodean su afincamiento en la capital, como punto de partida para nuestro estudio.

El propio dramaturgo puede servirnos de guía para aquilatar la influencia ejercida por los círculos madrileños. Su etapa de estudiante, las tertulias, las nuevas aficiones, las escapadas al teatro, los comentarios sobre la política del momento, se mencionan con nostalgia en sus Recuerdos[2]. Pero son aún más significativos los párrafos en los que describe la zozobra y el desánimo que le invade cuando se ve obligado a dejar la ciudad. "Los días que mediaron entre mi nombramiento para Granada y mi salida a Madrid -señala en uno de ellos-, fueron de los más tristes de mi vida".[3]

En enero de 1854, una vez concluída la carrera, Echegaray es trasladado, con el título de Ingeniero Segundo, al distrito de Granada, donde se le asigna la inspección de una carretera, apenas una legua, en Almería. No era desde luego un destino brillante para un ingeniero de caminos si aceptamos las referencias de Pedro Antonio de Alarcón sobre la suerte "de aquella desventurada provincia": "¡Ninguna otra hay en España, donde a la hora presente, en el año de gracia de 1883, se desconozcan todavía, no ya los caminos de hierro, pero hasta los coches de diligencia!"[4]. Allí la inactividad y el aburrimiento consumen al joven ingeniero. Las amargas páginas en las que rememora aquellos días nos proporcionan, por un lado, un testimonio fidedigno sobre la rutina y escasos incentivos de la vida en provincias e iluminan, por otro, los atractivos y la aureola de Madrid.

Afortunadamente, a los pocos meses se le presenta la oportunidad de acercarse a la capital. A primeros de julio es destinado a Valladolid y, posteriormente, la sublevación de O'Donnell le permite incorporarse a la Escuela de Caminos, esta vez como profesor. Sin perder un instante, Echegaray emprende el largo viaje hasta llegar a Aranjuez, donde se encuentran acan-

tonadas las tropas de Olano. No obstante, por encima de cualquier obstáculo, se impone la necesidad de volver a Madrid y salvar "el inmenso vacío de su vida activa y poderosamente intelectual".[5] Consigue una recomendación y, pese a la incertidumbre de aquellas jornadas, entra finalmente en la ciudad. La rapidez del viaje, la nula consideración de los posibles riesgos, reflejan la importancia de abandonar el yermo de las provincias; pero también lo es el hecho de que tales impresiones, la vida "tristísima" en Almería, "la nostalgia de Madrid", permanezcan frescas sesenta años después, cuando redacta sus memorias o contesta a las preguntas de García Carraffa y Antón del Olmet.[6] No es exagerado, por tanto, decir que recrear este ambiente es un requisito ineludible si pretendemos captar la mentalidad y los planteamientos adoptados por Echegaray a partir de estas fechas.

La desazón de Echegaray es fácil de comprender si recordamos que se incorpora a la capital justo cuando los centros urbanos adquieren una importancia cada vez mayor. A mediados de siglo, Madrid experimenta, en efecto, continuos cambios, favorecidos por una creciente prosperidad. La ciudad ofrece, en palabras de Mesonero, "un espectáculo halagüeño y deslumbrador". Se edifica en los solares procedentes de los conventos derruídos y la ciudad se extiende sobrepasando la Puerta de Alcalá. La lectura de el Nuevo manual de Madrid nos permite adivinar la agitación comercial y la confianza generalizada que predominan en los medios financieros e intelectuales. Las obras iniciadas o terminadas, los Palacios del Congreso y de la Universidad, la remodelación de la Plaza Mayor, el Teatro Real, el Canal de Lozoya, "el excelente aunque costosísimo empedrado de adoquines", el alumbrado de gas en las viviendas particulares, demuestran de forma concluyente los cambios y los progresos sobrevenidos en un corto espacio de tiempo.[7]

A partir de 1844, la estabilidad que proporcionaron los sucesivos gobiernos moderados estimuló el crecimiento económico y promovió unas condiciones especialmente favorables para el desarrollo de las ambiciones juveniles. Las medidas legislativas adoptadas por las Cortes durante el bienio progresista, la apertura de bancos y sociedades de crédito, la construcción de ferrocarriles y nuevas carreteras, culminaron el proceso. Pero no fueron los negocios o las especulaciones en la Bolsa los fenómenos más característicos del momento, sino la movilidad social, las expectativas abiertas por el ascenso vertiginoso de algunos personajes. Lo que asombra y define la magnitud de las transformaciones producidas es, sobre todo, la trayectoria de Salamanca, el ascenso de González Bravo gracias a la prensa, o el encumbramiento, pese a sus orígenes familiares, de hombres como Prim o Espartero. Los testimonios de la época así lo confirman de modo concluyente. Las palabras con que Luis Pastor, ex ministro de Hacienda, resume los cambios sobrevenidos en la vida madrileña durante esos años, son harto elocuentes al respecto: "un lujo deslumbrador apareció por todas partes; se hicieron fortunas improvisadas, y personas que eran antes completamente nulas y de condición ínfima, se vieron de pronto en la opulencia".[9]

El afán de cuantos persiguen, de acuerdo con su formación cultural, un destino superior al que les corresponde por sus escasos recursos económicos, es, por lo demás, la consecuencia lógica de las nuevas perspectivas. La política, las disputas parlamentarias, la complejidad creciente de los asuntos administrativos abren nuevos cauces de participación y amparan los anhelos de quienes sobresalen por su pericia en el ejercicio de las tareas profesionales o muestran, día a día, su capacidad para influir en la opinión pública desde los viveros inagotables que forman las redacciones de los periódicos. En los años inmediatamente anteriores al bienio progresis-

ta, las oficinas del Ministerio de Gobernación se convierten en un refugio dorado para los poetas y titulados sin oficio ante las protestas de quienes consideraban que si "nada ganaba la literatura, nada tampoco el servicio público" con tales medidas.[10] A su vez, la incorporación masiva de nuevos hombres en las Cortes de 1854 o la habilidad con que O'Donnell aprovecha la presencia de Alarcón, Núñez de Arce y Navarro Rodrigo en la campaña de Marruecos, como corresponsales de guerra, para atraerlos a la causa de la Unión Liberal, señalan las oportunidades concedidas a los jóvenes valores.[11]

Echegaray, miembro de esa clase media ilustrada, experimenta, con mayor razón si cabe, las mismas ansias. Respaldado por un título académico sumamente prestigioso, busca en la prensa, la tribuna e, incluso, el teatro, nuevas ocasiones para hacer valer sus méritos.[12] El inveterado optimismo, la tenaz defensa del individuo y el comportamiento del dramaturgo en la política parten siempre de la coyuntura descrita, y puede decirse que, en buena parte, su conducta y sus obras literarias resultan, por ello, incomprensibles para las promociones que padecen, en cambio, la crisis finisecular.

La frecuencia con que las novelas de la época apoyan esta intuición e inician el relato con la llegada del protagonista a la Corte, confirma la necesidad de valorar la relación del dramaturgo con los ambientes madrileños y de analizar sus ocupaciones, mucho antes de que estrene su primera obra. Mediado el siglo, varios libros muestran, por un lado, la transformación de los jóvenes, deslumbrados por las nuevas experiencias, y, por otro, la exigencia inexcusable de abandonar el terruño para obtener el reconocimiento público. Gustavo, Ernesto, El hijo pródigo, ¡Cosas del mundo!, reproducen un esquema trazado por la novela francesa, que nos sirve para reconstruir, en principio, los proyectos concebidos por los protagonistas de

estas novelas y contrastar, luego, las experiencias narradas con el camino que sigue Echegaray.

En la primera de ellas, López de Ayala nos cuenta las impresiones iniciales de Gustavo en "la deleitable capital de las Españas" y, para acomodar al lector en unas coordenadas fácilmente identificables, lo presenta como un joven de 22 años, "rico de ilusiones, escaso de dinero y autor de una ópera"[13]. Por medio de Gustavo, Ayala censura el desparpajo y la inmoralidad con que los miembros más despiertos de la clase media, procuran subir en la escala social. Retrata así la misma disposición de ánimo que reaparece en ¡Cosas del mundo!, de Antonio Hurtado, o en Ernesto, la obra juvenil de Castelar. En esta última, el protagonista, antes de recorrer un camino sembrado de desengaños, vuelve a enunciar los propósitos que guían a tantos personajes: "Mi ambición sólo puede llenarse en Madrid, allí donde el poeta es visto con entusiasmo"[14]. Y Miguel, el personaje que encarna estos anhelos en El hijo pródigo, la comedia de Pedro Antonio de Alarcón, evoca "los teatros, la gloria de los artistas", e imagina, desde la exasperante quietud de la casa familiar, los riesgos, las luchas, los triunfos que tienen su sede natural en Madrid : "Peligros, dolores... gozo.../ teatros... luces... estruendo.../ todo, todo lo estoy viendo/ desde oscuro calabozo"[15]. Evidentemente, la atención que la novela o el teatro conceden a estos sentimientos, no nos habla tan sólo de su raigambre entre los jóvenes talentos. Tras las acciones expuestas en la ficción, hay, sin duda, un público que descubre ahora las experiencias introducidas en un corto espacio de tiempo y contempla fascinado el ascenso súbito de los personajes. A las claras lo expresa, por ejemplo, Antonio Hurtado en el significativo título de su novela ¡Cosas del mundo!, y en el prólogo que la acompaña:

> Las cosas que te presento son de esas que están al alcance de tu comprensión; que las ves todos los días y que, a pesar de estar familiarizado con ellas, no dejan de llamarte la atención... ¿Qué cosa más común que ver hoy a un muchacho encogido y tímido, lleno de esperanza y de fe... y verle mañana osado y ambicioso, egoísta sin corazón...? ¿No es cosa muy general ver hoy caído al que ayer vimos encumbrado, y a una altura increíble al que el día antes era apenas conocido?[16]

El anonimato, la necesaria acomodación a los signos externos -la gracia personal, el ingenio o la belleza- que ahora reclaman un sitio preferente junto a las antiguas jerarquías, constituyen los grandes desafíos afrontados por los personajes de estas obras. Todos ellos padecen la misma dolencia, el anhelo "de correr/ por apartadas regiones/ diciendo al mundo: <<¡Yo existo.../ yo siento... a mis plantas póstrate!>>"[17]. En la descripción de la lucha entablada para ocupar un puesto de privilegio, Gustavo y Ernesto coinciden, por este motivo, en una serie de rasgos reveladores. Ambas novelas relatan con detalle los procedimientos mediante los cuales persiguen el éxito sus protagonistas así como las preferencias por la escena a la hora de alcanzar sus objetivos. Al actuar así no hacen sino seguir la tendencia general que Zorrilla describe con suma precisión: "El teatro es en este siglo el objeto de la ambición del Poeta, porque una obra dramática reporta más gloria y más utilidad que otra alguna, y el joven ha echado ya sus cuentas"[18]. Por ello, cuando Gustavo consigue estrenar su obra, la importancia de la escena -el medio más directo de llamar la atención sobre los méritos personales- no pasa desapercibida para Guillermo, su mentor en la vida madrileña: "Has dado el primer paso necesario para crearte una buena posición, que es decir a la multitud: <<Tened en cuenta que yo existo y tengo talento>>"[19].

Pero el teatro es únicamente "el primer paso". La literatura desempeña tan solo un papel vicario; no es un fin, sino un instrumento para abrirse paso en las altas esferas y lograr la notoriedad que requiere ahora la carrera política.[20] "Un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito -nos indica Zorrilla en 1851-, introducen a un Poeta en la secretaría de Estado o de Gobernación, en la Biblioteca Real, o en una legación al extranjero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento, los perfecciona y enriquece con nuevos necesarios conocimientos".[21] Pero las letras constituyen un excelente trampolín siempre y cuando no se olviden sus limitaciones. De lo contrario el poeta corre el riesgo de sufrir las impertinencias que Balzac pone en boca del viejo Sechard tras contemplar las coronas y ramilletes con que los vecinos de Angulema agasajan al arruinado Lucien de Rubempré, autor de Las Margaritas: "Hubiese preferido diez mil francos. Pero usted le ha dado margaritas y ellos le devuelven ramos; todo queda en flores".[22] Si la sociedad franquea sus puertas al poeta y acepta de buen grado el apasionamiento de sus versos, el reinado de unas cualidades tan singulares como halagadoras, debe ser efímero, por fuerza, en un sistema regido por habilidades muy diferentes. De ahí la severidad con que Guillermo advierte a su discípulo y le incita a explotar sin tardanza el reconocimiento público obtenido:

> Tiempo es ya, querido Gustavo, de que todas tus acciones sean regidas por un cálculo prudente y un razonable egoísmo. ¡No arrugues la frente!; los aplausos pasan como el humo; las ilusiones se desvanecen, y sólo dejan en el corazón el remordimiento de haberles sacrificado los intereses materiales de la vida.[23]

La literatura proporcionaba, en definitiva, un recurso sobradamente conocido y censurado por quienes no aprobaban las alteraciones repentinas en la

escala social. Los testimonios se multiplican en esta dirección, pues se trataba de mecanismos recién estrenados y no era difícil señalar, con arreglo a las antiguas normas, las arbitrariedades o la incapacidad de los favorecidos. Para muchos, en efecto, el interés de los jóvenes por la literatura y el periodismo era sólo una estratagema para rehuir de antemano cualquier tarea que precisara algún esfuerzo o pareciese poco rentable. En <<Los pollos de 1850>>, Antonio Flores retrata con ironía la presencia y las maneras de estos escritores imberbes, que de la noche a la mañana logran ver "representadas y aplaudidas tres obras dramáticas y recogidas 18 o 20 coronas de laurel y llenado con la fama de su nombre las columnas de los principales diarios de la Corte"[24]. Los salones aristocráticos, sorprendidos por la novedad, registran a su vez la arrogancia y el talento precoz de estos jóvenes; y es en ellos, precisamente, donde nace, por cierto, el apelativo escasamente honroso de "pollos" para designarlos.[25] Si bien es cierto que la indulgencia de la clase más acomodada hacia la efímera gloria de artistas y políticos, nos indica que el éxito y la inestabilidad se están convirtiendo ya en la razón suprema de todo y presiden la sociedad isabelina.

Los relatos mencionados de Castelar, Ayala o Hurtado, muestran una disposición de ánimo parecida. Junto a la fascinación ejercida por los triunfos cosechados por sus protagonistas, las declaraciones contra la la hipocresía y el libertinaje que imperan en Madrid, revelan el arraigo de los preceptos tradicionales y una desconfianza permanente hacia las nuevas formas de conducta. Madrid supone para Ernesto y Julián la ruptura con la pureza y con los amores idílicos recreados en las primeras páginas; el olvido de los auténticos valores depositados en los consejos paternales que flanquean las resoluciones del protagonista. El viaje resulta, sin embargo, inevitable.

Los personajes actúan bajo una atracción que hace inútiles las advertencias y requiere la experiencia directa, los desengaños sufridos en la propia carne. Poco a poco, la ciudad se convierte en un "inmenso panteón donde las ilusiones yacen enterradas", en "un mundo encantado, en el cual debe entrarse con todas las prevenciones posibles, sin alucinarse con el brillo y la pompa que a primera vista presenta".[26] A diferencia de lo que ocurre en Las ilusiones perdidas, la admiración por las astucias y el ingenio desplegados en las batallas que riñen los diversos intereses, no actúan aquí de contrapeso. Las nuevas posibilidades que proporciona una sociedad más abierta y más liberal, pasan inadvertidas. Madrid, para unos y otros, refleja un orden invertido, el reino por excelencia de la perversión; es sólo "un pueblo embriagado que, revolcándose en el lecho de sus vicios, aplica aún la copa del placer a sus amoratados labios", un lugar donde todo es afán y discordia", en el que anidan "el vicio y la maldad desarrollados hasta su colmo".[27]

La ambigüedad de unos textos que recogen la fascinación de la ciudad y lanzan sobre ella todo tipo de improperios, es aún mayor si examinamos la filiación política de sus autores. La moral que impregna los últimos recovecos de la obras mencionadas, es, en realidad, un arma de amplias y poderosas resonancias, esgrimida con enorme eficacia por quienes representan el progreso, la inroducción de los principios liberales en la sociedad española. Las frases lapidarias de Hurtado, Ayala o Castelar, encuadrados en el Partido Democrático o en la futura Unión Liberal, expresan, bajo este manto, su disconformidad con la política del momento, y se corresponden con las denuncias incluidas en los manifiestos de 1854 por los turbios negocios y la vida licenciosa de la Corte.[28] Muestran, en última instancia, la debilidad de quienes no pueden articular aún un sistema de valores propios y se

limitan a exigir el respeto y la pureza de las normas impuestas por sus oponentes.

El fracaso que acompaña sus intentos de establecer un discurso propio y llevar el debate a un terreno favorable, constituye, como es sabido, uno de los rasgos fundamentales del liberalismo en nuestro país. Por ello, bajo otras fórmulas, la honradez, el sacrificio personal, el trabajo, el triunfo de la inteligencia por encima de los intereses y maquinaciones de los poderosos, siguieron inspirando las críticas dirigidas contra el sistema político de la Restauración. La capital continuó siendo el centro de cualquier actividad política o cultural, por lo que el tema recogido a partir de 1850 por los autores citados, mantuvo intactos sus atractivos. Pedro Sánchez, la novela de Pereda en la que se recrean también los años centrales del siglo, o A fuerza de arrastrarse, una obra tardía del propio Echegaray, estrenada en 1905, demuestran su vigencia. Cincuenta años después, la moral continúa invadiendo las obras literarias y los discursos elaborados por las distintas formaciones políticas dando fe de los estrechos ámbitos en que se mueven los círculos liberales. El desparpajo y las aspiraciones de los jóvenes brindaban a los conservadores una ocasión excelente para revelar tanto la voracidad insaciable de los advenedizos, como la sabiduría de quienes desdeñaban tales ambiciones; y, asimismo, permitía a sus oponentes criticar las inmoralidades propiciadas por el régimen canovista y los turbios manejos que ahogaban los esfuerzos de las nuevas generaciones.

Con la promoción que despunta a finales de siglo cambia si acaso el tono, pero persisten los mismos tópicos. No es extraño, por tanto, que Echegaray, el ex ministro, el autor aplaudido por la multitud, fuera presentado, a posteriori, como un representante típico de una sociedad viciada, donde el favoritismo y la complacencia en los propios defectos presiden la distribu-

ción de los honores y las recompensas. La condición de hombre público le convierte además en un blanco especialmente propicio. Su carrera, jalonada por continuos éxitos en la política y en el teatro, reflejaría el oportunismo de quien se pliega dócilmente a las circunstancias y sabe dominar a la muchedumbre con gestos altisonantes. Sin embargo, como expusimos anteriormente, al hacerlo así adoptamos una perspectiva deformante, que es preciso corregir para comprender su trayectoria en la política y en la literatura.

A decir verdad, el comportamiento de Echegaray no guarda la menor relación con las frívolas actitudes descritas por López de Ayala ni con los modales de esa "juventud suelta y de cascos ligeros designada vulgarmente con aquel término gallináceo", cuya fisonomía retrata Galdós.[29] Echegaray comparte desde luego las ambiciones y las expectativas del momento; pero los medios empleados para satisfacerlas resultan por completo diferentes. De sus primeros pasos en la vida pública se desprende una conducta entregada al estudio, siempre sujeta a una rigurosa disciplina. Aunque en ocasiones, acuciado por problemas económicos, se acerca al teatro para obtener el reconocimiento y la recompensa material que sólo proporciona la salida al escenario, el fracaso de estos primeros escarceos le obliga a seguir un itinerario muy distinto. Hasta 1868, sus ocupaciones se ciñen a los círculos académicos y profesionales. Las clases en la Escuela de Caminos, el estudio de las matemáticas, la asistencia a las tertulias organizadas por la Revista de Obras Públicas, acaparan todo su tiempo.

Evidentemente, la carrera elegida y la intensidad con que se dedica a los menesteres relacionados con su profesión, es inseparable de las halagüeñas perspectivas que durante esos años ofrecen los cuerpos técnicos formados en

las Escuelas especiales. Los recursos económicos se destinan, como es sabido, casi exclusivamente a remozar la infraestructura viaria y sitúan al ingeniero en un lugar privilegiado. Es entonces cuando "la reunión de capitales sin ocupación y el mayor gusto y exigencia de la época", permiten al pueblo de Madrid "seguir la marcha civilizadora del siglo" y acometer, bajo la experta dirección de estos profesionales, "obras gigantescas que han de variar completamente sus condiciones de existencia"[30]. Las décadas centrales del siglo se caracterizan también por los conflictos y agitaciones sociales provocados por el hambre, pero, al integrarse en las Escuelas especiales, Echegaray respira a pleno pulmón el aire de bonanza dibujado por Mesonero y participa de las aspiraciones que afectan a los grupos minoritarios descritos por la novela hacia 1850.[31] Precisamente, la originalidad de sus planteamientos, frente al tono quejumbroso de los relatos comentados, reside en el hecho de que se convierte, desde ese momento, en un firme defensor de la sociedad urbana liberal y contempla sin recelos los nuevos hábitos y posibilidades por ella introducidos. El crecimiento económico de esos años genera, en efecto, una cierta tolerancia hacia los comportamientos nuevos y anima a introducir determinados cambios sin correr excesivos riesgos. En este ambiente favorable, Echegaray destacará ante todo por la firmeza con que sistematiza y promueve las ideas y actitudes que acompañan el enriquecimiento de la burguesía tras la desamortización y las medidas liberalizadoras del bienio progresista.

Los factores apuntados, la movilidad social, el prestigio de los ingenieros de Caminos, las perspectivas abiertas por el resurgir de la economía y los argumentos teóricos que justifican las necesidades de la burguesía terrateniente y mercantil en un tiempo de bonanza, componen, pues, la clave de su obra literaria. Para fijar su incidencia, analizaremos, en principio,

la mentalidad y el ambiente en que se desenvuelve la vida de los ingenieros en la segunda mitad del XIX. A partir de ahí resaltaremos su interés por la economía política así como su participación en las campañas librecambistas entre 1856 y 1868, e intentaremos, seguidamente, describir las raíces de las propuestas vertidas en sus dramas.

CAPITULO 2. ETOPEYA DEL INGENIERO.

EL PRESTIGIO Y LA PROYECCION SOCIAL DE LOS INGENIEROS.

Cuando Echegaray ingresó en la Escuela de Caminos, la institución gozaba de un renombre merecido. A mediados de siglo, las Escuelas especiales, organizadas con carácter definitivo en 1834, figuraban a la cabeza de la Universidad y procuraban cumplir con unos objetivos sumamente ambiciosos.[1] Pretendían subsanar el aislamiento cultural del país e intentaban, al mismo tiempo, acelerar la preparación de unos profesionales capacitados, que encauzaran el progresivo aprovechamiento de los recursos naturales y levantasen la infraestructura necesaria. Los ingenieros de Minas y sus compañeros de Caminos, integrados en unas dependencias universitarias modélicas, acumieron en seguida esas pautas y se presentaron ante la sociedad, tras la década ominosa, como los arietes encargados de abrir una brecha por donde pudieran introducirse las novedades propias de la época. Unos y otros componían, en definitiva, las primeras líneas de una burguesía abierta, inteligente, dinámica, que se aprestaba a transformar la nación.

La actitud de los ingenieros tiene unos orígenes inequívocos. Durante el reinado de Isabel II, las Escuelas especiales fomentan entre sus alumnos un agudizado espíritu de cuerpo, que orienta todas sus actividades y se desliza en cada número de la Revista Minera y la Revista de Obras Públicas, sus órganos de expresión.[2] Ambas publicaciones resaltan los méritos contraídos por los componentes de las instituciones que las editan, glosan la importancia de sus menesteres y defienden con entusiasmo los logros de la ciencia. Pero fueron sobre todo los ingenieros de Caminos, Canales y Puer-

tos, quienes, en el clima de euforia provocado por la aplicación incesante de los recursos financieros a la red ferroviaria, formaron un colectivo influyente por el prestigio y la firmeza de los vínculos existentes entre sus miembros.

La suficiencia y la autocomplaciente exaltación de estos profesionales ligados a la Escuela de Caminos se apoya, a decir verdad, en un terreno firme. Los proyectos que Galdós imagina en la mente de un O'Donnell, desvelado y entretenido en imaginar grandes obras con los capitales de la desamortización -"caminos carreteros, ferrocarriles, puertos, faros, canales de riego y de navegación"[3]-, coinciden prácticamente con los programas de las Escuelas especiales y nos dan idea de la aplicación con que los gobiernos de Isabel II se aplican a remozar la infraestructura viaria del país. Pero aún más elocuentes resultan los datos: a partir de 1840, en sólo quince años, se construyen 2.599 Km de carreteras, es decir, más de la mitad de los existentes hasta ese momento, y, entre 1856 y 1865, el tendido ferroviario se incrementa en casi 5.000 Km.[4] Lógicamente, la brillantez de estas cifras no se les oculta a sus ejecutores, los cuales no dejan de pregonarlos por todos los medios a su alcance. La trascendencia de su labor, "la influencia que ejercen en la civilización y prosperidad de las naciones", aparecen ya claramente consignadas en el editorial que encabeza el primer número de la Revista de Obras Públicas en 1853.[5] Pero ninguna declaración tan elocuente del optimismo desbordado en que viven los alumnos de Caminos como las palabras pronunciadas en el banquete organizado por los ingenieros, en 1858, al inaugurarse el Canal de Isabel II. Allí, el Director de Obras Públicas, dejándose ganar por la emoción, proclama ante los asistentes al acto que desde la muerte de Fernando VII, "se han hecho más carreteras que desde la creación del mundo hasta 1833".[6]

El legítimo orgullo que acompaña todos los actos y exposiciones de los ingenieros, no es el único ni el más significativo de los rasgos que distinguen a quienes integran el Cuerpo. En ese primer número de la revista mencionada, las reflexiones de uno de sus colaboradores sobre los novedosos caminos de hierro, nos adelantan otros aspectos claves de las opiniones extendidas entre ellos. Su autor, Angel Retortillo, señala allí que el valor de las vías de comunicación no reside sólo en aumentar la riqueza, sino sobre todo en favorecer la unión con Europa y en presentar un símbolo evidente del triunfo de la inteligencia sobre la materia.[7] El acento puesto en el bienestar material, la referencia a Europa y la exaltación de la inteligencia, componen, en efecto, unos puntos de referencia básicos para comprender la mentalidad de estos profesionales; revelan de entrada la facilidad con que se adscriben, desde comienzos del XIX, a las corrientes liberales y se integran en la vanguardia de una clase media emprendedora, cuyas aspiraciones no le impiden, por otra parte, mantener la fidelidad debida a sus mitos y preceptos morales más característicos.

Por sus conocimientos y por sus inclinaciones progresistas, la fisonomía del ingeniero adquiere pronto un perfil inconfundible, fácilmente rastreable en las revistas profesionales y en las creaciones novelísticas. Como representante del progreso, encarna para no pocos intelectuales las esperanzas de llevar adelante la modernización del país. Galdós es uno de los escritores que con cierta frecuencia incorpora a sus novelas la figura del ingeniero y reproduce la estela dejada por estos jóvenes profesionales que abanderan la promesa de construir la sociedad sobre nuevas y más sólidas bases. Las palabras con las que describe las maneras y la energía de Pepe Rey, resumen las virtudes apuntadas y atestiguan la admiración que provocan unas dotes intelectuales y unas actitudes añoradas sobre todo a partir de

1875: "Su persona bien podía pasar por un hermoso y acabado símbolo, y si fuera estatua, el escultor habría grabado en el pedestal estas palabras: Inteligencia, fuerza".[8]

El talante liberal de los ingenieros y la profunda huella que dejan en la sociedad española no son, en modo alguno, casuales; obedecen, como dijimos, a un programa dirigido y orientado desde sus respectivos centros de enseñanza. La Escuela de Caminos genera desde sus inicios una mentalidad particular, ampliamente documentada. En ella germina un repertorio de temas e ideas compartidas por los diferentes grupos reformadores: las críticas contra los privilegios injustos, los esfuerzos por remontar la decadencia de España, la preocupación por las aplicaciones concretas de la ciencia, la confianza depositada en la enseñanza o en las virtudes del trabajo, las notas, en definitiva, que convierten al ingeniero en una figura tan original como atrayente en la segunda mitad del XIX. Cuantos salen de sus aulas aceptan sus normas, reconocen la importancia de su labor y la saludan, en consecuencia, como "la base esencial del Cuerpo".[9]

Echegaray, vinculado estrechamente a la Escuela de Caminos, es también, en gran medida, un ejemplo vivo de las pautas propiciadas por estas instituciones desde su fundación. Por este motivo, nos interesa rehacer las ideas acogidas mayoritariamente por el Cuerpo, así como la imagen proyectada y la consideración que obtienen sus componentes. ¿Cuáles son los rasgos que definen al ingeniero?, ¿por qué motivos las Escuelas especiales imprimen una huella peculiar en sus alumnos?, ¿de qué medios se valen para ello?, componen el índice de las cuestiones que trataremos de contestar seguidamente. Las respuestas, aparte de introducirnos en unos ámbitos siempre descuidados -el ideario y los comportamientos de los grupos profesionales- nos permitirán calibrar las aspiraciones y las actividades de Echegaray.

LA ESCUELA DE CAMINOS: RIGOR ACADEMICO Y DISCIPLINA.

Si las diferentes Facultades se caracterizaban, en la primera mitad del XIX, según Eloy Terrón, por mostrar escaso interés con respecto a las ciencias prácticas y por vivir siempre alejadas "de las necesidades y problemas del país"[1], es preciso indicar que la situación de las Escuelas especiales era por completo diferente. La urgencia y la rentabilidad de los menesteres encargados a los futuros ingenieros aconsejó otorgar un trato privilegiado a sus centros de enseñanza, los cuales se rigieron por sus propios reglamentos y gozaron de cierta autonomía dentro de la Universidad.

Los alumnos de Caminos, evidentemente, nada tenían que ver con el estudiante apicarado, amante del billar y la tertulia, dispuesto a alborotar la cátedra, que nos describe De la Fuente en Los españoles pintados por sí mismos, o, más tarde, Galdós en Fortunata y Jacinta.[2] Para conseguir una estricta selección de los alumnos, los estudios se organizaron, en principio, con un rigor desacostumbrado. El ingreso en la Escuela de Caminos implicaba superar pruebas de álgebra, geometría, aritmética, cuya preparación exigía al menos un año, y poseer unos conocimientos sólidos de francés, idioma en el que estaban redactadas las principales obras de consulta. De acuerdo con las estadísticas, entre 1834 y 1868, sólo el 43% de los aspirantes consiguieron aprobar las pruebas de acceso, y únicamente el 47% de quienes iniciaron los estudios, obtuvieron el título de ingeniero.[3] Un suspenso o reiteradas faltas de puntualidad obligaban a repetir curso y, si esta circunstancia se producía durante dos años consecutivos, el alumno debía abandonar la carrera. El desarrollo de las actividades académicas confirma, a su vez, la severidad de estos estudios: el curso se prolongaba durante once meses, a razón de siete horas diarias, quedando el mes de septiembre para los exámenes.[4] No es extraño, por tanto, que uno de los perso-

najes mejor caracterizados por Galdós, don Francisco Torquemada, tras rechazar la abogacía como "cosa de charlatanes", se haga eco de estos datos singulares y, "aún reconociendo que no había carrera a la altura de su milagroso niño", decida aplicar la "colosal inteligencia" de Valentín a los estudios programados por las Escuelas especiales.[5]

Los ingenieros son los primeros que perciben la singularidad de sus hábitos y procuran mantenerlos, pues es allí donde asienta sus pilares la conciencia, tan arraigada en el Cuerpo, de pertenecer a un grupo privilegiado. Para todos ellos, las brillantes realizaciones y el prestigio alcanzado se deben no al azar sino al esfuerzo continuo, empezando por las restrictivas normas impuestas a los aspirantes. Las dificultades anotadas constituyen una fuente de orgullo para la Escuela, que periódicamente se complace en exhibirlas ante la opinión pública. La Revista de Obras Públicas así lo declara en sus exposiciones con insistencia. En las palabras que le sirven de presentación en 1853, se contrapone ya el camino "brillante, halagüeño, embellecido por el encanto de la gloria y de la poesía", que abren otras Facultades, con el "árido y escabroso" y, al mismo tiempo, más importante y valioso de la ciencia.[6] Y a las mismas conclusiones llega por su parte la Revista Minera, cuando señala la escasa afición de la juventud por las ciencias y resalta el inmerecido favor de que gozan, por el contrario, aquellas sendas que permiten obtener puestos influyentes con más rapidez y facilidad.[7]

Las exigencias impuestas a los ingenieros son el resultado lógico de las apremiantes circunstancias por las que atraviesa el desarrollo económico del país. Recordemos, en este sentido, la necesidad de explotar los recursos mineros, depositados en manos extranjeras, o los apuros de la Escuela de Caminos, que hasta 1870 deben recurrir a los propios alumnos para cubrir

algunas de las asignaturas correspondientes a los primeros cursos. Pero lo importante es apreciar cómo las dificultades que deben remontar constituyen, al mismo tiempo, un motivo de orgullo y justifican sus aspiraciones. Sus alumnos y profesores no se cansan, en efecto, de repetirlo. Para todos ellos, tal y como indica uno de los miembros más distinguidos del Cuerpo, Lucio del Valle, al incorporarse a la Academia de Ciencias en 1860, "son el rigor de sus exámenes y régimen" los que "han granjeado a la Escuela de Caminos una bien merecida nombradía"[9]. De ahí que las revistas profesionales se complazcan en recrear ante sus lectores las penalidades de su labor, cómo los ingenieros "con el solo estímulo del deber (...) recorren, tantean y miden con infatigable perseverancia las ásperas soledades de nuestro país"[10]. Echegaray, por su parte, permanece fiel a estas ideas y, en sus memorias, señala que el recinto académico de Caminos ha llegado a ser una "Escuela modelo" gracias a la "disciplina militar" instaurada por Subercase, su director."[11]

El alcance y el significado de estas manifestaciones resultan evidentes. Por una parte, el sistema escolar crea así una barrera rigurosa frente a los excluidos e invita a los alumnos de Caminos a aceptar tales límites como un requisito ineludible que es preciso mantener a toda costa. Por otra, los ingenieros, al destacar la eficacia de sus menesteres, los componentes racionales y los principios científicos que rigen su labor, tratan de revisar la escala de valores que, a mediados del XIX, distribuye jerárquicamente las distintas profesiones. La estimación del trabajo como única palanca capaz de impulsar el desarrollo moral y material, principio defendido con insistencia por los sectores liberales, tiene, por esta razón, uno de sus más firmes valedores en las Escuelas especiales y surge con asiduidad en los escritos de cuantos han sido educados en sus aulas.

Con todo, la severidad de los estudios no basta para salvaguardar la imagen del Cuerpo ni para sostener sus prerrogativas frente a las apetencias de otros grupos profesionales menos favorecidos. Por esta, razón la Escuela implanta además una rigurosa disciplina y ejerce un férreo control sobre la conducta de los alumnos. No sólo procura adiestrar la inteligencia de los ingenieros, sino que pretende también crear en ellos una moral y un comportamiento singulares. La novela reparó también en la influencia de tales prácticas. En los Años de juventud del Doctor Angélico, Palacio Valdés incluye una anécdota significativa. Cuando, pasado el tiempo, Sixto Moro saluda a sus antiguos compañeros, rememora, a propósito de Albornoz, ingeniero de Caminos, las morigeradas costumbres impuestas por la Escuela. "Yo creo -sugiere con socarronería- que si le encuentra su viejo profesor de matemáticas a deshora de la noche en la calle le tira de las orejas"[12]. La ficción, sorprendentemente, no se aparta un ápice de una realidad, que el propio Echegaray describe en sus memorias cuando refiere los temores aventados por sus pequeñas travesuras de escolar: "figurábame que a cada paso se me iba a poner delante un profesor"[13]. No en vano, el comentario intrascendente de Sixto Moro se corresponde con los hábitos fomentados por el Centro y acogidos con agrado por los discípulos como el signo que les permite integrarse en un grupo selecto. La Escuela no sólo proporciona unos firmes conocimientos técnicos, sino que moldea el carácter, confiere un sello específico a quienes consiguen acceder al restringido círculo formado por los ingenieros. Constituye una parte esencial dentro de un proceso iniciático, en cuya descripción surgen con frecuencia los términos religiosos. "Ella, con su sencillez espartana y severidad de claustro -se afirma solemnemente en la Revista de Obras Públicas-, con su noble emulación y sus campañas laboriosas, duro gimnasio de la inteligencia y piedra de toque de

la constancia, templa para siempre las fibras de la voluntad y de la acerada lógica, que no se doblará ante el sufrimiento, e infunde en el alma una especie de filosofía que hace desdeñar ciertas miserias".[14] Los sacrificios, las dificultades se convierten, como vemos, en un acto voluntario sin que debamos olvidar, a su vez, el hecho de que, precisamente, tales ritos generan una mayor adhesión entre los iniciados cuanto más severos llegan a ser.[15]

El sentido y la utilidad de tales planteamientos surgen con claridad cuando vemos que en 1866 los ingenieros, molestos por la reforma universitaria que obliga a estudiar los primeros años de la carrera en la Facultad de Ciencias, aducen, para mantener la autonomía lograda, el celo con que se vigila el comportamiento de los alumnos y el carácter minoritario de sus centros: "¡Qué mal se avienen la severa y provechosa disciplina de las Escuelas especiales con la natural libertad de que gozarán los jóvenes en los primeros años de estudios universitarios, lo cual es inevitable donde se reúnen miles de estudiantes".[16] Y, en unas circunstancias semejantes, el decreto del 23-X-1868 -redactado por el propio Echegaray, Director General de Obras Públicas- confirma las férreas servidumbres de los alumnos internos de la Escuela, "sujetos a forzosa asistencia, y sometidos a un severo régimen disciplinario, único medio de reconocer si reúnen aquellas condiciones de laboriosidad, constancia y subordinación que en los empleados públicos se requieren".[17]

La disciplina, el corporativismo, las diferencias *naturales* establecidas por el trabajo y la inteligencia, surgen continuamente en los reglamentos y normas internas de la Escuela. Algunas de ellas tienen un aire que nos lleva a pensar, incluso, en la milicia. El escalafón, por ejemplo, se distribuye de acuerdo con unas estrictas jerarquías -inspectores generales, de distrito, ingenieros jefes, ingenieros de primera, de segunda, etc.- ,y los

ascensos se producen en todo momento "por rigurosa antigüedad". El Artº. 74 declara asimismo la obligación que tiene todo ingeniero, cuando acude a una localidad donde reside un compañero más antiguo o de mayor graduación, de presentarse ante él, aunque sólo esté de paso. Y el Artº. 73 especifica, a su vez, que los ingenieros únicamente pueden ser relevados en el desempeño de su cargo por otros individuos del mismo Cuerpo.[18] Como vemos, no le falta razón a Echegaray cuando asegura que el régimen "era más duro y más severo que si hubiera sido de verdad una escuela militar".[19] Sus palabras, contra lo que pudiera parecer, no encierran ninguna exageración y se corresponden fielmente con la organización interna de las Escuelas especiales.

LA ETICA PROFESIONAL.

A mediados de siglo, mientras proliferan las especulaciones y los escándalos económicos, los ingenieros son admirados tanto por su culto al trabajo y a la disciplina como por su acendrada moralidad en la administración de los caudales públicos. Una de las frases acuñadas por Antonio Flores -"Es, pues, indispensable hacerse rico de un golpe o renunciar a serlo nunca"- resume acertadamente las ambiciones predominantes y señala, por ende, la singularidad de unos hombres que preconizan una oscura y paciente labor.[1] En unos momentos en los que los ingenieros son tentados por las empresas particulares, la moral del esfuerzo y las restricciones legales que constriñen sus oportunidades, asombran con razón a sus coetáneos.

En este punto, las pautas que justifican el prestigio de los ingenieros son fácilmente comprobables. Según el reglamento aprobado en 1863, necesitan contar con la autorización de sus superiores para realizar otros trabajos u ocupar destinos más lucrativos, y, para conseguir el permiso correspondiente, es preciso que no hayan tenido a su cargo la inspección de las

obras de la empresa o de los individuos peticionarios. A los cinco años de trabajar en el sector privado deben reincorporarse, además, a sus antiguas tareas, pues de lo contrario son dados de baja en el Cuerpo y pierden la opción a los ascensos que les correspondan.[2] Pero si las normas eran severas, las prácticas no le iban a la zaga. En la Revista de Obras Públicas podemos ver cómo se solicita la expulsión del Cuerpo de don Ramón Echeverría, profesor en la Escuela preparatoria, por aceptar un puesto remunerado en el Ministerio de la Gobernación.[3] Y más adelante, al ocuparnos de los ingresos de Echegaray, uno de los más afectados por estas medidas, comprobaremos hasta qué punto las disposiciones legales limitan las oportunidades y los ingresos económicos de los ingenieros vinculados a la Escuela.

La dependencia de los ingenieros con respecto al Estado es otro factor importante, que acrecienta la cohesión y la probidad del grupo. Como directores de las obras públicas que el gobierno promueve, aflora siempre en sus palabras, por encima de las miras personales, la conciencia de estar sirviendo a los intereses colectivos de la comunidad. El prestigio conseguido les permite acceder con frecuencia a las corporaciones científicas y les proporciona una tribuna excelente para exponer esos méritos. Y así lo hace, por ejemplo, Lucio del Valle, quien, al elogiar la figura de su antecesor en la Academia de Ciencias, don Pedro Miranda -antiguo Director General de Caminos-, lo recuerda ante todo como "hombre probo" y "administrador celoso".[4]

Las austeras reglas de conducta no permanecen, como podemos observar, confinadas en los muros de la Escuela. El celo y las inquietudes infundidas a los ingenieros son pregonados por ellos mismos en las instituciones oficiales y reaparecen en la biografía de quienes sobresalen en la vida pública. La honradez y la conducta intachable definen el programa y orientan

los pasos de los ingenieros interesados por la política, coincidiendo en este terreno con las censuras que los demócratas y los progresistas dirigen a los partidos gubernamentales. Dentro de este esquema entra, por ejemplo, la vehemencia con que el joven Sagasta exige en las Cortes responsabilidades al Gabinete por el asunto de <u>los carros de piedra</u>, o la aquilatada severidad con que, poco antes, durante la legislatura del bienio progresista, solicita que los empleados públicos dejen de cobrar sus honorarios, una vez admitidos en el Congreso.[5] Pero nada tan clarificador, al respecto, como los acciones de Gabriel Rodríguez, el hombre que abandona la pingüe dirección de los ferrocarriles del noroeste por no aceptar las irregularidades de los contratistas y que el día de su boda asiste puntualmente a la Escuela para dar su clase de economía política.[6] Estos gestos confieren un halo específico a los ingenieros dentro de los núcleos progresistas y encuentran siempre un eco favorable en la prensa liberal. Tras la Gloriosa, podemos ver cómo <u>El Imparcial</u>, recoge con admiración el ejemplo dado una vez más por Gabriel Rodríguez, Subsecretario de Hacienda, al renunciar al coche oficial, o "el raro espectáculo" proporcionado por Echegaray, Ministro de Fomento, cuando rechaza, en nombre de la integridad y la transparencia, las facultades que le permiten establecer, discrecionalmente, las subvenciones oficiales para la construcción de ferrocarriles.[7]

Para corroborarlo, la novela nos proporciona, a su vez, abundantes testimonios de la resonancia que tienen los gesto y el comportamiento de los ingenieros. El "profundo sentido moral", la adusta seriedad de Pepe Rey, nos muestran cómo el ideario del Cuerpo se transparenta incluso en los hábitos externos de sus miembros.[8] Y no se trata, evidentemente, de un caso

aislado. Don Carlos Golfín, el ingeniero que dirige la explotación de las minas de Socartes en Marianela, "hombre muy pacífico, estudioso, esclavo de su deber, apasionado por la Mineralogía y la Metalurgia", nos ofrece un nuevo ejemplo de tales enseñanzas y certifica el entusiasmo con que Galdós contempla el código estricto de estos profesionales.[9]

LA POLITICA Y LAS ASPIRACIONES DE LOS INGENIEROS.

Sería ingenuo por nuestra parte creer que los sacrificios y las limitaciones a que los ingenieros se ven sometidos no implican una serie de contrapartidas perfectamente delimitadas. Por lo pronto, en un ambiente salpicado por las quiebras y los negocios fraudulentos los escrúpulos morales avalan, como vimos, las aspiraciones de quienes se sienten atraídos por la política. La ética garantiza, en efecto, la superioridad e independencia de los alumnos que salen de la Escuela Caminos y les confiere un rango y una dignidad insospechados: sus adustas normas, "origen a veces de sacrificios contra el interés personal, llegando hasta el quijotismo, determinan desde el primer instante -según la Revista de Obras Públicas- la actitud severa y firme del Ingeniero pobre frente al empresario opulento y pródigo en complacencias".[1]

Tras las rotundas aseveraciones en favor del deber y del trabajo, se alzan, en efecto, intereses en absoluto desdeñables. El ingeniero reclama a cambio el respeto de la sociedad y la posibilidad de regir sus actuaciones de acuerdo con sus propias normas. Así pues, cuando los miembros del Cuerpo hacen constar sus virtudes, sus méritos académicos y profesionales, solicitan al mismo tiempo la dirección de los asuntos públicos y reivindican, de este modo, las vías de ascenso que permanecen abiertas para la clase media. Las palabras con las que la Revista de Obras Públicas aplaude los trabajos

y los honores dispensados a Leopoldo Brockmann, cuando recibe un título nobiliario y es condecorado por el Papa en reconocimiento de su labor en los ferrocarriles romanos, resultan inequívocas. Sus compañeros saludan en él a la nueva "aristocracia que ha de buscar sus blasones en el estudio y la ciencia; sus hazañas en el trabajo".[2] Pasado el tiempo, el modelo continúa incólume, y Palacio Valdés, al recordar elogiosamente la figura de Gabriel Rodríguez, el otro compañero inseparable de Echegaray en estos primeros años, lo convierte, por su honradez y laboriosidad, en "un digno representante de esa aristocracia democrática (...) que tiene por únicos blasones virtud y talento".[3]

Los ingenieros, entusiasmados por estas imágenes, observan el progresivo triunio del trabajo y de la inteligencia sobre la fuerza bruta, y comprueban cómo sus menesteres se corresponden con las tendencias que rigen el curso de las sociedades más avanzadas. Las comparaciones en las que el pensamiento y el esfuerzo intelectual se levantan sobre las antiguas jerarquías, menudean en sus escritos. Los cuadros profesionales formados en las Escuelas especiales señalan complacidos las ventajas de la ciencia sobre las armas, no sólo porque presta mejores y más duraderos servicios a la comunidad, sino también porque tras sus hazañas no brotan "la desolación y los sepulcros".[4] Los conocimientos de las nuevas generaciones así como el carácter práctico de sus logros atestiguan de forma irrefutable la superioridad de los nuevos tiempos, el predominio del espíritu científico sobre el teológico o el militar. "Pero ¿es que por ventura, y digan lo que quieran los arqueólogos y los historiadores -se pregunta Echegaray cuando describe sus andanzas por París-. hubo bulevares semejantes en ninguna ciudad, ni de Egipto, ni del Imperio babilónico, ni en Atenas ni en Roma?"[5] Las palabras del dramaturgo se limitan a resumir un estado de ánimo compartido por sus

colegas, siempre dispuestos a poner de manifiesto unos principios jerárquicos que descansan no tanto en la dificultad de sus trabajos como en la grandeza espiritual que revelan. Por ello, al contemplar las construcciones de la Antigüedad y sus diferencias con las actuales, Lucio del Valle encuentra en las primeras el sello del poder, del tiempo, del dinero; y en el "infinito" número de las segundas un símbolo del saber y la ciencia.[6] Y las mismas ideas podemos observar, en 1867, cuando Echegaray toma la palabra para contestar en la Academia de Ciencias al discurso de ingreso pronunciado por José Morer sobre las construcciones hidráulicas de la Antigüedad, y aprovecha la ocasión para resaltar el valor supremo de las directrices que guían los trabajos llevados a cabo en la actualidad: "Las obras romanas tenían por base el pillaje, el saqueo, y la esclavitud; las modernas, la asociación y el <u>trabajo libre e inteligente</u>".[7]

De una forma u otra los ingenieros resaltan, como vemos, la importancia de sus tareas y procuran situarse, no al margen, sino por encima de las enfrentamientos políticos. Por este motivo, en sus discursos asoma siempre una innegable conciencia de superioridad. Por un lado, los ingenieros participan en un proyecto integrador que desborda los particularismos y sitúa a los políticos en un escalón inferior, actitud a la que Echegaray se suma decididamente a través de las ideas librecambistas. Por otro, en sus palabras brota el orgullo del experto, el cual interviene en los debates "despojado de los atavíos de la política", y atiende sólo a los principios dictados por la razón.[8] No en vano, "la ciencia -como hace constar la <u>Revista Minera</u>- no tiene patria ni partido, y jamás nuestras plumas se han mojado en las odiosas tintas de la pasión o del resentimiento".[9] Afortunadamente, coincidiendo con los importantes cometidos asignados a los ingenieros, "así lo han comprendido también todos los partidos políticos, -nos indica el

joven Sagasta en la inauguración del Canal de Isabel II- dando tregua en tan solemnes momentos a sus enconadas diferencias".[10] Y, por estas fechas, Eduardo Saavedra aprovecha, a su vez, el agradecimiento de los madrileños para recordar los excelentes servicios prestados por los ingenieros, siempre ajenos "a las contiendas y vicisitudes de las banderías políticas".[11] La intervención de Saavedra viene a subrayar, por un lado, los beneficios de unas actividades que favorecen por igual a toda la colectividad y, por otro, la importancia del aparato escolar como medio de conseguir la promoción de los más capacitados. Para él, la cuestión no ofrece dudas: los méritos, la efectividad y la independencia del Cuerpo, se logran "por la manera como conquistan su puesto los individuos que lo forman y por la esfera en que se mueven superior a los vaivenes que en tan breves períodos trastornan la organización política y económica del país".[12]

El desdén con que los ingenieros observan las rencillas gubernamentales no debe confundirnos. Es una forma de sentar plaza dentro de la política y expresa su disconformidad con los diferentes partidos, ante los que se presentan como una alternativa gobernada por la eficacia. Frente al descrédito y la retórica huera de los políticos, el ingeniero esgrime un haz de brillantes resultados. "La Memoria que acabamos de ojear rápidamente -se dice en uno de sus actos sobre las Obras Públicas realizadas en 1861-, es tan parca en palabras como rica en datos numéricos y en resultados altamente satisfactorios".[13] ¿Cabe acaso un mensaje más elocuente? Los ingenieros aducen hechos, no palabras; una propuesta diestramente dirigi a al corazón de la élite pequeño-burguesa que encuentra pronto una legión de adeptos. Con estas cartas de presentación, los profesionales que se forman en las Escuelas especiales, captan en seguida la necesidad de extender sus puntos de vista y logros mediante la política.[14] Un proyecto que tiene quizás su mejor

exponente en la complacencia con que la Revista de Obras Públicas, animada por este mismo espíritu, recoge la trayectoria de Sagasta y Elduayen, los primeros en acceder al Congreso.

A esta luz debemos interpretar, finalmente, la indiferencia con que Echegaray asume un asunto espinoso sobre el que luego nos extenderemos: su permanencia en gabinetes tan diversos como los formados durante el reinado de Amadeo I, la Primera República o la Restauración. Contra lo que pudiera parecer, su presencia en unos y otros no supone ningún problema ni revela unas habilidades camaleónicas o una carencia absoluta de escrúpulos. Desde la perspectiva en que se coloca el ingeniero, la oposición establecida, por ejemplo, entre Monarquía o República posee un valor muy secundario. Salvaguardados unos principios básicos -la libertad, la propiedad-, Echegaray se desliza de una formación política a otra sin menoscabo de su dignidad y procura presentarse como un gestor empeñado en la resolución de problemas concretos, ajeno, por tanto, a las disputas de los partidos.

LAS INQUIETUDES PROGRESISTAS.

La preocupación por el progreso y el bienestar materiales liga estrechamente la suerte de los ingenieros a los cauces abiertos por el liberalismo. Más arriba hemos visto, en efecto, cómo las expectativas de las nuevas profesiones requieren ineludiblemente la revisión de los honores y aparentes méritos aportados por las antiguas jerarquías, y proclaman la superioridad moral de sus principios. Un nuevo ejemplo nos ayudará a recordarlo. Frente a la silueta sombría de los edificios erigidos en el pasado, los sentimientos fraternales, la utilidad y los beneficios que proporcionan al conjunto de la sociedad las obras emprendidas gracias a la técnica y a los saberes

de los ingenieros, se advierten con nitidez en las palabras pronunciadas por Sagasta, en 1855, en el Congreso de los Diputados:

> Si ahora no construímos iglesias, edificamos casas de beneficencia para vestir al desnudo; si no edificamos catedrales, levantamos hospitales para curar al enfermo; si no edificamos conventos, establecemos edificios dedicados a la instrucción pública para enseñar al que no sabe; si antes para perpetuar un hecho glorioso (...) se agotaban las arcas del Tesoro levantando en despoblado y entre escarpadas rocas magníficos y suntuosos monasterios que han venido a ser hoy solitaria vivienda de las aves, ahora procuramos agotar el Erario público abriendo canales para fomentar la agricultura; construímos caminos de hierro para desarrollar la industria; establecemos telégrafos eléctricos para conducir por medio de un alambre las palabras y las ideas (...), haciendo desaparecer las fronteras, disminuyendo la dimensión de los mares para hacer desaparecer también de las naciones la diferencia de las razas...[1]

La solidaridad, el bienestar colectivo y el progreso, justifican, pues, el trabajo de los ingenieros y traen consigo una crítica de las prácticas sostenidas por los estamentos tradicionales, el clero y la nobleza. Una actitud que, dentro de las experiencias vividas por estos profesionales, los nuevos inventos, el progreso de las comunicaciones o las Exposiciones universales de Londres y París, reafirman durante el siglo XIX al poner de manifiesto los lazos de unión entre todos los seres humanos y, especialmente, entre quienes forman la comunidad científica.[2] Pero, a ello se une sobre todo el hecho de que por su acreditada formación intelectual, la libertad y las costumbres europeas logran un extraordinario predicamento en sus filas. La ciencia exige la libre discusión de argumentos y el intercambio continuo de informaciones, requisitos que los gobiernos moderados o de la Unión Liberal, distan mucho de cumplir. Para salvar los obstáculos mencionados, la

Escuela de Caminos facilita la salida al extranjero de sus profesores y alumnos. Ahora bien, el atraso tecnológico que obliga a dirigir la vista hacia el exterior, trae consigo la adopción de sus pautas culturales. Para Echegaray como para el resto de sus compañeros enviados, estas expediciones suponen, asimismo, la ocasión de renovar su entusiasmo por determinadas costumbres y sistemas políticos vigentes en Europa. De esta forma, los ingenieros, conforme avanzan en sus estudios, se crean un mundo propio y toman como punto de referencia un norte alejado de realidad cotidiana: "El francés y siempre el francés -nos refiere Echegaray- dominaba en la Escuela de Caminos"[3]. Pero nada tan elocuente, para apreciar la devoción que sus alumnos sienten por Francia e Inglaterra, como los comentarios recogidos por Echegaray en sus Recuerdos para describir su estado de ánimo en estas primeras salidas al extranjero:

> Iba a París: dentro de algunas horas entraría en la ciudad prodigiosa, en la primera ciudad del mundo, y podría comparar la realidad con la imagen que me había formado de la gran metrópoli, a fuerza de leer novelas francesas.[4]

Los ingenieros, obligados a cursar sus estudios en libros y revistas francesas, no pueden dejar de percibir el vigor y la originalidad de las corrientes que surgen en la nación vecina. "Negar esto -señala Echegaray en 1905- es desconocer la Historia, las ciencias, las artes y todo el desarrollo industrial, especialmente en el siglo anterior"[5]. Las declaraciones en las que Echegaray expone su admiración por Francia, "la patria adoptiva de mi inteligencia y de mis gustos estéticos", confesando su dependencia con respecto a la cultura francesa en todos los órdenes del pensamiento, son sumamente significativas y nos ayudan a comprender, por un lado, la penosa situación en que se hallan estas minorías formadas en las Escuelas es-

peciales, y a captar, por otro, las vías de difusión de las ideas liberales en nuestro país: "Mi educación científica, artística y social fue hasta los treinta y tantos años puramente francesa"; "Victor Hugo, Lamartine, Dumas padre, Dumas hijo, Federico Soulié, Balzac, Eugenio Sué y otros innumerables escritores, todos franceses, formaban los dioses mayores y menores de mi Olimpo literario".[6] No es extraño, por tanto, que los ingenieros, deslumbrados por las maneras y avances científicos del extranjero, compartan con relativa frecuencia las críticas y los anhelos de los intelectuales y grupos que se mueven en la oposición.

Las tendencias liberales que predominan en las Escuelas especiales terminan lógicamente por inquietar a las autoridades educativas. Los decretos firmados en 1866 por el Marqués de Orovio para englobar los primeros cursos de la carrera en la Facultad de Ciencias, tienen desde luego esa intención. Con todo, es durante la Gloriosa cuando la actitud del Cuerpo se manifiesta claramente. En octubre de 1868, la Revista de Obras Públicas se apresura a declarar que sus redactores -Gabriel Rodríguez y Echegaray entre ellos- "se adhieren plenamente a la revolución que acaba de triunfar en España".[7] A continuación, relata la historia del Cuerpo, asociada desde sus comienzos a los hitos del liberalismo. Los datos son concluyentes: la Escuela, creada en 1802, renace en 1820, se organiza de forma permanente en 1834, y desaparece, en cambio, en fechas tan significativas como 1814 y 1823. Una trayectoria, cuyo significado vuelve a resaltar Sagasta cuando señala en las Constituyentes que el cuerpo de ingenieros se creó en la primera época de la libertad que hubo en nuestro país, y murió con el advenimiento del absolutismo para resucitar de nuevo con la llegada de la Revolución.[8]

Diseminados por las diferentes provincias, los ingenieros desempeñan durante el Sexenio una función destacada como representantes cualificados de

los movimientos progresistas.[9] E, incluso, como veremos posteriormente, los partidos políticos recurren a ellos para capear el vacío administrativo y dejan en sus manos la dirección de los asuntos económicos. De esta forma, Gabriel Rodríguez ocupa la Subsecretaría de Hacienda; Echegaray, la Dirección General de Obras Públicas en las primeras jornadas de la Gloriosa; y con ellos podemos observar la aparición de otros compañeros de profesión como Eduardo Saavedra, Manuel Pardo y Adolfo Ibarreta, en los distintos negociados de Fomento. Más tarde la importancia creciente de los ingenieros nos permite encontrar a Elduayen y Echegaray al frente de los ministerios de Hacienda y Fomento, respectivamente.

Lógicamente, los ingenieros, halagados por el ascenso de sus colegas, no pueden por menos que saludar con júbilo una revolución que parecía dispuesta a hacer justicia a los méritos cosechados por la inteligencia. Al menos, este espíritu rebosa en los versos con que los Ayudantes de Obras Públicas se dirigen al Ministerio de la Gobernación para aplaudir a Sagasta, su antiguo profesor: "Henchidos de placer y patriotismo/ tus discípulos hoy te saludamos..."[10]. A su vez, la revista del Cuerpo anota complacida la asiduidad con que son llamados para ocupar cargos públicos mientras otras publicaciones resaltan el fenómeno. En octubre de 1868, El Imparcial, al ocuparse un ingeniero de dirigir la Junta de Obras Públicas, destaca su preparación y la dificultad de sus estudios. Para el diario madrileño, los ascensos y la incorporación de los ingenieros a las tareas administrativas corroboran además el espíritu liberal del Cuerpo.[11] El prestigio y los honores conseguidos por estos profesionales suscitan así las críticas de Las Novedades en 1868 por la influencia excesiva que alcanzan en el Ministerio de Fomento, los gastos excesivos que provocan, y el carácter elitista de unos estudios capaces, por su rigor, de "concluir con las inteligencias me-

jor organizadas"[12]. Salvando las maliciosas alusiones incluidas al final, es preciso reconocer la parte de razón que asiste al diario madrileño y a cuantos, como luego veremos, observan fascinados la constitución de algunos gabinetes ministeriales con la presencia de dos y hasta tres ingenieros de caminos. Se saldaban así unas expectativas, una cuenta pendiente, que estos profesionales no habían olvidado en ningún momento.

Otras circunstancias confieren un indisimulado matiz progresista al Cuerpo de Ingenieros. La Escuela, por los elogios tributados a la razón, ocupa un lugar preferente en los intentos emprendidos para reestructurar la enseñanza, alejándola del dominio clerical. Este es concretamente el mérito que la revista oficial proclama al enjuiciar la labor desempeñada por Subercase, antiguo director del Centro, cuyos aciertos radican en introducir carreras útiles y reemplazar "los estudios teológicos y ascéticos por los de ciencias exactas"[13]. Y, por esas fechas, podemos ver asimismo cómo, en una reunión con sus colegas, Echegaray toma la palabra para resaltar, a la hora de los brindis, que España, pese a estar entregada durante tres siglos al escolasticismo, brillaba en el cultivo de las ciencias exactas, gracias al trabajo de sus compañeros de profesión.[14]

No le faltan motivos, por tanto, a don Joaquín Onésimo cuando detecta en León Roch, uno de los más distinguidos representantes de la Escuela de Minas, "el tufillo de descreimiento" capaz de exasperarle.[15] Otro tanto hubiera podido decir de Echegaray, quien poco después será designado para llevar a cabo, desde el Ministerio de Fomento, las reformas legales que posibiliten la aplicación de la libertad religiosa en la enseñanza. Las consecuencias, por cierto, de aquellas iniciativas no se hicieron esperar. En los comicios de 1871, los electores movidos por la propaganda efectuada en la prensa tradicionalista, acudían a votar en los distritos en los que se presentaba

Echegaray, "con un catecismo en la mano en son de protesta".[16] Luego, la tolerancia defendida en obras como Dos fanatismos o En la muerte en los labios, no hará sino consolidar una fama de heterodoxo ganada con antelación.

A partir de 1875, cuando los ecos de la Gloriosa se hayan apagado, la Revista de Obras Públicas repliega sus velas y procura distinguir entre el colectivo y las actividades de algunos de sus miembros. No obstante, los argumentos exculpatorios difícilmente podían cambiar ya una opinión generalizada según la cual los ingenieros componían un cuerpo "revolucionario por excelencia".[17]

EL RADICALISMO Y LA IMPETUOSIDAD DE LOS INGENIEROS.

Decididos partidarios de la libertad y la tolerancia, la tarea de hacer olvidar las connivencias de los ingenieros con la Revolución de Septiembre no resultaba fácil por otros motivos. Con frecuencia, la rectitud, la conciencia de su valía y la confianza en la certeza de sus opiniones, les indujeron, en primer lugar, a incorporarse, dentro de los planteamientos clásicos del liberalismo, a las posturas más radicales. Y, en segundo lugar, les animaron a defender sus ideas sin ambigüedades ni miramientos con el adversario. Los ataques directos al oponente, explotando irónicamente sus debilidades, jalonaron con frecuencia sus escritos e intervenciones orales, y contribuyeron a vincular la fisonomía del ingeniero con las turbulencias de la Gloriosa.

La vida pública y privada de Sagasta nos brindan un buen ejemplo del ímpetu y de la fama que rodea a estos profesionales.[1] Para sus contemporáneos, cuando ocupa en 1881 la presidencia del gobierno -nos indica Valera Ortega- no es aún el político calculador, domesticado por Cánovas, sino el ex director de La Iberia, un individuo exaltado, condenado poco antes a muerte.[2]

Y si las peripecias biográficas de Sagasta atestiguan las apreciaciones anteriores, sucede otro tanto con la fama de hombre virulento de que gozó Echegaray durante gran parte de su vida. El tono mordaz y la agresividad son notas unánimemente resaltadas por la prensa al comentar sus discursos, y nos hacen ver que el dramaturgo, como el personaje descrito en Doña Perfecta, "solía emplear a veces, no siempre con comedimiento, las armas de la burla".[3]

Los gestos exaltados que Echegaray incorpora a los escenarios de la Restauración cuentan, pues, con numerosos antecedentes. En su primer trabajo publicado, <<Del movimiento continuo>>, se vió ya obligado a pedir disculpas por la forma de arremeter contra las incursiones de los aficionados en su especialidad, si bien, para justificar el tono hiriente de sus palabras, concluye afirmando que se ha limitado a refutar, "en nombre de la ciencia", los atrevimientos de "charlatanes e ignorantes".[4] Como podemos observar, evidentemente, Echegaray tampoco "conocía la dulce tolerancia del condescendiente siglo", por emplear las palabras con que Galdós describe a Pepe Rey, ni se apartaba un ápice, en este terreno, de la imagen proyectada sobre sus colegas, un tanto ensoberbecidos por la excelente educación recibida.[5]

Dejando a un lado la actuación de sus personajes, sus intervenciones en la vida pública, antes de iniciar su carrera en el teatro, muestran siempre el radicalismo y la incontinencia verbal con que los ingenieros sostienen sus criterios. El discurso de 1866 en la Academia de Ciencias y el pronunciado en 1869, en las Cortes Constituyentes -los más conocidos quizás en su día-, levantaron por este motivo un ruido considerable. En un caso, la inoportunidad del tema seleccionado -la escasa talla de los matemáticos españoles- no podía pasar desapercibida para quienes figuraban en la Acade-

mia. En el otro, como es sabido, el orador, para defender la tolerancia y la libertad de cultos, sobresaltó a la concurrencia evocando los tormentos inquisitoriales, "el ensangrentado aliento de la víctima", mientras agitaba ante los diputados la trenza hallada, oportunamente, en el quemadero de la Santa Cruz.[6]

Conforme el Cuerpo de ingenieros adquiere influencia en la Administración, sus detractores incrementan sus censuras por la actitud un tanto provocativa de sus miembros, achacándola al elitismo y a la altanería de los funcionarios procedentes de las Escuelas especiales. Se denuncia la vanidad y las presiones que ejercen sobre el Ministerio para imponer sus criterios. La orgullosa respuesta que los ingenieros dan a esas alusiones confirma, en parte, la veracidad de esas acusaciones. La crítica que a veces reciben -se pregunta la Revista de Obras Públicas-, "¿es resultado quizás de nuestra independencia, un tanto áspera, fruto del convencimiento que abrigamos de que nos debemos a nosotros mismos y no a benévolas mercedes, la modesta posición social que ocupamos?".[7]

En efecto, los rasgos hasta ahora señalados, el cumplimiento escrupuloso del deber, la vida y las costumbres morigeradas, no deben hacernos pensar que los ingenieros se comportan como individuos pusilánimes. Los caracteriza mejor una cierta conciencia de seguridad, el aire arrogante de quienes han sabido superar por sí mismos los trabajos exigidos por las arduas obligaciones profesionales y se mueven por ello en una esfera superior. "Mucho aire de despreciarnos a todos los españoles como a un hatajo de ignorantes; mucho orgullo", son los comentarios que provocan los modales de León Roch.[8] Un personaje al que, erróneamente -como apuntaba Francisco Giner-, se vincula con el krausismo, cuando encarna más bien los hábitos y la ideología de estos cuerpos técnicos.[9] E idénticas maneras y empuje, se advierten en

Pepe Rey, "de complexión fuerte y un tanto hercúlea, con rara perfección formado, y tan arrogante, que si llevara uniforme militar ofrecería el más guerrero aspecto y talle que pudiera imaginarse".[10] La alusión a Gabriel Rodríguez, Subsecretario de Hacienda e inseparable colaborador de Echegaray, en el soneto publicado por Manuel del Palacio, en 1869, en El Imparcial, nos da idea, finalmente, de la aureola que rodea a los miembros más distinguidos del Cuerpo: "Yo soy como Gabriel y así las gasto:/ al enemigo humilde lo perdono,/ al enemigo fanfarrón lo aplasto".[11]

Las comparaciones utilizadas por Galdós para retratar a sus personajes se ajustan fielmente a la realidad. Junto a la disciplina, el valor y el riesgo son aludidos a menudo con admiración por los propios ingenieros. "Los sabios son hasta cierto punto -se dice en la Revista Minera-, como los soldados en las batallas que mutuamente se animan y, despreciando la muerte, se arrojan al enemigo, debiéndose la mayor parte de sus victorias y de los hechos heróicos, más bien a la emulación que al frío valor personal de los combatientes".[12]

La ciencia sustituye ahora con ventaja a la fuerza de las armas, pero sus paladines necesitan el mismo coraje y entereza, pues sus enemigos no son menos peligrosos ni tenaces. Cambiar los hábitos o enmendar los errores impuestos por la rutina, supone emprender acciones tan abnegadas como heroicas. Ni los impedimentos ni los esfuerzos que exige el progreso constituyen una excusa. "La verdad -precisa Echegaray- nunca debe ocultarse, y si alguna vez arranca al alma un grito de dolor, ¿qué importa? Es el enrojecido hierro que muerde en la sangrienta llaga, es el provechoso dolor del cauterio purificador de la vieja podredumbre".[13] Enamorados de estas imágenes, los ingenieros narran, según vimos, las dificultades de su trabajo, "acaso intolerables para vulgares naturalezas",[14] del mismo modo que Echegaray, en La

muerte en los labios, recrea durante la Restauración los sufrimientos de quienes representan, como Miguel Servet, la inteligencia perseguida. Tales riesgos componen el tributo que el hombre de ciencia debe pagar por el liderazgo asumido en la sociedad moderna, y al cual el ingeniero se somete con gusto.

Las expresiones recogidas dibujan con nitidez el concepto de la ciencia, el carácter enérgico y las ambiciones impulsadas deliberadamente en las Escuelas especiales, de acuerdo con las necesidades económicas del momento. La altivez y las ínfulas del ingeniero, la exaltación que descubren los símiles establecidos con la milicia, no se producen, en efecto, al margen de sus tareas profesionales; a decir verdad, sus actitudes se corresponden fielmente con la naturaleza de los obstáculos que es preciso remontar. A mediados de siglo, el capitalismo español requiere una cierta dosis de aventura. Necesita corregir las tendencias que favorecen tan sólo los activos carentes de riesgo -tierras, préstamos, deuda pública- y para lograrlo, nos indica, en 1858, un observador privilegiado, Gustave Hubbard, es preciso crear "industriales ardientes e instruidos", estimular a los hombres "atrevidos y emprendedores", dispuestos a aplicar sus recursos económicos en la industria incipiente.[15] Plenamente identificados con esos ideales, los ingenieros siempre destacan el espíritu emprendedor de sus colegas y, en uno de los actos organizados por el Cuerpo, podemos ver, incluso, cómo Echegaray toma la palabra y saluda en los constructores del Canal de Isabel II "el entusiasmo que arrostra todos los peligros, que vence todos los obstáculos".[16]

La advertencia hecha por Vicens Vives sobre el talante de quienes mueven las finanzas -"el sólido burgués de la Restauración fue el poeta de las máquinas"- cabe aplicarla, sin duda, a los ingenieros en las décadas cen-

trales del siglo.[17] Los trabajos y las noticias que aparecen en la Revista de Obras Públicas, dan cuenta a cada paso de cómo la imaginación y la ciencia discurren por caminos paralelos gracias al hallazgo de técnicas cada vez más refinadas. Deslumbrados todavía por las obras de Lesseps en Egipto, el proyecto de construir un túnel submarino para enlazar por ferrocarril a Francia e Inglaterra muestra los ánimos y la confianza depositada en los ingenieros. La revista ofrece sesudas reflexiones e informa constantemente a sus suscriptores sobre una obra que Echegaray califica con acierto como digna de Julio Verne.[18] Y él mismo participa en el mantenimiento de esas esperanzas y elabora, junto a Brockmann, un proyecto por encargo de Salamanca. Pero, para comprender el fervor y los anhelos que acompañan las actividades llevadas a cabo por los alumnos de Caminos, es necesario leer las crónicas de la época. Sólo así podemos captar la expectación, "el gentío inmenso" que aguarda en Aranjuez la llegada del ferrocarril y aplaude la entrada triunfal del Marqués de Salamanca y de don Pedro Miranda, el empresario y el ingeniero, el capital y el trabajo asociados, conduciendo la máquina en su primer recorrido.[19]

El interés que tanto Echegaray como sus colegas sienten por la astronomía es otro síntoma de las inquietudes existentes entre los ingenieros. En sus discursos, subrayan cómo, en los descubrimientos realizados por quienes descuellan en esta disciplina, el análisis y la observación se unen a "la indomable perseverancia" y a la "fantasía ardiente".[20] De acuerdo con estos esquemas, los relatos de las expediciones científicas, en algunas de las cuales participa Echegaray, confirman el feliz maridaje que mantienen la ciencia y la imaginación. En julio de 1860, con motivo de un eclipse solar, vemos así cómo los hombres de ciencia, entre los que los ingenieros ocupan un lugar preferente, se dirigen con sus instrumentos de precisión a los ob-

servatorios y se colocan, al mismo tiempo, a la cabecera de los enfermos mentales u observan interpérritos las "extrañas" reacciones de los animales.[21] Echegaray, atraído por las especulaciones y los dilatados horizontes que la astronomía abre para los hombres de ciencia, participa de las mismas inquietudes. Su primera conferencia en el Ateneo versa, precisamente sobre estas materias, y, en sus artículos, no desaprovecha la ocasión de describir el paisaje lunar e imaginar "abismos terribles", "montañas radiales que parecen inmensas garras de piedra".[22]

El romanticismo es, incluso, un mal endémico entre los ingenieros y, durante la Restauración, los documentos que atestiguan su apasionamiento se multiplican. Precisamente, Alarcón recurre en <u>La pródiga</u> a un "famoso ingeniero de Caminos" cuando idea una personalidad digna de acompañar a la antigua pec dora, recluida en la aldea. Y en él se dan cita de nuevo los rasgos anotados: las ambiciones, el temperamento soñador, la fuerza y los recursos de un jefe innato. Don Guillermo de Loja, futuro ministro, recorre tierras andaluzas al inicio de la novela, en busca de votos, y es presentado como "cabeza y alma de la expedición por tener también mucho de poeta y artista, y ser el de carácter más vivo y enérgico".[23] Pero quizás sea don Carlos Ozores el más popular de cuantos personajes se relacionan con el mundo de los ingenieros. Al trazar su semblanza, Clarín dibuja con acierto su carácter "apasionado", el fervor que sienten por la libertad y el progreso, la facilidad con que, paradójicamente, el cultivo de las ciencias desemboca a mediados de siglo en posturas radicales y echa a volar la imaginación, frente a la severidad luego proclamada por el positivismo. "Don Carlos, en efecto -se nos dice en <u>La Regenta</u>-, se había hecho liberal de los avanzados; y de los estudios físico matemáticos había pasado a los filosóficos; y de resultas era un hombre que ya no creía sino lo que tocaba,

hecha excepción de la libertad que no la pudo tocar nunca y creyó en ella muchos años".[24] Y, para que no haya dudas sobre la fidelidad del retrato, en la novela se hace constar también la extraña aceptación, por parte de estos ardorosos profesionales, de la disciplina corporativa inculcada en sus Escuelas:

> Don Carlos se dedicó a filósofo y a conspirador, para lo cual creyó oportuno pedir la absoluta.
> -Yo ingeniero, no podría conspirar nunca (Creía en el espíritu de cuerpo); como particular puedo procurar la salvación del país por los medios más adecuados.[25]

Los ribetes de ironía que surgen en la obra de Clarín no carecen de significación. De acuerdo con las indicaciones de Aranguren, "el mito del ingeniero como <<el hombre superior>>" se corresponde con la expansión industrial, el aumento de las inversiones extranjeras y el ambiente que crean las obras doctrinales de ideológos como Saint Simón, esto es, con la aparición de los factores que dominan la vida española a mediados de siglo.[26] Las circunstancias, a partir de 1875, son, sin embargo, muy diferentes. El liberalismo, el apasionamiento, las posturas radicales de los ingenieros crean, en estas fechas, cierta desconfianza o provocan, por la candidez y el inmoderado optimismo de sus manifestaciones, la sonrisa de los lectores. Pero también es verdad que la conducta y el temperamento de estos profesionales se revalorizan, en parte, durante la Restauración. Conforme las consignas gubernamentales postergan los derechos y libertades del individuo, en aras del orden, la vehemencia de los ingenieros ilumina unos valores añorados. Su enérgica defensa de unos ideales preteridos se alza como el único resorte capaz de alterar un panorama dominado por la indiferencia.

La asiduidad con que Galdós recurre a los ingenieros para mostrar la lucha que el individuo debe emprender frente a unos antagonistas tan mezquinos como empecinados, corrobora las afirmaciones anteriores. En este sentido, es curioso observar las reacciones similares de los personajes concebidos por Echegaray y por Galdós, en sus primeras obras, ante determinadas costumbres vigentes en la sociedad española. El esquema es siempre el mismo: taciturnos y disciplinados, los protagonistas destacan por su amor al orden y a las soluciones ponderadas, hasta que la opresión ambiental y la mediocridad imperantes les empujan por otros senderos y ponen a prueba su energía. Los cambios que en este proceso experimentan los ingenieros de Galdós, agobiados por unas normas de convivencia inflexibles, no se diferencian de aquellas que los espectadores pueden presenciar en las obras de Echegaray. Agotada la prudencia, el genio vivo y la furia los arrastra a pesar suyo cuando se ven acorralados por el azar o las intrigas mundanas. Si en La familia de León Roch vemos cómo el protagonista, ante la red de convencionalismos e intereses que hacen fracasar sus propósitos, llega a sentirse "abrasado de un furor no contenido por consideración ni respeto alguno"[27], en El gran Galeoto, asistimos a la misma transformación. Ernesto, un joven trabajador, predispuesto a la obediencia, tiene que rebelarse y plantar cara a la maledicencia, a la rutina de unos pensamientos envilecedores. Por este motivo, cuando los acontecimientos se precipitan, tras hacer "un esfuerzo sobre él mismo", acaba perdiendo los estribos y, en las últimas escenas, según nos indica el autor, "no es dueño de sí".[28]

Evidentemente, el comportamiento de Ernesto no constituye un caso aislado. A decir verdad, el "neorromanticismo" de Echegaray tiene, en parte, su asiento en estas actitudes y guarda una relación estrecha con los esfuerzos prodigados por los liberales, durante el último cuarto de siglo, para rom-

per la apatía de una sociedad aletargada. No es extraño, por tanto, que el dramaturgo acuda también al ingeniero para darnos una muestra del vigor con que el individuo, en ocasiones, debe hacer frente a las injusticias o a las actitudes intolerantes. En Dos fanatismos, Julián, ingeniero, responde a la imagen establecida y se define a sí mismo como un representante de "la nueva raza": "la del genio, la de la industria, la que domeña a la naturaleza sus secretos". Aunque procura evitar la discordia entre su padre, un indiano enriquecido, y don Lorenzo, su suegro, un neo intransigente, el conflicto brota sin remedio y amenaza su matrimonio. A partir de ahí, el protagonista, contrariando su naturaleza reflexiva y su pronunciado sentido del deber, pierde la calma y realiza gestos cada vez más violentos. Por medio de esas bruscas transiciones con las que Calvo y Vico arrancan los aplausos del público, la obra recoge la lucha interna de Julián. Tan pronto lo vemos increpando a su padre como arrojándose a sus pies; aceptando sumiso las importunas observaciones de quienes le rodean como lo encontramos desafiante, hasta que, arrebatado por la cólera, le oímos exclamar: "¡estoy fuera de mí!".[29]

El contraste existente entre el tono respetuoso y comedido del primer acto, y los gritos y ademanes de las escenas finales, así como la ambigüedad con que Clarín, Echegaray o Galdós, examinan unos gestos que parecen heredados del Romanticismo, recogen la actitudes vacilantes del pensamiento liberal durante la Restauración. Las contradicciones anotadas encarnan, en concreto, la necesidad de forjar un modelo que remonte la indisciplina y los desórdenes del Sexenio por un lado, y las desilusiones y el conformismo del periodo posterior, por otro. En esta tesitura, el ingeniero, por los hábitos mesurados y docilidad con respecto a las jerarquías naturales, por el vigor intelectual y la confianza puesta en sus méritos, nos brinda un

ejemplo cabal de la síntesis ambicionada, y, al mismo tiempo, nos advierte por su temperamento, a veces exaltado, sobre los peligros que amenazan la convivencia española.

LAS ACTIVIDADES CIENTIFICAS DE ECHEGARAY.

La vinculación de Echegaray con los planteamientos de la Escuela de Caminos resulta aún más evidente cuando analizamos sus escritos y actividades anteriores a la Gloriosa. Basta con repasar su extraordinario expediente académico, primero como alumno -número uno de su promoción- y luego como profesor desde 1854 hasta 1868. Durante esos años su vida gira en torno a los círculos profesionales. Asiste a la tertulia celebrada en los locales de la Revista de Obras Públicas, se interesa por la política y ensaya sus habilidades literarias junto a antiguos compañeros de estudios o de claustro, como Leopoldo Brockmann o Gabriel Rodríguez. En la Escuela desempeña además las labores de Secretario y participa activamente en las comisiones encargadas de organizar los actos internos. Por otra parte, la Revista de Obras Públicas costea la edición de sus primeros libros y en ella figura como redactor en 1866, 1867 y 1868.[1] La vinculación de Echegaray a las actividades llevadas a cabo por la Escuela así como el respeto que en todo momento muestra hacia sus maestros y compañeros, no es, ciertamente, casual. Recoge la solidaridad existente entre quienes se reconocen a sí mismos como parte de un grupo específico y, frente al desdén por las jerarquías establecidas, muestran, en cambio, su fidelidad y extrema devoción por aquellas que tienen su origen en los méritos y dependencias profesionales.[2]

La Revista de Obras Públicas recoge, precisamente, su primer artículo, <<Del movimiento continuo>>, que, pese a su título, aséptico en apariencia, revela ante todo su compenetración con los ideales y el programa de la Es-

cuela.[3] En este trabajo juvenil, Echegaray denuncia, poco antes de terminar la carrera, el intrusismo de cuantos se aplican a las matemáticas sin poseer los conocimientos necesarios e inventan máquinas tan "absurdas" como "inútiles", basándose en el falso principio del movimiento contínuo. Frente a los trabajos de los aficionados, los cuales sólo sirven para malgastar capitales y provocar la hilaridad en el extranjero, en esas páginas quedan claramente expuestos los méritos y la superioridad intelectual del ingeniero, los derechos que por su preparación le amparan a la hora de percibir y emplear los fondos del erario público. La probidad, la conciencia de su valía y el deseo de superar las barreras culturales, componen el núcleo de los razonamientos recogidos en este primer artículo y muestran el arraigo de las normas defendidas por el cuerpo de ingenieros.

Pero quizás sea en la entusiasta aplicación de Echegaray a la física y a las matemáticas, donde podamos apreciar mejor los frutos de las exigencias impuestas por estos centros de enseñanza. En efecto, su labor en este campo no es producto de un esfuerzo aislado, sino la consecuencia, como precisa Rey Pastor, de un "notable renacimiento matemático que irradia de la Escuela de Caminos".[4] Las ciencias exactas ocupan un lugar preferente en sus programas y los niveles conseguidos en la transmisión de estos conocimientos son mencionados para subrayar su independencia y superioridad con respecto a otras Facultades.[5] No es extraño, por tanto, que las matemáticas -"mi afición decidida", según confiesa luego a los lectores de La España Moderna-[6] se conviertan para Echegaray, desde sus años juveniles, en una tarea absorvente. Así lo confirman, por un lado, las asignaturas a su cargo y, por otro, los artículos editados por algunas de las publicaciones especializadas del momento. Cálculo de Variaciones (Mad. 1858), Problemas de Geometría (Mad. 1865), Problemas de Geometría analítica (Mad. 1865), Teorías

modernas de la Física. Unidad de las fuerzas materiales (Mad. 1867), Termodinámica (Mad. 1868), Teoría de los determinantes (Mad. 1868), son los títulos de los libros publicados antes del Sexenio en los que recoge los estudios relacionados con sus clases en la Escuela y los trabajos dispersos en la Revista para el Progreso de las Ciencias, la Revista de Obras Públicas o la Revista Hispanoamericana. En unos y otros, surge el afán por incorporar con rapidez las aportaciones realizadas en el extranjero y aparece una de las más tempranas contribuciones al desarrollo de las ciencias exactas, oficialmente respaldada por la presencia de Echegaray en la Real Academia de Ciencias en 1866.

La Escuela de Caminos le proporciona además los medios y los estímulos necesarios para proseguir sus estudios. En el programa de estas instituciones las salidas al extranjero componen, según vimos, un apartado imprescindible. La asistencia a Exposiciones y Congresos así como la financiación de proyectos en los que a menudo el espionaje y los intereses científicos se dan la mano, constituye para los rectores educativos la única forma de paliar el retraso heredado y la falta de apoyos a la investigación.[7] De acuerdo con estas premisas, la Escuela designa a Echegaray, en 1860, para investigar los trabajos de perforación realizados en el túnel de Mont-Cenis en los Alpes. Pese a las dificultades, el joven ingeniero memoriza las características de la máquinaria empleada y consigue burlar así las medidas extremas de seguridad.[8] Al mismo tiempo, Echegaray visita por vez primera Londres y París, ciudades a las que vuelve en 1862 y 1867, comisionado de nuevo por la Escuela, para asistir a la Exposición Universal. En el haber de estos viajes debemos consignar la publicación de nuevos trabajos, y, sobre todo, el fortalecimiento de los impulsos que mueven a Echegaray a incorpo-

rar y divulgar en los libros mencionados los últimos avances de la ciencia.

De acuerdo con estos estímulos, Echegaray y Gabriel Rodríguez, profesores ambos de la Escuela, inician en 1856 la publicación de El Economista para difundir los principios del librecambio. Y más tarde, en 1868, intervienen en el semanario Los Conocimientos útiles, fundado por Francisco Carvajal, ingeniero jefe de Caminos, con la pretensión de convertir la ciencia en un agradable "jardín".[9] A su vez, las tribunas del Ateneo se convierten lógicamente en uno de los lugares preferidos por Echegaray para propagar sus opiniones y conocimientos. A fines de 1857 debuta como orador en sus locales pronunciando una conferencia sobre Astronomía popular. Desde ese momento interviene continuamente en los debates junto a los krausistas y a los partidarios del librecambio en defensa siempre de los ideales recogidos luego por la Gloriosa.[10] Finalmente, a partir de 1866, toma la palabra con frecuencia en los discursos de investidura en la Academia de Ciencias Exactas para introducir a los ingenieros elegidos por la institución. En ellos, como hemos podido comprobar, reaparece siempre el entusiasmo por las actividades profesionales y se observa con nitidez la solidaridad existente entre los miembros del Cuerpo.[11]

La dedicación y el talento de Echegaray como expositor de las novedades científicas ante el amplio auditorio de los diarios y los debates promovidos por el Ateneo, así como el mantenimiento de estas actividades durante toda su vida, están relacionados, sin duda, con los principios asumidos por los ingenieros. En primer lugar, éstos se hallan, gracias al régimen y a las necesidades de sus Escuelas, en unas condiciones idóneas para recoger y valorar las innovaciones. En segundo lugar, por su situación profesional y actividades académicas, en pocos colectivos encuentra tanto arraigo la idea

de que extender la educación y elevar el nivel cultural de los españoles fomentando una cultura de síntesis, sea el instrumento idóneo para conseguir que el país progrese. No en vano, su fe en las virtudes de la enseñanza se asienta en una sólida base: el prestigio y las aspiraciones de los ingenieros se justifican, según vimos, por la confianza depositada en el aparato escolar como medio de promoción social. Resulta lógico, pues, que los ingenieros tomen parte en los proyectos educativos que surgen durante la segunda mitad del XIX. La conciencia de sus deberes así como la estima concedida a sus propios méritos, les empujan inevitablemente a ejercer la tutela de la sociedad por medio de la palabra o de la acción. El ingeniero acepta así el papel de guía a que parece destinado por su preparación y cualidades morales.

La apretada enumeración de estas actividades sobre la que luego volveremos en diferentes capítulos, aparte de perfilar la imagen, generalmente poco precisa, que tenemos de Echegaray, nos hace ver cómo la aureola de frivolidad o las sospechas de huero mercantilismo que crecen alrededor de sus obras literarias, obedecen a unos criterios demasiado simplistas. A nuestro entender, la escena, al igual que las tareas emprendidas en el campo de la ciencia, es, en realidad, una tribuna que nos muestra de nuevo la urgencia con que Echegaray pretende conectar con un público mayoritario, indiferenciado, para difundir nuevas ideas y hábitos de conducta. Sus dramas, consti, en este sentido, una prolongación de los esfuerzos acometidos desde múltiples lugares y, por este motivo, tras ellos se vislumbran, en definitiva, una ética severa y los intentos decimonónicos por remozar la sociedad española.

EL AMBIENTE FAMILIAR: ECHEGARAY LACOSTA.

La decidida incorporación de Echegaray a los ideales sostenidos por la Escuela de Caminos no surge en el vacío. Al margen de los factores sociales y económicos que hemos ido anotando, obedece, en gran parte, a que dicha institución prolonga las ideas y las actitudes aprendidas en el domicilio paterno. Tras las anécdotas y los comentarios incluidos por Echegaray en sus Recuerdos sobre su padre, el lector adivina pronto el ascendiente de un hombre, cuya fisonomía se dibuja con indisimulada admiración. Por este motivo, nos interesa esbozar brevemente los rasgos que configuran la personalidad de don José Echegaray Lacosta, médico y cirujano, integrado en varias corporaciones científicas, profesor, primero, en el Instituto de Murcia y, luego, en la Escuela Superior de Veterinaria.

Cuando Echegaray evoca la figura de su padre, los rasgos esbozados coinciden en muchos aspectos con los principios y los modelos forjados en los sectores liberales. La honradez, sus aptitudes profesionales, el tesón con que cultiva y procura estar al día en diversas disciplinas, son los méritos destacados por Echegaray en sus memorias.[1] Y aunque en esas palabras se desliza sin duda el respeto filial, lo cierto es que tales cualidades sí parecen corroboradas por los trabajos de Echegaray Lacosta así como por los escasos documentos disponibles, los cuales nos llevan a pensar que el padre se encuentra en la base de la educación recibida y de las primeras decisiones adoptadas por el dramaturgo.

Los primeros datos sobre su carácter y aptitudes nos los proporciona un discurso de 1836.[2] Ese año, la Sociedad Económica de Amigos del País creó en Murcia una cátedra de Agricultura, dotada con seis mil seiscientos reales, que se incorporó al Instituto de la localidad en 1837. José Echegaray Lacosta fue el titular de la misma y pronunció ese año la lección inaugural. En las palabras dirigidas a sus compañeros cuando se presenta por vez pri-

mera ante ellos, se advierte enseguida la mentalidad progresista y la ética rigurosa que anima al orador. De sus deudas con la tradición ilustrada nos hablan sus elogios a Carlos III y las palabras que dedica al Informe de Jovellanos, "digno de un Turgot en Francia y de Smith en Inglaterra"[3]. De acuerdo con esta línea de pensamiento, al establecer las causas por las que, a su juicio, el país se ha convertido, desde fines del XVII, en "un enfermo expirando de consunción", recoge sin vacilar los hitos señalados por el liberalismo. "La expulsión de los moros", "el fatal descubrimiento de las Américas", "la codicia del oro", "la sed de conquistas", son presentados como los responsables de las taras que obstaculizan el progreso en España: "la desidia, el odio al trabajo y la ignorancia"[4]. Al lamentar las continuas guerras que han sumido la agricultura española "en un deplorable estado", recoge las quejas prodigadas en el primer tercio del XIX y coincide con los diferentes cuerpos técnicos en reclamar la tranquilidad necesaria que permita emprender las reformas más urgentes, al margen de la política y por encima de cualesquiera enfrentamientos o intereses particulares. Finalmente, su modesta posición social y sus aspiraciones académicas le impulsan también a considerar el trabajo como una fuente de riqueza y un medio de perfeccionamiento moral, y hacen que adopte, en el mismo discurso, un tono severo cuando denuncia "la corrupción y los vicios de la sociedad madrileña en donde sólo se busca el injusto medio de enriquecerse sin trabajo"[5].

De su celo e inquietudes profesionales dan fe otros datos relacionados con el Instituto de Murcia. En 1845, a instancias suyas, se crea una Cátedra de Griego, que él imparte de forma gratuita[6]. Su interés por las lenguas clásicas, en un ambiente cada vez menos propicio, refleja la amplitud de sus criterios y preocupaciones, y avala los comentarios del hijo sobre sus

conocimientos de griego y latín.[7] El desprendimiento y las condiciones adversas en las que se desarrolla su trabajo, resultan aún más patentes cuando conocemos la suerte del profesorado durante el XIX. En un oficio enviado por Echegaray Lacosta al Ayuntamiento en 1840, tras señalar que "ignorancia y despotismo son sinónimos", recuerda a la Corporación sus méritos y solicita se le abonen los siete mil reales que se le adeudan, correspondientes a sus cinco años de servicio en esa ciudad.[8] A pesar de ello, la labor desarrollada durante esos años en Murcia, queda confirmada por los títulos de algunas de sus obras: Informe sobre el estado del ramo de sedas en la provincia de Murcia, Memorias sobre las causas de la sequía en las provincias de Almería y Murcia, y de las medidas de atenuar sus efectos.

Durante estos años, las actividades y las publicaciones de Echegaray Lacosta se mueven siempre dentro del círculo trazado por las Sociedades Económicas de Amigos del País: las investigaciones sobre los problemas de la localidad, la promoción de los estudios y las ciencias útiles por medio de conferencias, la participación en los concursos y premios creados por las corporaciones científicas, jalonan su trayectoria. En el último de los trabajos citados, Memorias sobre las causas de la sequía, premiado con un accésit por la Real Academia de Ciencias, podemos ver de nuevo cómo las preocupaciones humanitarias, la posibilidad de acabar con el hambre y la emigración, originan sus reflexiones. A lo largo de estas páginas insiste en los males que provoca la ignorancia, el desconocimiento de los cultivos adecuados, y en el valor de las comunicaciones y de los intercambios comerciales. Los remedios esbozados, la confianza depositada en el trabajo guiado por la ciencia, y, sobre todo, la preocupación constante por el bienestar de los grupos sociales más necesitados, por lograr que la naturaleza

obedezca al hombre y que éste obtenga "una verdadera felicidad terrestre", nos indican a su vez los asideros ideológicos de Echegaray Lacosta.[9]

Cuando el futuro dramaturgo marcha a Madrid para preparar el ingreso en la Escuela de Caminos, el padre le acompaña momentáneamente. Pero pronto se restablece la unidad familiar. Don José obtiene en 1850 la Cátedra de Agricultura y de Zoonosología en la Escuela Superior de Veterinaria y se traslada a la capital. A partir de esa fecha, Echegaray se reincorpora al domicilio paterno, donde reside hasta 1857, año en que contrae matrimonio.

Siguiendo la costumbre establecida, Echegaray Lacosta abre el curso 1850-1851 con una lección en la que testimonia una vez más su devoción por la ciencia y sus aplicaciones prácticas. Consciente de los cambios que se han producido, su disertación se centra en un punto básico: la necesidad de introducir en la Agricultura el rigor y los niveles exigidos por el progreso continuo de la industria. "La Veterinaria en nuestros días -afirma en su discurso inaugural- no encierra sólo la medicina de los animales, es algo más, es un ramo importante de la producción, es ciencia de riqueza". De este modo, solicita, de acuerdo con los tiempos, que sus centros de enseñanza sean considerados como "escuelas industriales", para que sus trabajos obtengan la estima pública que les corresponde.[10] Al nuevo catedrático no se le escapa que entrar en la órbita de las Escuelas especiales así como alcanzar su rigor y exigencias, implican acceder al prestigio y las halagüeñas perspectivas de las mismas. De ahí que el manual escrito para su disciplina se abra con una frase que insiste de nuevo en su carácter científico: "La agricultura es la ciencia que nos enseña a aplicar las leyes inmutables de la naturaleza al cultivo de las plantas..."[11] Y de ahí también que, para ilustrar sus deseos con respecto al modelo que deben seguir los estudios de veterinaria, acuda precisamente a las profesiones elegidas por sus hijos:

"y a la manera que hay ingenieros para extraer los preciosos metales de los abismos de las montañas, otros para dirigir y propagar los bosques, igualmente ingenieros de caminos, hidráulicos, mecánicos, vosotros tenéis una comisión no menos importante, la de transformar páramos incultos y extensos eriales en tierras de labor y cultivo".[12]

En las disertaciones pronunciadas en Murcia o en Madrid, surge, como vemos, una constelación de temas y argumentos que explican, probablemente, la orientación profesional y la facilidad con que el hijo se adscribe al ideario de la Escuela de Caminos. Los principios liberales, la valoración concedida al esfuerzo personal, el apoyo a la ciencia moderna o la fe depositada en la carrera académica como medio de promoción social, encuentran, sin duda, el respaldo adecuado en el ambiente y la modesta economía familiar. La semblanza que Echegaray realiza de su padre, "desde criado de los mozos hasta doctor y catedrático", expresa, probablemente,un ideal común, las ilusiones que, dentro de la clase media, los profesionales ligados a las carreras técnicas ponen en la institución escolar. Los restantes méritos evocados por Echegaray en sus Recuerdos, "su voluntad enérgica", "indomable", su capacidad para sobreponerse a las adversidades y los logros obtenidos tras "haber puesto ante sí un norte: aprender",[13] nos hablen, quizás, más bien de la persistente huella que dejan en el dramaturgo los mitos forjados en las Escuelas especiales. Pero, al menos, lo que sí parece indudable, una vez conocido el talante y las ideas defendidas por el profesor de la Escuela Superior de Veterinaria, es que la entrada de sus hijos, Eduardo y José, en el cuerpo de Caminos, se produce de acuerdo con unos estímulos y unas ambiciones compartidas por el cabeza de familia.

CAP. 3. LA ECONOMIA POLITICA: SU IMPORTANCIA Y DIFUSION EN ESPAÑA.

A partir de Carlos III, los sucesivos gobiernos se ven en la obligación de reorganizar el país, remontando los obstáculos que impiden el desarrollo de la agricultura y de las actividades relacionadas con el comercio y la industria. Conforme avanza el XIX, el precario equilibrio en que vive el Estado, siempre agobiado por la Deuda y la ineficacia del sistema tributario, subraya, con trazos cada vez más vigorosos, la importancia de las cuestiones económicas. De ello nos hablan por igual la inclusión de la Economía Política, a principios de siglo, entre las asignaturas de la segunda enseñanza como las entusiastas palabras con las que Larra saluda en 1836 la inauguración en el Ateneo de la Cátedra de Hacienda y Crédito Público, "la cátedra más importante tal vez y necesaria en nuestra patria".[1] Animado por estas convicciones, Flores Estrada, en el prólogo del Curso de Economía Política, indica los riesgos que trae consigo la pobreza de los pueblos y se pregunta "¿cómo puede ser indiferente al príncipe celoso por la gloria y el bien de su país el conocimiento de una ciencia cuyo objeto es perfeccionar la condición física y moral del hombre, descubrir las causas del progreso y el atraso de las naciones?".[2] Puede decirse, sin embargo, que los factores económicos no se incorporan de forma ostensible a los hábitos de la sociedad española hasta mediados de siglo. Es entonces, como vimos, cuando Madrid se transforma gracias a los beneficios que generan las sucesivas conversiones de la deuda y el fomento de las sociedades mercantiles. Poco después, los acontecimientos políticos del bienio progresista impulsan

con fuerza la economía del país y se produce, en palabras de Jover Zamora, "la formalización de un cambio irreversible", que da paso a una etapa histórica perfectamente diferenciada.[3]

Las disposiciones legales adoptadas entre 1854 y 1856 tuvieron, en efecto, una enorme influencia: hicieron brotar entre los inversores un clima de confianza inusitado y culminaron un proceso, cuyos inicios se encuentran en la desamortización y en la estabilidad política conseguida, a partir de 1844, por los sucesivos gobiernos moderados. Las Cortes Constituyentes reformaron el sistema financiero, eliminando las trabas puestas tras los disturbios de 1848, y depositaron sus esperanzas en el ferrocarril. La construcción de la red de transportes se convirtió, como es sabido, en el sector más dinámico de la economía, cargando sobre sus espaldas la responsabilidad de poner en funcionamiento las restantes actividades. Con este propósito se elaboraron la ley Madoz y las normas relacionadas con las concesiones de líneas ferroviarias y la formación de las sociedades crediticias, que permitieron la concentración de capitales.[4]

Las directrices trazadas por el gobierno de Espartero y la Unión Liberal revelan, en principio, una mentalidad y unos planes muy diferentes de los ideales perseguidos por los fisiócratas y los reformadores ilustrados. Las nuevas medidas favorecen una progresiva identificación de las élites vinculadas a la política y a las finanzas, y arrumban definitivamente el ensueño concebido a fines del XVIII, ya minado por la ley de Mendizábal: una nación compuesta por pequeños propietarios en la que la agricultura desempeña un papel primordial. A partir de ahí, la sociedad española entra en una nueva vía y contempla una serie de transformaciones radicales que afectan a los usos y a los valores admitidos hasta ese momento sin discusión. La importancia de los cambios introducidos no se mide, pues, tan solo por el

rastro que dejan en la evolución de nuestro desarrollo económico, sino también por el eco que obtienen, al margen de las finanzas, en la política, en las costumbres sociales, en el comportamiento y en los proyectos elaborados por todos los grupos que mantienen una actividad pública.

Por otra parte, el rumbo que toman la política y la economía españolas no pasó tampoco desapercibido para el conjunto de la sociedad. Las instituciones financieras recién creadas y los nuevos hábitos fueron registrados por un buen número de testigos. Ciertamente, Madrid -como anota Eugenio Ochoa en 1858- distaba aún mucho de ser una ciudad que destacara por su movimiento financiero; sorprendía más bien por su atraso cuando el viajero contrastaba sus experiencias con la riqueza y el tráfico de Londres.[5] Pero la clase media a la que se dirigían los gacetilleros y los escritores costumbristas, no dejó de percibir la trascendencia de las nuevas actividades económicas, cuyas proporciones se agigantan por el ritmo acelerado de su introducción.

El retraso con que España afronta en estas fechas la necesidad de reajustar su maltrecha economía provoca, en efecto, la brusca entrada de los nuevos mecanismos y genera una demanda creciente de información por parte de una opinión pública que los asimila con dificultad. El crédito, el interés, el funcionamiento de la Bolsa, son ahora acciones cotidianas con las que es preciso familiarizarse. Proliferan las revistas especializadas como <u>La Tribuna de los Economistas</u>, <u>La Gaceta de los Caminos de Hierro</u>, <u>El Economista</u>, <u>La Verdad Económica</u>, mientras en las publicaciones de carácter miscelaneo los asuntos económicos van ocupando un lugar preferente junto a las informaciones políticas y culturales. Entre 1850 y 1860, la economía se convierte, por este motivo, en una disciplina de moda, se incorpora a las discusiones del Ateneo y alienta diversos colectivos -la Sociedad Libre de Economía Política o la Asociación para la Reforma de los Aranceles- que

procuran difundir sus principios. Atrae todas las miradas, provocando en sus debates la intervención de la plana mayor de los partidos y movimientos culturales, de hombres tan representativos como Sagasta, Olózaga, Luis Pastor, Castelar, Rivero, Canalejas, Bravo Murillo, Alcalá Galiano, etc... Unos y otros estudian los presupuestos filosóficos de la economía, analizan las posibilidades abiertas por los últimos decretos y leyes, e intentan captar la atención de los futuros inversores.

LA ECONOMIA POLITICA Y SUS IMPLICACIONES.

Aunque la participación de Echegaray en las reuniones y actos de los economistas, no constituye, como podemos comprobar, un caso aislado, la pasión que la economía despierta en un público no especializado se nos antoja hoy día sorprendente. Por este motivo, parece oportuno recordar brevemente la amplia gama de cuestiones que la economía política abraza en sus orígenes y su participación en las polémicas más resonantes de la época.

Los grandes economistas del pasado -nos indica uno de los más acreditados especialistas en la materia, R.L.Meek- fueron ,al mismo tiempo, "reformadores, profetas y moralistas"[6]. Sus obras entremezclan los elementos de carácter técnico con amplias disquisiciones encaminadas a reforzar teóricamente instituciones tan fundamentales como la propiedad o la división social del trabajo. Las Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones nos proporcionan un buen ejemplo de ello. El éxito del tratado compuesto por Adam Smith es sin duda inseparable de la habilidad con que su autor supo incorporar a la nueva disciplina un sistema de pensamiento coherente, recogiendo las aportaciones de la Ilustración y de la escuela escocesa. Para apreciar, en efecto, el significado, los señuelos y los difusos límites de la economía, debemos tener presentes aquellos capítulos en los

que el catedrático de filosofía moral en Glasgow describe los móviles de la conducta humana, la trayectoria del feudalismo, los avatares de las iglesias católica y protestante. Frédéric Bastiat, cuyos tratados de economía ejercen una infuencia extraordinaria en España a partir de 1850, lo indica con rotundidad: "Smith no hubiera conquistado la grande y justa fama que le rodea, si no hubiese escrito sus magníficos capítulos sobre la Enseñanza, el Clero, los Servicios públicos, y si tratando de la Riqueza se hubiese circunscrito a su definición"[7]. Asimismo, para Stuart Mill, la difusión de sus Principios de Economía Política obedece a las mismas razones. A su parecer, el éxito obtenido por su obra se debe a que ésta "no era simplemente un libro de ciencia abstracta, sino que tenía aplicación y trataba de la Economía Política, no como algo en sí, sino como un fragmento de un todo más extenso: como rama de la Filosofía Social."[8]

Las principales obras de economía ofrecen, pues, a sus lectores un dilatado panorama histórico construido desde la perspectiva liberal y nos introducen en las discusiones más importantes del momento. La educación, la beneficiencia, la moral privada, la distribución equitativa de la riqueza, los derechos y deberes del ciudadano, sus relaciones con el Estado, la intervención de este último en los asuntos públicos, forman un haz de temas analizados con frecuencia tanto en sus libros como en los debates y reuniones a las que asiste periódicamente Echegaray. Y, evidentemente, es en estas incursiones por terrenos marginales donde la nueva disciplina exhibe sus mejores galas y se presenta como un sistema capaz de ofrecer una respuesta coherente a las inquietudes y necesidades vividas, a principios de siglo, por los sectores más avanzados de la burguesía.

Ahora bien, la amplitud de las materias tratadas por la Economía Política no nos explica, enteramente, el interés levantado por sus planteamientos y

conclusiones. En realidad, su éxito nace sobre todo de su aparente capacidad para resolver de forma precisa un problema acuciante. La violencia de los brotes revolucionarios en el XIX, las incursiones del socialismo y las frases afortunadas de Proudhon, señalan en toda Europa la necesidad imperiosa de renovar las bases sobre las que se asienta la convivencia. La economía política se corresponde exactamente con estos deseos. Comparte los nuevos ideales; establece fórmulas de progreso y bienestar ininterrumpidos sin tener que recurrir a los procedimientos revolucionarios; .

La nueva ciencia tiene además otras virtudes, pues abre una vía equidistante entre los valores postulados por el liberalismo y la necesidad de salvaguardar el orden. El prólogo que los traductores de Say anteponen al Tratado de Economía Política, lo expone con claridad. A su juicio, aparte de favorecer la industria y el talento, de afianzar y justificar la propiedad con argumentos renovados, el mérito de ésta obra reside, sobre todo, en ofrecer a los lectores "la mejor apología de la libertad", de una libertad "ilustrada y juiciosa", sin caer en ciegos apasionamientos ni excesos destructores.[9] En 1837, para Manuel María Gutiérrez y Manuel Antonio Rodríguez resulta, pues, evidente que los caminos abiertos por la economía política recordando la solidaridad de las clases sociales y los intereses comunes de las naciones, son mucho más seguros que la violencia y la opresión.

Por otra parte, los análisis y las conclusiones obtenidas por la economía política se presentan no como un conjunto de ideas acertadas o ingeniosas, sino como una serie de premisas y corolarios científicos. Quienes se acercan a la nueva disciplina insisten una y otra vez en este apartado. Para ellos la importancia de Adam Smith o de Juan Bautista Say radica en el "método", en presentar "una cadena de demostraciones", en introducir en el estudio de ciertos fenómenos sociales el rigor de las leyes elaboradas por

Newton.[10] Lógicamente, en un siglo zarandeado por convulsiones políticas, los trabajos de los economistas se convierten así en uno de los escasos asideros firmes e ilustran, al igual que la sociología, los intentos emprendidos para restañar, con un sólido corpus teórico, las heridas abiertas. La aparente solidez de sus juicios, la acertada combinación de la teoría con la experiencia, cautivan al público y abren un camino despejado en medio de los disturbios y de las vacilaciones de los restantes sistemas doctrinales. Por esta razón, cuantos pretenden reorganizar la sociedad, moral y materialmente, sin salirse, claro es, de los límites establecidos por el capitalismo vuelven hacia ella los ojos y contemplan admirados la seguridad con que sus adeptos dirimen las querellas ideológicas más intrincadas.

Aunque la importancia y la repercusión de las decisiones económicas tomadas en el XIX han sido recogidas ampliamente por la historiografía, las campañas de los librecambistas han recibido una escasa -nula, a decir verdad- atención. Quienes han abordado el estudio de este periodo suelen afirmar que las disputas mantenidas por los librecambistas y los proteccionistas caracterizan "gran parte de la vida social y económica del siglo XIX español",[11] pero estos debates no cuentan evidentemente con ninguno de los trabajos dedicados a la banca, los ferrocarriles, las sociedades de crédito, las crisis de subsistencias o los problemas vinculados a la propiedad de la tierra y su entramado jurídico. No faltan razones para obrar así. En primer lugar, los esfuerzos llevados a cabo por los partidarios del librecambio tuvieron una escasa incidencia en la práctica. La implantación del régimen capitalista en España se produjo siguiendo <<la vía prusiana>>, según la cual el Estado asume y controla el proceso. En segundo lugar, en los escritos de los economistas contrarios a la intervención del gobierno abundan las exposiciones doctrinales generalizadoras, tan cansinas como caren-

tes de originalidad. La lectura de sus textos provoca a menudo la sensación de hallarnos ante un conjunto de razonamientos peregrinos, cuya eficacia y aportaciones al desarrollo progresivo de las leyes económicas resultan harto dudosas.

Ahora bien, al adoptar esta perspectiva, tomamos una senda equivocada. Abordar los textos librecambistas con la vista puesta en las actuales teorías económicas, nos conduce siempre "a la improbable conclusión -tal y como apunta irónicamente R.L.Meek- de que hombres del calibre de un Quesnay o Turgot cometieron coladuras tan torpes y elementales como las que nos permiten amonestar cordialmente a un estudiante de primer curso"[43]. Con independencia de los resultados obtenidos y de sus aciertos teóricos, lo importante es señalar que los librecambistas ocuparon un puesto de privilegio en las décadas centrales del siglo y difundieron una determinada concepción de la sociedad que deslumbró a buena parte de la clase media ilustrada; por ello, sus ideas, aunque no contaran con el respaldo de la Gaceta, figuran entre las corrientes de pensamiento más influyentes de la época.

Por otra parte, al menospreciar las reflexiones elaboradas por nuestros librecambistas durante el XIX, olvidamos un precepto elemental. En efecto, los errores son a veces más significativos que los aciertos, y los aderezos extravagantes así como los supuestos ideológicos capaces de avalarlos en un momento determinado, contienen, por tanto, una información sumamente valiosa. Finalmente, las digresiones y la repetición cansina de unos mismos principios, que caracterizan a las revistas y publicaciones librecambistas, en vez de justificar el abandono en que se encuentran, nos incitan a revisar su contenido: no hacen sino confirmar la necesidad, vivida con urgencia, de introducir unas enseñanzas regeneradoras y la conveniencia de inte-

grar su proyecto en las concepciones globales aportadas por las doctrinas filosóficas, morales y jurídicas de la época.

LA PROPAGACION DE LA ECONOMIA POLITICA EN ESPAÑA: APOYOS Y OBSTACULOS.

Las circunstancias que propiciaron la difusión de la economía política se dieron también cita en nuestro país. Precisamente, el miedo generado por los recientes acontecimientos europeos se dejó sentir aquí con especial fuerza y dictó, a partir de 1848, un conjunto de leyes que cortaron la recuperación económica iniciada tras la guerra civil.[13]

Una serie de factores específicos incitaban a encontrar con más urgencia si cabe las soluciones que cortaran de raíz los conflictos de clase. La rapidez con que se intentó remontar el atraso del país había provocado situaciones anómalas y había multiplicado la inestabilidad social. A mediados de siglo, la situación española responde a lo que Sánchez Albornoz denomina "una economía dual", esto es, en parte tradicional, de subsistencia, centrada en la agricultura, y, en parte, moderna, adscrita a las directrices del capitalismo.[14] Junto a la creación de bancos y sociedades anónimas, hemos de colocar necesariamente la penuria de quienes pierden sus medios tradicionales de subsistencia a causa de la Ley Madoz o de situaciones coyunturales como el conflicto de Crimea.[15] Las revueltas de 1854 y 1856 así como el creciente protagonismo del partido democrático, se yerguen sobre estas contradicciones y advierten a su vez sobre los peligros que traen consigo los parados, los contingentes de población integrados por los campesinos empobrecidos y los trabajadores de las incipientes industrias madrileñas.

El público español, sorprendido en estas fechas por el aumento de la conflictividad social y el ascenso a un primer plano de las nuevas instituciones económicas, se encuentra, por tanto, en condiciones idóneas para reci-

bir la propaganda librecambista. Las actividades bursátiles, las barricadas en las calles madrileñas, la propaganda de los agitadores demócratas, no hacen sino dar realce a los dictámenes ponderados por la economía política y su afortunada reconciliación de los derechos individuales con el orden social. El rigor de los economistas constituye además la mejor garantía para quienes -es el caso, por ejemplo, de Sanz del Río- desean sustituir las doctrinas filosóficas al uso, un tanto frívolas y sometidas a la política, por un sistema sólidamente asentado. En un país, castigado por las guerras civiles y la intolerancia de los conservadores, sus pretensiones científicas y la seguridad exhibida por sus paladines, quienes no dudan en proclamarla "ciencia universal, en cuanto a sus principios se extienden a todas las épocas y a todos los países", despertaron rápidamente las simpatías y las esperanzas de los sectores cercanos al liberalismo.[16]

La economía política adquiere así un peso específico en la vida cultural española y fascina incluso a los moderados por la novedad de sus afirmaciones y vocabulario. En este sentido, los comentarios de Fernández de Córdoba sobre las habilidades desplegadas por uno de sus compañeros de gabinete, Barzanallana, responsable de Hacienda, nos revelan a las claras sus atractivos:

> Vi comprobada su creciente fama como hombre de sólidos principios y de profundos conocimientos en materias de economía política. Recuerdo que en los Consejos de ministros causaba verdaderamente nuestro asombro por su vastísima ilustración, por la claridad de su entendimiento y por una memoria prodigiosa, que le permitía citar, en apoyo de sus opiniones y acuerdos, las estadísticas más diversas y minuciosas de todas las naciones cultas.[17]

Lógicamente, los librecambistas aprovechan este clima favorable para disipar cualquier recelo y realizan, por su parte, una eficaz labor de pro-

selitismo. En sus manifestaciones explotan la sorpresa, un tanto ingenua, del auditorio, apoyan las medidas liberalizadoras puestas en práctica a partir del bienio progresista y exponen con decididas proclamaciones de fe las ilimitadas posibilidades que encierra su programa. Por este motivo, el optimismo corre parejo con el celo mostrado por los nuevos apóstoles del librecambio. "Discusiones públicas, folletos, prensa periódica, lecciones, discursos, todo -se afirma, en 1859, en la inauguración de la Asociación para la Reforma de los Aranceles, recogiendo las esperanzas levantadas por la economía política-, todo lo pondremos a contribución para hacer triunfar una idea que creemos es la verdadera idea del siglo".[18]

Los esfuerzos llevados a cabo por los librecambistas encontraron, con todo, una resistencia obstinada. En una sociedad casi impermeable, anclada en los usos tradicionales, la desconfianza es la reacción que predomina fuera de los círculos intelectuales o ligados a la especulación. Aunque la propaganda librecambista hizo hincapié en los servicios que las nuevas actividades económicas prestaban al bienestar común, y en la acendrada moralidad de las mismas, la clase media mantuvo una actitud hostil. Las sospechas, a decir verdad, se hallaban harto justificadas. Dejando a un lado el desconcierto que sembró su brusca introducción en la vida cotidiana, la desconfianza de los españoles se apoyaba en hechos tangibles. La primera mitad del XIX se encontraba repleta de hechos que probaban, en palabras de Gabriel Tortella, "la laxitud moral de los funcionarios públicos de la época" en estas materias.[19] Los presupuestos siempre deficitarios del gobierno, el repudio de la Deuda llevado a cabo por Bravo Murillo, "la inaudita inmoralidad de los ferrocarriles" o la propaganda del clero en contra de la desamortización y el cierre de las Bolsas de Londres y Amsterdam, eran elemen-

tos que estaban presentes en la memoria de todos y no proporcionaban, desde luego, una aureola respetable a las reformas económicas.[20]

El recelo es, por este motivo, la nota dominante en los textos literarios. En las escenas dibujadas por los costumbristas surgen siempre las sospechas que envuelven a unos hombres cuyas ocupaciones parecen tan confusas como dudosas. Junto a las tópicas descripciones del bullicio que reina en la Bolsa, ocupan un lugar destacado los cuchicheos, los apartes nada tranquilizadores de sus sacerdotes. Ramón de Castañeira, al describir, en Los españoles pintados por sí mismos, la conducta de los agentes de Bolsa, insiste en esos rasgos, nos invita a observar "esas fisonomías de hombres bulliciosos, que van y vienen, que hablan en secreto con unos y otros", y nos los presenta moviéndose "en los intrincados misterios de un juego en que lleva la peor parte el especulador sencillo y bonachón".[21] Y, en fechas más cercanas a la definitiva incorporación de Echegaray a la vida madrileña, Antonio Flores capta en sus artículos la nueva atmósfera, "ese grito constante que ensordece la atmósfera de la capital", y recoge también la sospechosa actitud de sus directores, "el murmullo de los logreros, las confidencias de los bolsistas".[22]

A su vez los dramaturgos captaron las novedades y las incorporaron a su repertorio. Apegados, por lo general, a los sentimientos del público y a los esquemas dictados por la moral rutinaria, las operaciones comerciales de carácter especulativo, son enjuiciadas severamente. El engaño, el egoísmo, la falta de escrúpulos, las incertidumbres de la Bolsa, las quiebras imprevistas así como la confabulación de los interesados en un negocio, orientan las situaciones dramáticas en las obras más aplaudidas, como El tanto por ciento o Lo positivo. Los espectadores advierten en ellas la inmoralidad que reina en los negocios así como la escasa solidez y dudosos

orígenes de los personajes encumbrados por un repentino golpe de fortuna. Los cronistas del XIX, cuando resumen el argumento de El tanto por ciento, elogian el talento de López de Ayala y aprovechan, invariablemente, para comparar la avaricia de los modernos especuladores con el desprendimiento y la generosidad propias de la ética cristiana. El drama de Ayala -se nos dice en una de estas reseñas- "castiga el vicio capital del siglo XIX", a saber, "la locura de los placeres, el afán de los cálculos, la manía de los negocios", y muestra, en definitiva, la superioridad de las virtudes tradicionales acosadas por las nuevas costumbres.[23]

Sin embargo, no siempre ocurre así. En La cruz del matrimonio, de Luis Eguilaz, hasta la abnegada Mercedes, entregada a su hogar, llegan las noticias sobre las excelentes perspectivas abiertas por las nuevas sociedades de ahorro, capaces de asegurar el futuro de su hijo:

> Hay un banco o cosa así
> que llaman La Tutelar.
> poniendo en él a interés
> dinero de un niño en nombre,
> cuando el niño llega a hombre
> rico, o poco menos es.[24]

La propaganda, expuesta en un medio generalmente hostil, obtuvo un reconocimiento inmediato por parte de la compañía. Poco después, La Tutelar regalaba al autor diez mil reales en acciones y Eguilaz, agradecido, contestaba en la prensa resaltando las nobles intenciones de sus promotores.[25]

A partir de 1854, la lucha entablada en torno a la licitud de las nuevas formas de enriquecimiento, se recrudece con la presencia de otro contendiente. Con un celo extraordinario, los librecambistas toman a su cargo la tarea de defender los negocios y las operaciones financieras. Sus interven-

ciones en la prensa, en el Ateneo, cumplen con una labor fundamental, escasamente reconocida; revisan los argumentos tradicionales sobre el lucro, la caridad, los préstamos e intereses, y proyectan una luz favorable sobre la competencia y las actividades especulativas. De este modo, los partidarios del librecambio satisfacen los ideales de libertad y modernización pregonados por la oposición, y cuentan, a su vez, con el beneplácito de quienes temen la violencia de los procesos revolucionarios y observan, desde el campo conservador, la necesidad de suprimir los impedimientos técnicos y legales que obstaculizan el bienestar socia y económico.

ECHEGARAY Y EL MOVIMIENTO LIBRECAMBISTA.

El panorama dibujado en las páginas anteriores nos permite comprender el interés de Echegaray por los estudios económicos y nos adelanta la naturaleza de las ideas que sostuvo en la política o en los escenarios. Como tendremos ocasión de comprobar la Escuela de Caminos aparece de nuevo en el origen de estas actividades. Ahora bien, la vinculación de Echegaray a la causa librecambista rebasa con mucho el ámbito de la Escuela. En 1857 figura, por ejemplo, entre los primeros miembros de la Sociedad Libre de Economía Política de Madrid, y, dos años después, en 1859, entre los fundadores de la Asociación para la Reforma de los Aranceles. Ocupa en ambas un cargo directivo e interviene con relativa frecuencia tanto en el Ateneo como en los meetings -término popularizado por los economistas- celebrados en el Patio de la Bolsa. En 1856, funda con Gabriel Rodríguez, El Economista y, posteriormente, colabora en diversas revistas difundiendo los principios del librecambio. No es extraño, por consiguiente, que Echegaray sea conocido en el periodo inmediatamente anterior a la Gloriosa tan sólo por su fogosa dedicación a la Economía política.

Los artículos y discursos de esta etapa, por lo general olvidados, nos proporcionan otra clave imprescindible para comprender las cuestiones que luego expondrá en sus obras de teatro, pues la economía implica, como dijimos, una concepción global de la sociedad y de sus inquietudes más apremiantes. Cabe decir, incluso, que, a lo largo de su vida, los presupuestos ideológicos de la doctrina librecambista -la necesidad de conjugar el orden y las libertades, los derechos del individuo y los límites que impone la convivencia-, tal y como la aprende en los escritos de Bastiat, se mantienen sin modificaciones en sus puntos esenciales. Los principios y los recursos metodológicos empleados por los economistas orientan los pasos de Echegaray en la política y surgen en aspectos, tan alejados aparentemente de estas materias, como la trama de sus obras.

Finalmente, los trabajos y actuaciones públicas del escritor en pro del librecambio nos permiten también valorar sus contactos con los demócratas individualistas y con algunos discípulos de Sanz del Río. Los planteamientos de los economistas intentan facilitar un cambio de la sociedad española y guardan, en este sentido, una estrecha afinidad con los proyectos mantenidos por otros grupos. Unos y otros aceptan como punto de partida que la sociedad requiere un profundo reajuste ideológico y buscan el norte que los guíe sin tropiezos; comparten, en definitiva, el problema que Yvonne Turín percibe con acierto cuando estudia las arduas polémicas sobre la enseñanza durante el XIX: "el drama del paso de una estructura social estática y algo cerrada, fundada en la autoridad, a una vida social animada por la libertad, es decir, el movimiento, la incertidumbre, la ausencia de normas definitivas".[26]

En los siguientes capítulos, trataremos de establecer la participación de Echegaray en este largo proceso, y analizaremos su compromiso con la ideo-

logía y los principios teóricos asumidos por los economistas. Un grupo compacto, bien organizado, cuya voz está siempre presente en los debates de la época, y que, sin embargo, no ha merecido aún los estudios dedicados a los partidos políticos o a movimientos culturales como el krausismo.

CAP. 4 FREDERIC BASTIAT. SU INFLUENCIA EN ESPAÑA.

Antes del Sexenio, Echegaray participa en la vida pública siguiendo la estela de Gabriel Rodríguez, y sus intervenciones se ciñen siempre a los objetivos señalados por los librecambistas. Sus trabajos t enen, en consecuencia, un carácter doctrinal, y, sin duda, monocorde. Esa impresión proviene, en gran parte, de la fidelidad con que, tanto Gabriel Rodríguez como Echegaray, siguen las directrices trazadas por Bastiat. Ambos se limitan casi a divulgar sus opiniones sin apartarse un ápice de las mismas y se convierten, por este motivo, en portavoces de un importante movimiento que merece ser recordado. En la segunda mitad del XIX, la Economía política proporciona una orientación ideológica determinada a no pocos intelectuales, pues el escritor francés dejó una huella equiparable, en ciertos aspectos, a la influencia krausista. La obra de Bastiat requiere, por tanto, un estudio pormenorizado y su conocimiento resulta desde luego imprescindible para comprender las opiniones mantenidas por Echegaray durante toda su vida.

La fama y el crédito que las ideas de Bastiat obtienen en nuestro país, impresionan tanto por su intensidad como por su duración. A mediados de siglo, en las tertulias de las asociaciones fundadas por los librecambistas y en las páginas de sus periódicos, su nombre se pronuncia con veneración y sus razonamientos se aducen como pruebas concluyentes. Don Luis Pastor, ex ministro de Hacienda, lo considera "el evangelista del librecambio", "el baluarte inexpugnable de la ortodoxia económica", y saluda con calor "sus

elevadas e inolvidables concepciones, que no morirán jamás"[1]. Y si, al recordar esos años, Joaquín Mª Sanromá -economista y catedrático de Derecho marítimo e Historia mercantil- nos refiere que sintió por sus tratados "una pasión ciega"[2], un observador foráneo, Gustave Hubbard, anota, a su vez, con extrañeza la influencia de los escritos de Bastiat y la actitud enardecida de sus adeptos en España. Los partidarios del economista francés constituyen un insólito espectáculo y forman, a su juicio, "une phalange ardente qui admit comme un dogme les théories absolues des libres échangistes"[3].

El tono y la vehemencia de las anteriores citas reproducen fielmente los cauces por los que discurren las ideas de Bastiat en los ambientes culturales de la capital. A mediados de siglo, las doctrinas librecambistas se presentan, en efecto, como un instrumento capaz de ejercer una influencia decisiva en la sociedad y de articular a su alrededor las diferentes disciplinas. Por ello, para valorar su arraigo y eficacia debemos tener en cuenta no tanto su rigor científico como su acierto a la hora de captar la atención del auditorio y suscitar el asentimiento fervoroso de sus seguidores con unas afirmaciones sencillas y rotundas.

La razón primera del éxito obtenido por Bastiat se encuentra quizás en el hecho de que, en sus libros, el lector encuentra ante todo una guía segura y unas leyes tajantes, compendiadas en el lema de los fisiócratas: <u>laissez faire, laissez passer</u>. El librecambio se presenta, en efecto, como un sistema sin fisuras que no admite ningún tipo de restricciones, pues la economía, una vez eliminadas las interferencias estatales, funciona con arreglo a unos mecanismos precisos. La Economía política -señala insistentemente el pensador francés- no es un arte sino una ciencia exacta, que describe cómo se produce y se distribuye la riqueza, al igual que la fisiología muestra el funcionamiento de nuestros órganos.[4] Para Bastiat, en consecuencia, la

mayor parte de los problemas sociales existentes así como las voces levantadas en favor del proteccionismo obedecen, únicamente, a la ignorancia y a la acción de los intereses personales. El rigor científico de sus tesis, el descubrimiento de las leyes naturales vigentes, contradicen, por último, la opinión de quienes, a partir de Rousseau, creen que el orden descansa en la voluntad de los individuos, y le permiten garantizar un sistema estable, a salvo de las "utópicas" reformas planteadas por el socialismo.[5] De acuerdo con estas indicaciones, el librecambio se presenta, pues, como una teoría sencilla, que abarca, sin embargo, el conjunto de los problemas individuales y colectivos; implica, en definitiva, reorganizar la sociedad, sustituir lo que hasta el momento se ha venido desarrollando como si de un juego de azar se tratase, por unos patrones rigurosos que eliminan la injusticia y auguran unas perspectivas espléndidas a cuantos se hallan en posesión de sus claves.

Con un repertorio teórico muy limitado y al alcance, por tanto, de quienes no poseen una rigurosa formación en estos materias, sus partidarios en España intervienen con éxito en los debates de la época, fundan diversas revistas y crean agrupaciones como la Sociedad Libre de Economía Política o la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. Tanto por su actividad como por la cohesión y por la firmeza de sus exposiciones, logran de inmediato el reconocimiento público. Quienes abogan por el librecambio siguiendo las exposiciones de Bastiat, adquieren, en efecto, unas señas de identidad precisas y componen un círculo específico, cuya unión se deja sentir en todas sus empresas y actividades. La prensa recoge impresionada la unidad existente entre sus miembros y nos hace saber que para sus adversarios "los economistas forman un grupo de originales, que en todo se distinguen de los demás hombres, empezando por la figura".[6] Y, si para los tes-

tigos de la época forman "un pequeño ejército" por la belicosidad y disciplina con que acatan unos determinados principios, en nuestros días, Ruiz Salvador, tras estudiar las discusiones sostenidas en la calle de la Montera, les reconoce parecidas virtudes y afirma que "en ningún frente se presenta la oposición ateneísta con una solidez comparable a la del frente económico".[7]

Las ideas de Bastiat gozaron también de cierto renombre en su propio país, aunque sin alcanzar el predicamento conseguido en España. A partir de 1840, los ensayos que componen la primera serie de los Sofismas económicos y la publicación de la Historia de la liga inglesa, le granjearon una indudable popularidad. Pero sus opiniones obtuvieron un eco considerable, cuando, tras establecerse en París, en 1845, promovió la Asociación de Librecambistas y fundó el periódico Le Libre-Echange para divulgar sus ideas. Poco después, fue nombrado, incluso, director del Journal des Economistes y se le confió una cátedra de Economía política.

En 1848, la revolución de febrero aumenta, si cabe, su popularidad. Participa en la Asamblea Nacional como diputado y es elegido ocho veces vicepresidente del Comité de Finanzas. Por estos años, la Economía política se convierte en un arma omnipresente en los debates entablados por el socialismo. Es entonces, cuando funda dos diarios, République française y Jacques-Bonhomme, y aparecen sus trabajos más conocidos -Propiedad y Ley, Propiedad y expoliación, Protección y comunismo- en los que ataca las ideas difundidas por Fourier, Victor Considerant, Pierre Leroux, Louis Blanc, etc. El volumen Capital y renta, donde recoge la discusión mantenida con Proudhon sobre la legitimidad del interés y la posibilidad de establecer un crédito gratuito, marca el punto culminante de su trayectoria como polemista.

Tras su muerte, en 1850, se publica su obra fundamental, las Armonías económicas, en la que resume las bases de su pensamiento. Finalmente, entre 1862 y 1864 se editan sus Obras completas, en siete volúmenes, cuando sus ensayos empiezan a ser olvidados.[8]

Ahora bien, si en Francia sus libros y folletos dejan una huella efímera, aquí el fervor y el celo propagandístico de sus adeptos no amengua con los años. Antes del Sexenio su éxito en la polémica entablada con Proudhon le concede un crédito ilimitado, entre los demócratas individualistas, a la hora de combatir las tesis sostenidas por Pi y Margall.[9] Posteriormente, la popularidad de Bastiat se incrementa si cabe en los círculos madrileños. Algunos de los más caracterizados expositores de sus ideas -Figuerola, Moret, Gabriel Rodríguez, Echegaray- se encaraman en esos años a los puestos más altos de la Administración. Si bien es cierto que las soluciones librecambistas no se aplicaron en ningún momento de forma radical, el ascenso de sus portavoces suscita airados comentarios, por parte de los conservadores, que subrayan, tanto en el caso de Bastiat como en el de Krause, su falta de relieve y el dominio que ejercen en las capas dirigentes de los partidos liberales.[10] Luego, las discusiones en torno a la polémica <<Base Quinta>> hacen que los enfrentamientos entre los librecambistas y los partidarios del proteccionismo recobren de nuevo su vigor.[11] Al hilo de estas polémicas, la Asociación para la Reforma de los Aranceles reemprende en 1879 sus actividades y, poco después, en las publicaciones más representativas, arrecia la defensa del librecambio como panacea para todos los males políticos, sociales y económicos. En 1880, por ejemplo, en la Revista Contemporánea, aparecen varios artículos de Mariano Carreras con el título de <<Estudios económicos>>; en 1881, Gabriel Rodríguez pronuncia unas conferencias sobre <<La cuestión arancelaria>> recogidas por la Revista de Espa-

ña; y ese mismo año, José G. Barzanallana, correspondiendo a las esperanzas puestas en algunos miembros del primer gabinete formado por Sagasta, escribe varios ensayos sobre <<Armonías librecambistas y proteccionistas>>.[12] Durante esos años, la seguridad y el apasionamiento de quienes defienden las tesis librecambistas nos muestra la pervivencia de las ideas expuestas por Bastiat. En los mitines de la Asociación para la Reforma de los Aranceles, el recuento de las medidas adoptadas por el gobierno en favor del proteccionismo coloca a Azcárate "bajo una impresión de afectos tan honda como son aquellas que perturban la mente y ahogan la voz", ya que en ellas no hay "más que iniquidad, monstruosidad, egoísmo por todas partes", "injusticias que causan ira, ira santa".[13] Y, con la misma exaltación, podemos ver a Moret desafiando airadamente a los proteccionistas y aceptando sus acusaciones, pues "ellas representan que atacamos lo que es odioso y defendemos lo que es justo".[14]

Pero nada más elocuente que las adhesiones extemporáneas para captar la influencia y el entusiasmos generados por Bastiat hacia 1850. A principios de sigio, Echegaray se refiere a las Armonías económicas como un libro "poético, admirable, consolador, y en sus líneas generales de un rigor casi matemático".[15] Y en 1894, Sanromá afirma lo siguiente:

> Me diréis que soy impenitente porque sigo adorando a Bastiat, a pesar de las lecciones de la experiencia. Ea, pues lo soy; y no a pesar de las lecciones, sino precisamente por las lecciones. Tan impenitente, que si ahora siguiese enseñando Economía política, defendería y explicaría la misma libertad de trabajo, la misma libertad de crédito y la mismísima libertad de comercio que entonces defendía y explicaba.[16]

Lógicamente, con el tiempo, la postura de quienes aprenden el librecambio en los escritos de Bastiat, resulta cada vez más anacrónica. Palacio Val-

dés, al ocuparse de Gabriel Rodríguez, lo saluda con ironía como "el último abencerraje del progresismo"; recoge su obstinada fidelidad a unos preceptos extemporáneos y, tras lamentar su desinterés por los nuevos sistemas y doctrinas, le reprocha el que "haya arrojado el áncora sobre la escuela económica-individualista y aún esté fondeando tranquilamente en su estrecha bahía"[17]. Poco años después, Luis Morote entrevista a Echegaray y escucha sus opiniones sobre las virtudes del individualismo y la economía liberal con una extrañeza y perplejidad crecientes. Los comentarios realizados por el redactor de El Heraldo al oir las palabras del anciano estadista, nos proporcionan un documento preciso de la firmeza con que los discípulos de Bastiat mantienen contra viento y marea sus posiciones:

> Don José es un creyente, con fervores místicos de creyente iluminado en la gracia, en la virtud, en la eficacia del individualismo. Habla él, y yo ni siquiera me atrevo a criticar, suspenso y atónito, únicamente de que en los tiempos que corren haya quien confiese esa fe sin que sean parte a convertirle los espectáculos terribles de la lucha, de la batalla social.[18]

LAS IDEAS Y EL PROGRAMA DE BASTIAT.

La fortuna de Bastiat entre los españoles no es ciertamente producto de la casualidad. Su pensamiento se amolda por completo a las necesidades y condiciones de la vida española, y ofrece a sus adeptos un criterio firme, aplicable a cualquier problema, cuyas ramificaciones se extienden por la política, el derecho o la moral. El programa expuesto en las Armonías económicas plantea los fundamentos de los diferentes sistemas políticos, las atribuciones, los derechos y la legitimidad del gobierno, interesándose además por los orígenes de la propiedad y la justa distribución de la riqueza. Rechaza las bases tradicionales de la sociedad, fundadas en la re-

presión, y promueve una nueva vía que concilia la libertad y el progreso con el mantenimiento del orden y la presencia efectiva de los valores morales o religiosos. Como tendremos ocasión de comprobar, el análisis de sus ideas resulta, por ello, extraordinariamente significativo.

Los principios establecidos por el liberalismo económico -a saber, la interdependencia de las distintas clases sociales y la relación que existe entre la fuerza de un país y el bienestar de sus habitantes-, ocupan también un lugar básico en sus escritos y dibujan un cuadro optimista. A su juicio, la sociedad se levanta sobre la interdependencia y la solidaridad, por lo cual carece de sentido afirmar que los fines de los hombres sean antagónicos o estén reñidos con su naturaleza. Para Bastiat la cooperación entre los países y el aprovechamiento de los diferentes talentos y aptitudes de los individuos permiten vislumbrar un futuro de concordia y prosperidad. Por este motivo, no hay nada tan deplorable como las continuas luchas en torno a los intereses materiales, ni una ceguera semejante a la de sus impulsores, pues éstos actúan "como si no hubiese en el mundo un solo trabajador que no fuese más o menos capitalista, como si capital y trabajo no fuesen una misma cosa".[19]

La resonancia, como dijimos, de las teorías desarrolladas por Bastiat proviene, en gran parte, de su habilidad para resolver de forma halagüeña los problemas más acuciantes del momento. Sus obras contradicen, por un lado, las denuncias que la izquierda expone sobre la distribución de la riqueza y el orden social; y refutan, por otro, las observaciones pesimistas de Malthus o Ricardo.[20] La cooperación de las clases sociales, los efectos beneficiosos del capitalismo y el perfecto equilibrio entre las leyes de la oferta y la demanda, son los ejes de su pensamiento y trazan, en torno a 1848, una visión optimista del futuro que cautiva al auditorio.

El título escogido por Bastiat a la hora de exponer sus ideas, Armonías económicas, enuncia ya un concepción global del hombre y la sociedad, enfrentada radicalmente con la sostenida por los sectores reaccionarios o vinculados con el socialismo. Mientras Proudhon habla de las Contradicciones económicas o Donoso Cortés afirma que "la naturaleza humana es una naturaleza inarmónica, una naturaleza antitética, una naturaleza contradictoria"[21], Bastiat entresaca de la historia unas deducciones opuestas y ofrece un sistema de pensamiento adecuado a las reformas y los límites requeridos por los núcleos liberales madrileños. Defiende, en efecto, las libertad, el progreso, la dignidad del trabajo, y, al mismo tiempo, proclama un orden jerárquico, inflexible, de acuerdo con las capacidades naturales del individuo, que infunde optimismo y alienta las expectativas de la burguesía española a mediados de siglo.

Si queremos comprender el alcance y los fundamentos de la visión confiada de la sociedad que aparece en los escritos de Bastiat, debemos tomar como punto de partida la definición de un concepto clave: el valor. Para el economista francés, "el valor es la relación de los servicios cambiados" y su origen se halla en las aportaciones que el hombre, mediante su trabajo, añade a las cosas, convirtiéndolas en algo provechoso para la comunidad.[22] De esta forma, Bastiat pretende corregir ciertos errores de los economistas liberales -Say, Smith, Ricardo-, cuyos argumentos han venido a favorecer, de forma involuntaria, algunas de las tesis desarrolladas por el socialismo. Según Bastiat, las equivocaciones surgen al identificar la utilidad con el valor, y al atribuir a los bienes que concede la naturaleza por sí sola una porción del valor correspondiente a los productos obtenidos. En efecto, si la tierra, el agua, los dones que los agentes naturales proporcionan gratuitamente, intervienen en la recompensa que los hombres reciben por sus

servicios, es preciso reconocer que el propietario de una tierra cultivable se adueña de algo que no le corresponde y recibe una recompensa inmerecida.[23] Tales afirmaciones justifican -señala Bastiat- los ataques a la propiedad efectuados por el socialismo:

> Si esto es así, seguramente Proudhon queda justificado de haber puesto esta terrible interrogación seguida de una afirmación más terrible todavía:
>
> <<¿A quién se debe la renta de la tierra? Sin duda al productor de la tierra. ¿Quién ha hecho la tierra? Dios. En ese caso, propietario, retírate.>>[24]

Para Bastiat, en cambio, el valor no reside en la materia ni la renta es la consecuencia de tener que pagar al propietario el derecho de explotar las facultados naturales del suelo; el valor y la renta se corresponden, exclusivamente, como dijimos, con los servicios y los trabajos que el propietario ofrece a la comunidad. Los beneficios que trae consigo la propiedad no constituyen una usurpación, ya que éstos no provienen de las aportaciones gratuitas de la naturaleza, sino del esfuerzo realizado por su dueño. La acción del hombre -indica Bastiat-, "ella sola es la que se remunera; ella sola es el fundamento, la explicación y la justificación de la propiedad".[25]

El siguiente párrafo de las Armonías económicas puede, quizá, aclarar definitivamente el enfoque de Bastiat:

> Economistas, vosotros decís: la renta es lo que se paga al propietario por el uso de las facultades productivas del suelo. Yo digo: no. La renta es lo que se paga al aguador por el trabajo que se ha tomado de hacer un carretón y ruedas, y el agua nos costaría más si la llevase sobre la espalda...
>
> Socialistas, vosotros decís: primitivamente las masas gozaban de sus derechos a la tierra bajo la condición del trabajo, y ahora están excluidas y despojadas de su patrimonio natural. Yo respondo: no, no están excluídas ni despojadas; recogen gratui-

> tamente la utilidad elaborada por la tierra bajo la condición del trabajo, es decir, restituyendo este trabajo a aquellos que lo ejecutan por ellas.[26]

Lógicamente, la concepción de la sociedad como un intercambio de favores o servicios entre el dueño del capital y el obrero, le permite defender la propiedad de las acusaciones vertidas por el socialismo. Frente a quienes ven en ella, bien una muestra de unas desigualdades inevitables que deben ser ocultadas con tacto, o bien una fuente de abusos erigida gracias a la opresión inmisericorde de las clases más desfavorecidas,[27] Bastiat entona sin complejos un canto en su defensa:

> No basta justificar la Propiedad; yo quisiera hacer que la amasen aún los Comunistas más convencidos. ¿Qué se necesita para eso? Describir su papel democrático, progresivo e igualitario; procurar que se comprenda que no solamente no monopoliza entre algunas manos los dones de Dios, sino que tiene por misión especial ensanchar constantemente el círculo de la Comunidad.[28]

El capital y la propiedad, los beneficios y el ocio de las clases dominantes, una vez despojados de sus contornos negativos, se convierten en el fruto de una previsión inteligente, de un esfuerzo desempeñado con anterioridad, que presta un servicio e incrementa el bienestar colectivo. En las Armonías económicas, la propiedad surge incluso como una institución establecida por Dios, sobre la cual la ley no tiene ninguna competencia salvo la de hacerla respetar; se presenta como una prolongación de las facultades del hombre, cuya eliminación resulta imposible: "Séparer l'homme de ses facultés, c'est le faire mourir; séparer l'homme du produit de ses facultés, c'est encore le faire mourir".[29]

A su vez, Bastiat presta gran atención a las declamaciones efectuadas contra el capitalismo. Por un lado, advierte sobre los peligros que estos

ataques encierran, pues desaniman la inversión y empobrecen al país. Por otro, señala y ridiculiza la propaganda que "en éstos últimos tiempos" se ha hecho "para excitar las repugnancias populares contra el capital, el infame, el infernal capital", presentándolo ante las masas "como un monstruo devorador e insaciable, más destructor que el cólera, más espantoso que el motín, ejerciendo en el cuerpo social la acción de un vampiro cuyo poder de succión se multiplicase por sí mismo".[30]

El capital, a juicio de Bastiat, es consecuencia directa de "la actividad, de la frugalidad y de la seguridad". Su adquisición, por tanto, va acompañada siempre de "una virtud social y moralizadora", y guarda una relación directa con las capacidades del individuo . Y si sus orígenes son ejemplares, otro tanto ocurre con los efectos que produce: "descargar al hombre de lo que tiene de más material"; "emancipar a los hombres del yugo de la ignorancia, de la necesidad, del despotismo"; "hacer que predomine cada vez más el principio inteligente"; "ensanchar cada vez más el tiempo, no diré de ociosidad, sino de reposo".[31]

Entre las cuestiones planteadas por el socialismo a las que responde el economista francés, figura también la desigual recompensa que obtienen algunos trabajos con independencia del esfuerzo que requieren. En opinión de Bastiat, el origen de estas quejas se halla, precisamente, en la tergiversación de uno de los grandes principios teóricos asentados por Adam Smith: el valor y la dignidad concedida al trabajo en cuanto constituye la principal fuente de riqueza. En efecto, la valoración extrema del trabajo trae consigo que se considere como algo injustificable el hecho de que las actividades más penosas sean precisamente las menos remuneradas. Para refutar estas acusaciones, Bastiat considera, por el contrario, que lo importante, en el intercambio de servicios que preside la sociedad, es el trabajo aho-

rrado al cesionario y no el trabajo efectuado por el cedente: "el valor -señala- está en el servicio más bien que en el trabajo".[32] El problema no consiste, pues, en averiguar si la remuneración es proporcional al esfuerzo realizado; la cuestión, en realidad, radica en saber si es o no proporcional a los beneficios recibidos.

Los ataques contra la concurrencia encuentran asimismo una respuesta en las obras de Bastiat. En ellas, la concurrencia aparece como un sinónimo de la libertad. Ni provoca la desigualdad ni deja al trabajador abandonado a su suerte; es, por el contrario, la encargada de introducir el orden y el equilibrio en las relaciones sociales. La concurrencia, una vez eliminadas las intervenciones perturbadoras, proporciona a cada esfuerzo la recompensa adecuada. Y si bien es cierto que el trabajador, como indican las doctrinas socialistas, se siente, por una parte, perjudicado cuando ofrece sus servicios, también lo es, por otra, que la competencia entre las empresas actúa a su favor y que como consumidor recoge sus beneficios.

Con estos argumentos, Bastiat hace frente a las cuestiones debatidas durante la revolución de 1848 y logra cierta resonancia. Ricardo de Fontenay, el autor del prólogo incluído en sus Obras completas, lo declara tajantemente: la importancia de Bastiat estriba en tomar la palabra en un momento delicado, justo cuando la ideas socialistas avanzaban sin encontrar apenas resistencia. Al oponer a sus predicaciones y a la efervescencia de falsos sistemas una serie de argumentos severos, Bastiat -según Fontenay- obligó a un público, que escuchaba las utopías del socialismo como si se tratasen de un divertido folletín, a ocuparse con seriedad de estas cuestiones, y prestó por ello "un inmense service à notre génération".[33]

LIBERALISMO Y ACTITUDES POLITICAS EN LA OBRA DE BASTIAT.

La defensa que en las Armonías económicas se realiza del orden y la propiedad, no debe hacernos olvidar que Bastiat se presenta como un adalid del progreso y la libertad. El librecambio, al estimar que la fuerza de un país no descansa en la riqueza acumulada por el Estado, sino en los bienes y en las actividades emprendidas por los individuos, promueve una defensa tajante de las libertades y los derechos del ciudadano. En las proclamas de Bastiat a los electores, los principios de la Revolución de 1789 -libertad, igualdad, fraternidad- ocupan, por este motivo, un lugar tan destacado como la denuncia de los errores defendidos por el socialismo.[34] Su liberalismo se apoya además en los valores que defiende la tradición instaurada por Adam Smith: la estimación positiva del trabajo, la denuncia de los monopolios y privilegios injustos, la conveniencia de promover la felicidad de los ciudadanos asegurando su participación en los beneficios del sistema por su condición de consumidores. Lógicamente, los resortes sicológicos establecidos por la Economía política ocupan también un lugar destacado en las obras de Bastiat. Ciertamente, admite que el trabajo "es un bien en sí mismo; que con independencia de sus resultados productores moraliza al hombre, lo fortifica y es para él una fuente de alegría y de salud". Pero no se le oculta, por ello, que el trabajo es también "una penalidad, una fatiga", y exige una recompensa. Negar al individuo el interés, los beneficios, que le corresponden, equivale, en consecuencia, a glorificar la esclavitud. Para Bastiat, el hombre trabaja buscando su provecho y, si bien es cierto que de este modo contribuye también el interés general, es preciso atender a su remuneración. Así pues, "no debe exigirse al hombre sacrificio y abnegación"; es preciso admitir que la sociedad se basa en otros móviles más eficaces y prosaicos: "el funcionario, el soldado, el magistrado -apunta

recogiendo las indicaciones de Adam Smith- no entran en estas carreras, sino porque les aseguran la satisfacción de sus necesidades".[35]

En otros temas, las tendencias liberales se perciben asimismo con claridad. Propugna, por ejemplo, la separación de la Iglesia y el Estado, y censura la influencia excesiva que el clero ejerce sobre la conciencia de los fieles. Denuncia la guerra y la violencia promovida por los gobiernos para enriquecerse, quienes, generalmente, no dudan en sacrificar la justicia a manos de sus intereses o su vanidad.[36] Igualmente, critica la idealización de la Edad Media y del mundo antiguo llevada a cabo a partir del Romanticismo, señalando las injusticias existentes en las sociedades del pasado y la supremacía de los valores establecidos en la actualidad:

> ¡Los Americanos desmontan tierras, abren canales, construyen caminos de hierro, todo por sí mismos, porque son una democracia y se pertenecen! ¡Los Egipcios edificaban templos, pirámides, obeliscos, palacios para sus reyes y sacerdotes, porque eran esclavos![37]

Si la práctica política de Bastiat en la Asamblea Nacional corrobora el deseo de ocupar un espacio intermedio entre la izquierda y la derecha, en sus obras, se aprecia también el esfuerzo realizado para mantener una actitud neutral, rechazando las críticas en las que se alude a la posible connivencia de los economistas con las clases privilegiadas. Por este motivo, estos últimos incluyen también determinadas críticas sobre el comportamiento de los propietarios. El objetivo de la Economía política -nos advierte Bastiat- no consiste sólo en "propagar ideas sanas" entre los trabajadores sino que pretende inculcar el sentimiento del deber y la honradez entre los dueños del capital. Las Armonías económicas recuerdan al lector que la conducta disipada de estos últimos genera males sin cuento, y no ahorran calificativos a la hora de denunciar "el agiotaje" o "los fraudes comerciales".

Bastiat señala asimismo que las pretensión del socialismo de legislar sobre la propiedad tiene su origen en los abusos y en la utilización de las leyes, por parte de los propietarios, para obtener determinados privilegios.[38]

Con estas indicaciones, Bastiat consigue asegurar su crédito como hombre progresista, partidario de la justicia social y las libertades, y recibe los elogios de sus más enconados adversarios. Uno de ellos, Proudhon, en el curso de la polémica, señala a los lectores de La Voix du Peuple que Bastiat "es un escritor plenamente poseído de espíritu democrático" y pertenece "en cuerpo y en alma a la república, a la libertad, a la igualdad y al progreso".[39] Su aureola de hombre liberal y su afán por colocarse al abrigo de determinadas críticas provoca incluso extrañas paradojas: hace que sea tildado de socialista y le obliga a recordar a sus electores, cuando se dirige a ellos en 1849, que, de ser ciertas esas imputaciones , el Comité de Finanzas, integrado por las fortunas más cuantiosas, nunca le hubiera elegido como vicepresidente.[40]

Evidentemente, el alejamiento de las contiendas políticas y la neutralidad a la que aspira Bastiat, son de nuevo un índice de los ambiciosos objetivos sustentados por los economistas. La Economía política se coloca así por encima de los partidos y sus programas, y se convierte en un juez inapelable. De esta forma, al insistir en la solvencia científica de sus teorías, Bastiat pretende crear nada menos que unas propuestas integradoras "capaces de satisfacer a todos los entendimientos y acallar las pretensiones de todas las escuelas economistas, socialistas y hasta comunistas".[41] En efecto, una vez sentado que los mecanismos económicos y sociales actúan de acuerdo con unas leyes precisas, las voces amenazadoras de Proudhon o las estrategias de los diferentes partidos carecen de sentido. Sus planteamien-

tos se transforman simplemente en errores que la sociedad irá eliminando conforme acepte los dictámenes rigurosos de la Economía política.[42]

LA IMPORTANCIA DE LA MORAL EN LAS ARMONIAS ECONOMICAS.

Una vez conocidas las líneas generales por las que discurre el pensamiento de Bastiat, su difusión en España y su arraigo en ciertos sectores resultan fácilmente explicables. Para los intelectuales y los grupos profesionales en ascenso -es el caso, como vimos, de los ingenieros-, las Armonías económicas proporcionan una visión optimista de la sociedad acorde con sus ideas liberales y sus expectativas de progreso. Bastiat les ofrece una doctrina sencilla y un método científico; ensalza el bienestar y la utilidad de las obras emprendidas en las sociedades modernas; valora el trabajo intelectual, destacando los servicios que presta a la comunidad; supera en nombre de la razón las disputas de los partidos; concilia, en definitiva, la propiedad y el orden con las preccupaciones humanitarias. De esta forma, la brillantez de Bastiat como polemista y divulgador deja en la sombra el escaso rigor con que maneja los métodos y conceptos de la economía, y lo convierten en una figura imprescindible en el panorama cultural de nuestro país.

Ahora bien, si Bastiat consigue aquí un círculo amplio de lectores, se debe, en gran medida, a su concepción de la Economía política como una disciplina integradora que incluye una teoría determinada de la conducta del hombre y responde a todas sus inquietudes. La importancia de este factor no resulta en absoluto despreciable, pues explica la preferencia concedida a Bastiat sobre Say. Mientras este último pretende centrarse en los problemas económicos y recrimina a Adam Smith por "sus pesadas digresiones"[43], Bastiat cifra, precisamente, en ellas el éxito de las Investigaciones:

> Smith no hubiera conquistado la grande y justa fama que le rodea, si no hubiese escrito sus magníficos capítulos sobre la Enseñanza, el Clero, los Servicios públicos, y si tratando de la Riqueza se hubiese circunscrito a su definición.[44]

Con ese mismo espíritu, Ricardo de Fontenay señala que "la science doit être ambitieuse" y elogia a Bastiat por haber rescatado la Economía política de los estrechos límites que Say le confiere.[45] Y lo mismo sucede con los lectores españoles, para quienes los amplios objetivos trazados por Bastiat no constituyen sino un motivo de admiración: "En sus manos, -comenta Sanromá cuando expone los méritos de Bastiat- la Economía política vino a convertirse en uno de los capítulos más selectos de la Filosofía, de la Moral y del Derecho".[46]

Entre las disertaciones que rodean la explicación de los asuntos relacionados directamente con la economía, destaca sin duda la insistencia con que los fundadores de la nueva disciplina indican la estricta moralidad de las hipótesis allí recogidas. La fortuna, siguiendo las optimistas consideraciones de los ilustrados, viene acompañada por determinadas virtudes como la laboriosidad, la moderación o la frugalidad.[47] Los planteamientos de Smith implican una profunda revisión de los valores tradicionalmente consagrados. Suponen, de acuerdo con la expresión utilizada por Hirschman, "la demolición del héroe", es decir, la denuncia de los impulsos que laten tras la sed de gloria y las ambiciones militares ensalzadas por la nobleza.[48] Frente a estos estímulos, los economistas elaboran un nuevo código de conducta, dirigen las pasiones a un terreno más apropiado y ensalzan el realismo y la humildad de quienes aplican sus esfuerzos a las actividades privadas.

Las Armonías económicas conceden asimismo una importancia capital a la ética y se inscriben por derecho propio en esta corriente. Diferentes razo-

nes justifican, a mediados de siglo, este proceder. En efecto, una vez superadas las primeras reticencias, la importancia concedida al afán de medro de los individuos, las desoladoras conclusiones de Malthus o Ricardo, y el análisis de la formación y distribución de la riqueza como un proceso sujeto a leyes inevitables y ajeno, en consecuencia, a los dictados de la moral, crearon una aureola negativa en torno a la Economía política. Despertó, por este motivo, numerosos recelos y las descalificaciones se acumularon sobre ella. Carlyle la denomina "ciencia lúgubre". Saint-Simon considera que el laissez faire establece como meta el antagonismo entre las distintas clases sociales. Para Proudhon santifica los privilegios y, amparándose en su cientificidad, se aparta de la moral y la justicia. Y Lamartine, entre otros, recrimina a la escuela "anglaise et matérialiste qui traite les hommes comme des quantités inertes; qui parle en chiffres de peur qu'il ne se glisse un sentiment ou une idée dans ses systèmes; qui fait de la société industrielle une espèce d'arithmétique impassible et de mécanisme sans coeur".[49]

Para remontar la opinión establecida, los economistas subrayan, lógicamente, la moralidad de sus afirmaciones. Es el caso, por ejemplo, de Stuart Mill, para quien los objetivos de sus Principios de Economía política se resumen en la siguiente frase: "obligar a las fuerzas de la naturaleza a estar cada día más subordinadas a la prosperidad física y moral".[50] No obstante, en los escritos de Bastiat intervienen otras circunstancias y las reflexiones moralizadoras adquieren un relieve específico que lo diferencia de los restantes economistas. En efecto, el dinero fácil, las especulaciones, los gastos suntuosos, así como la conducta sospechosa del gobierno en los asuntos financieros, salpican el reinado de Luis Felipe de Orleans, y le obligan a extremar la prudencia. Por este motivo, Bastiat cuando traza

un cuadro risueño del capital y sus efectos, acompaña sus deducciones con continuas referencias a la ética. Las Armonías económicas proclaman el estricto cumplimiento del deber y pretenden acomodar "la economía con las inspiraciones de la moral más sublime"[51]. Colocan, incluso, a la ética en el centro de sus observaciones: "la cuestión que se propone la Economía política -nos indica Bastiat- se reduce a ésta: ¿La riqueza es un bien moral o un mal moral para la humanidad?"[52] Finalmente, la importancia y la asiduidad de estos comentarios hacen, incluso, que el propio autor, previniendo los posibles reproches, delimite los campos y haga hincapié en el rigor de su discurso: "Predicáis aquí una moral excelente se me dirá. No tengo tal pretensión. Se trata de economía política y no de moral"[53].

Por nuestra parte, incurriríamos en un grave error si creyésemos que las digresiones de Bastiat constituyen un aderezo gratuito, ligado tan sólo a las polémicas del momento. Nada más lejos de la realidad. En efecto, para que las actividades económicas discurran con orden y concierto, el capitalismo requiere, junto a las normas legales, la implantación de un código ético peculiar. Precisamente, la situación española, a mediados de siglo, nos ofrece un buen ejemplo del valor de estas exigencias. Por un lado, las alicortas miras de una burguesía que busca, por el temor a los posibles riesgos, unas ganancias inmediatas, suponen un pesado lastre para el crecimiento económico. Por otro, la falta de protección jurídica, según indica Gabriel Tortella, ahuyenta la necesaria movilización de recursos financieros y se convierte en un factor decisivo en unos años en los que la responsabilidad del hombre de negocios proporciona una escasa garantía[54].

Conviene recordar, a su vez, que las tradicionales sospechas sobre las virtudes del capital se refuerzan aquí por la presencia de otros factores. La desamortización constituye sin duda el origen del nuevo orden económico

y los sectores tradicionales no dejaron de recalcar el origen dudoso de las transacciones realizadas. Los pasajes irónicos sobre la picaresca y la pugna de intereses que acompañaron la operación, abundan en los textos de la época. A ello debemos sumar la falta de honradez en las prácticas comerciales de los gobiernos y la propaganda negativa realizada en los escenarios o en las páginas de la novela, a las que ya hicimos mención. Todo ello genera un discurso repleto de connotaciones moralizantes, del que nos dan un buen ejemplo, en estas fechas, tanto las críticas vertidas por Sanz del Río en sus papeles privados sobre las "riquezas inmensas" de doña María Cristina, "administrando la hacienda de su hija en provecho de su bolsillo", [55] como los gritos y proclamas lanzados en las revueltas de 1854. En efecto, mientras los generales sublevados aducen como excusa la necesidad de acabar con la corrupción reinante, en la calle se considera al Conde de San Luis "el insolente capitán de esta cuadrilla de <<ladrones públicos>>" y en las hojas volanderas Pi se dirige al pueblo para clamar contra "esa turba de nobles, de propietarios, de parásitos que insultan de continuo tu miseria con sus espléndidos trenes, sus ruidosos festines y sus opíparos banquetes". [56]

En esta tesitura, las disquisiciones filosóficas y la confianza que rezuman las Armonías económicas cumplen una tarea esencial. Son, a decir verdad, el único remedio que puede hacer frente a las quejas planteadas por Salamanca en el Congreso:

> "Los hombres de negocios que en todos los países del mundo están llamados para tratar cuestiones (económicas y financieras), son aquí generalmente oídos con prevención, con ojeriza, con desconfianza, y aun antes de escuchar sus palabras se interpretan mal sus intenciones, suponiendo que no ha de hacer más que favorecer sus intereses en perjuicio del Estado". [57]

En este ambiente desalentador, nada tan adecuado, en efecto, para satisfacer las expectativas de desarrollo económico y corregir el retraimiento de los inversores como las doctrinas de Bastiat. Las continuas alusiones a la moral así como "el noble y sano optimismo" que impregna su obra, en palabras de Echegaray,[58] componen un eficaz antídoto encargado de remontar los obstáculos sicológicos y la desconfianza de las clases privilegiadas que Beramendi describe, en los Episodios nacionales, con una frase lapidaria: "Ven sólo lo inmediato y se asustan de la menor sombra".[59] Otras voces confirman plenamente el comentario de Galdós y nos indican la importancia de los argumentos vinculados a la moral. En las discusiones mantenidas por la Sociedad Libre de Economía Política, tras el cierre de las Bolsas extranjeras, se afirma con insistencia que "el crédito es una institución tan delicada y asustadiza que el temor o la desconfianza más ligera la destruye". Y, por si hubiese alguna duda sobre las consecuencias prácticas de una conducta ajustada a las normas de la ética, se hace constar luego que "la conservación, la gloria y el prestigio de los Estados dependen hoy día del desarrollo de su vida moral y de sus condiciones de riqueza" así como de "la religiosidad con que el gobierno cumple sus compromisos".[60]

En esta atmósfera de incertidumbre, los argumentos de Bastiat y su esperanzada concepción del futuro son preferidos a las observaciones más realistas y atinadas, por lo que se refiere a los móviles del individuo, que plantea Adam Smith. Los juicios del primero sobre la economía y las relaciones solidarias entre los individuos resultan tanto más atractivos al no admitir ni las restricciones a la doctrina librecambista expuestas por Smith ni las censuras que las Investigaciones lanzan sobre "la rapacidad baja y el espíritu de monopolio que prevalece entre comerciantes y manufactureros".[61]

La oportunidad de los esfuerzos llevados a cabo por Bastiat a fin de conciliar la moral y las enseñanzas de la Economía política, no pasó desapercibida para sus discípulos en España. Las Armonías económicas les proporcionaban una retórica que les permitía combatir en el mismo terreno y con las mismas armas que sus oponentes. Sus seguidores, recogiendo sus argumentos, insistieron por ello en los lazos que unen el bienestar y la ética, e hicieron hincapié en las virtudes que acompañan el desarrollo del capital en las sociedades avanzadas. El Economista, el periódico que a principios de 1856 fundan Echegaray y Gabriel Rodríguez, lógicamente, no fue una excepción. El objetivo de la publicación, para sus directores, consistía en aproximarse "a la civilización, o lo que es lo mismo, a la moralidad y a la prosperidad de nuestra patria"; y, por lo que se refiere al hombre, "conquistar de la naturaleza inerte su bienestar moral y material, elevando cada vez más su condición y acercándose cada vez más a la perfección absoluta, que ha puesto el Criador en el último límite de su larga y difícil carrera".[62]

La invocación religiosa que se advierte en las palabras de El Economista no es ajena tampoco a la influencia de las Armonías económicas. La acendrada ortodoxia de Bastiat en materias religiosas es otra de las razones que explican su éxito. Cubre, en efecto, un flanco vulnerable y desempeña un importante papel en las escaramuzas mantenidas por sus partidarios. En este apartado, debemos tener en cuenta, por una parte, que, a mediados de siglo, los españoles se hallan todavía bajo la impresión de los denuestos proferidos por Donoso Cortés contra "el furor que de todos se apodera por las reformas económicas"[63]; y, por otra, que la difusión de Say en España, a principios de siglo, se explica, en gran medida, por la conveniencia de elimi-

nar los recelos que, entre los católicos, podían suscitar las opiniones de Adam Smith.[64]

Las sospechas que los conservadores vierten sobre la economía política, pierden su fuerza ante la insistencia con que el ensayista francés concilia las modernas libertades y los principios religiosos. En sus obras la prosperidad que obtienen las sociedades en las que se desenvuelven libremente las leyes de mercado, figura como una prueba concluyente de la inteligencia y de la bondad divinas. Negar la estrecha cooperación entre los hombres equivale a poner en duda la habilidad de Dios, de "la mano invisible" que regula el orden establecido en la naturaleza.[65] Y, por si hubiese alguna duda al respecto, Bastiat expresa claramente la coincidencia y coloca todos los principio económicos bajo una idea central. "Este pensamiento -declara al concluir las Armonías- es aquel con que da principio el simbolismo cristiano: CREO EN DIOS".[66]

CAP. 5. LA PARTICIPACION DE ECHEGARAY EN LOS MOVIMIENTOS LIBRECAMBISTAS. PRIMERAS PUBLICACIONES: EL ECONOMISTA.

En febrero de 1856, aprovechando el resquicio abierto durante el bienio, aparece El Economista, periódico quincenal, fundado conjuntamente por Gabriel Rodríguez y José Echegaray. Sus páginas recogen un extenso repertorio de asuntos ligados a la actualidad inmediata y se caracterizan por realizar una empecinada defensa de las teorías librecambistas, siguiendo de cerca los escritos de Frederic Bastiat. Con estas armas sobrevivió un año y medio, hasta que las continuas prohibiciones y las leyes de imprenta introducidas por Narváez provocaron su desaparición en julio de 1857.[1]

El alma de la nueva publicación fue, sin duda, Gabriel Rodríguez. Es él quien imparte la asignatura de Economía política en la Escuela de Caminos y quien logra cierta resonancia en los ambientes intelectuales madrileños por sus intervenciones relacionadas con estas materias. Así lo acreditan las distinciones extranjeras recibidas y sus conferencias en favor del librecambio, pronunciadas, en 1857, en el Ateneo.[2] Por otra parte, Echegaray se incorporó al grupo formado por los economistas, de la mano de su colega en la Escuela, y ocupó, en principio, un puesto secundario. Durante estos años iniciales, Gabriel Rodríguez se convirtió, en el mentor de Echegaray en estos asuntos y fue, según nos indica el propio dramaturgo, el encargado de irle señalando las lecturas adecuadas: Bastiat, Say, Dunoyer, Molinari, el Journal des Economistes, etc.[3]

El Economista, en su primer número, incluye un extenso editorial, donde expone los propósitos y el ideario de sus promotores. Ambos declaran allí su intención de divulgar los principios "de la ciencia que se conoce con el nombre de Economía política" y de explicar el funcionamiento de sus leyes, a las que consideran tan inexorables como las del mundo físico. La sociedad, para Echegaray y Gabriel Rodríguez, se rige por "leyes naturales" y "se asemeja a una gran máquina", cuyo funcionamiento es posible describir aplicando los principios y metodos empleados por las matemáticas. De esta forma, como ocurría en los escritos de Bastiat, se intenta elaborar un pensamiento riguroso, independiente de los acontecimientos externos, que permita erigir un proyecto de sociedad alejado de las organizaciones y de las propuestas "utópicas" concebidas por el socialismo.

A partir de estas premisas, El Economista suscribe las afirmaciones típicas del liberalismo. La preocupación por el bienestar y la mejora de las condiciones de vida; el convencimiento de que el progreso puede conseguirse explotando eficazmente los recursos naturales del país; la estimación de la ciencia y de la técnica como unos instrumentos infalibles, que nos llevan a comprender y a transformar la realidad; tales son los cauces por los que discurre el nuevo periódico. Finalmente, los redactores de El Economista levantan sus reflexiones sobre unas bases que nos proporcionan otros puntos de referencia inequívocos: "Libertad y propiedad absolutas, sin otras limitaciones para cada una que la libertad y la propiedad de los demás".[4]

Junto a estos principios, el interés y la libre concurrencia, sin restricciones de ningún tipo, constituyen los ejes del sistema propugnado por El Economista. Por una parte, el interés estimula la actividad de los individuos y, por otra, la competencia abarata los productos, impone una mayor eficiencia y aminora los costes. Uno y otro se presentan además como los

único medios capaces de lograr que la armonía presida las relaciones sociales y se sobreponga a los intereses en pugna:

> El interés individual, causa de todos los adelantos, es el móvil que incita al hombre a sacar el mayor partido posible de sus facultades en provecho propio. La competencia limita ese aprovechamiento individual, y hace que al cabo de más o menos tiempo la sociedad entera disfrute de las ventajas obtenidas, que vienen a ser patrimonio de la comunidad; aproximando todos los hombres a un mismo nivel, y elevando éste progresivamente.[5]

Los ideales expuestos no se presentan como el fruto de una reflexión certera, pues, a juicio de los redactores, cuentan por fortuna con el apoyo de la propia naturaleza humana. La Economía política establece de forma inconcusa que la sociedad es un mecanismo, "cuyo motor es el interés privado, es la eterna e insaciable aspiración hacia el bienestar, inherente a la naturaleza del hombre".[6] De ahí que las intervenciones del gobierno —la imposición de reglamentos y normas artificiales—, supongan siempre un error. El periódico dirigido por Gabriel Rodríguez y Echegaray, de acuerdo con su filiación librecambista, insiste especialmente en ello: "El progreso se realiza por la acción de todos, no por la iniciativa de los Gobiernos"; "el interés particular del individuo, su aspiración al bienestar, su deseo de goces siempre creciente", son las fuerzas que garantizan a su vez una prosperidad indefinida.[7]

Un detalle digno de mención lo constituye el hecho de que los trabajos y las colaboraciones incluídas en El Economista rara vez aparecen firmados. Los nombres de Gabriel Rodríguez o el de Echegaray figuran sólo cuando, en medio de la polémica, sus adversarios les recriminan el ampararse en el anonimato.[8] Aunque se trata de una norma relativamente extendida en este ti-

po de publicaciones, el procedimiento tiene, en este caso, unos valores inequívocos: confirma el rechazo de cualquier personalismo inoportuno, el acuerdo de sus promotores cuando enuncian unas leyes tan inapelables como las de la naturaleza. De esta forma sus redactores pretenden, sin duda, que el lector perciba únicamente la voz impersonal de la razón tras los artículos recogidos por El Economista. Y para reafirmar esa impresión el periódico procura mantener un tono siempre riguroso. Se distingue por la continua mención de las fuentes empleadas, por el orden con que desarrolla sus argumentos y, sobre todo, por la escrupulosidad con que dice recoger las tesis de sus oponentes antes de refutarlas. De acuerdo con estas orientaciones, cuando El Economista cumple su primer año, Gabriel Rodríguez y Echegaray adoptan la postura propia del hombre de ciencia y resumen sus méritos del siguiente modo: "Ya que no hábiles, hemos sido consecuentes y leales".[9]

Evidentemente, El Economista no se propone contribuir al desarrollo de la ciencia económica con aportaciones teóricas originales; se limita a analizar los problemas coyunturales del país y a exponer unos planteamientos, irrefutables desde el punto de vista de los partidarios del librecambio. El periódico, siempre fiel a los hábitos propios de la ciencia, no intenta levantarse sobre el talento personal de sus promotores, sino sobre la validez universal de unos principios "exactos, inmutables, deducibles de la observación y la experiencia". En este caso, como en el de la mayor parte de los escritos publicados por los librecambistas durante estos años, la necesidad de superar con urgencia el atraso del país hace que se dé preferencia a las tareas de divulgación y se antepongan la claridad y la fidelidad al modelo utilizado.

Resulta lógico, pues, que Gabriel Tortella, al repasar las publicaciones

de la época, advierta en El Economista "un tono claramente académico y doctrinario".[10] La publicación, a decir verdad, se ciñe voluntariamente a esos límites y así lo subraya en su primer editorial cuando proclama la sentencia acuñada por los fisiócratas -laissez faire, laissez passer- como "el principio único, fuente todos los demás, que ha de servir de lema a nuestra bandera".[11] Finalmente, la disciplina con que sus directores reproducen los preceptos librecambistas aprendidos en las obras de Bastiat no hacen sino acrecentar esa sensación. En efecto, el periódico recoge los artículos del ensayista francés, reparte alguno de sus folletos en sus entregas y acata sus ideas con una disciplina que lo convierte a menudo en simple expositor de las mismas.[12]

LAS CUESTIONES TRATADAS Y SUS SOLUCIONES.

La subordinación completa de El Economista a unas directrices muy limitadas, por lo que se refiere a los argumentos, no le impide, sin embargo, proyectar una visión global de la sociedad y sus problemas. La insistente proclamación del carácter científico de los presupuestos mantenidos por el periódico no deben hacernos olvidar las implicaciones de la economía política y su conexión con las inquietudes del momento. La diversidad de las materias incluídas en los índices de El Economista nos recuerda los ambiciosos objetivos de sus directores, que podemos cifrar en la elaboración una visión coherente de la sociedad industrial que no excluya ninguna de sus manifestaciones.

En la nueva publicación encontramos, en primer lugar, los temas propios de un periódico financiero: los artículos doctrinales en pro del librecambio, comentarios de actualidad sobre la legislación y las obras emprendidas por el gobierno, reseñas sobre las discusiones sostenidas en la Sociedad

Libre de Economía Política, etc... En este apartado, El Economista recurre con frecuencia a las traducciones e incluye sobre todo alguno de los artículos publicados por el Journal des Economistes.[13] De esta forma, se intenta, por un lado, ganar adeptos divulgando las teorías librecambistas, y se procura, por otro, disipar los recelos que despiertan las nuevas tendencias y los mecanismos recién introducidos en nuestro país. El Economista ridiculiza, pues, "el virus anglofóbico", expone las benéficas influencias de las máquinas, las posibilidades que ofrece el crédito e intenta concluir con "ese afán de atacar como inmoral y altamente pernicioso el préstamo".[14]

Al ocuparse de las cuestiones de actualidad, los redactores del periódico emplean un tono, siempre severo, y adoptan el mismo punto de vista. Sus comentarios sobre la remodelación de la Puerta del Sol o sobre las subvenciones concedidas al teatro, pueden servirnos de ejemplo. En el primer caso, El Economista, consciente de la importancia de su misión, resalta su propósito de "decir la verdad al público" y denunciar, pese a su popularidad, las obras emprendidas en la Puerta del Sol. Señala que hay tareas más apremiantes como el alumbrado público, el sistema de alcantarillas, la distribución de las aguas del Lozoya, el empedrado de las calles, etc. A su juicio, si el Ayuntamiento, en vez de presentar las reformas, falsamente, como algo que el contribuyente no debe pagar, hubiese propuesto nuevos arbitrios, los madrileños habrían manifestado su desacuerdo. Finalmente, añade con ironía que si tanto interés se concede a la opinión de los extranjeros que visitan la capital, sería mejor eliminar también "la diversidad de trajes y la miseria y harapos de una parte de la población" hasta caer en los principios recomendados por el comunismo.[15] Por el mismo motivo, subvencionar el teatro le parece una injusticia y un absurdo. Supone burlar las leyes de la oferta y la demanda, e implica favorecer a "las clases medias y la clase

rica" de Madrid mediante unos impuestos indirectos que recaen en su mayor parte sobre las familias menesterosas que no pueden acudir al teatro.[35]

Al mismo tiempo, una variada gama de asuntos atestigua la confianza y el celo con que Gabriel Rodríguez y Echegaray aplican las doctrinas recibidas. La enseñanza, las quintas, los partidos políticos, las subvenciones concedidas al teatro y las artes, las relaciones entre la moral y el derecho, son algunas de las cuestiones analizadas por la nueva publicación. Ningún tema, por complicado o peligroso que sea, escapa de la red tejida por las argumentaciones librecambistas.

En cualquiera de las materias citadas, El Economista parte siempre de la misma base: los individuos son el fundamento de la sociedad y poseen derechos que, bajo ningún concepto, les pueden ser arrebatados. A partir de ahí se analizan la historia reciente y la situación del país en esos momentos, y se desarrolla una teoría globalizadora sobre el hombre y las relaciones sociales, asumida firmemente por Echegaray en sus escritos e intervenciones públicas.

Para garantizar el bienestar y la virtud de los individuos, éstos no deben conceder al gobierno "otra fuerza que la absolutamente indispensable para su verdadera misión": preservar la libertad y la propiedad de los ciudadanos. Del mismo modo que el Estado no debe reglamentar la economía, tampoco debe imponer una religión o unas ideas "por medio de una instrucción que el gobierno determina de antemano". Las vacilaciones en este terreno le parecen inadmisibles, pues el Estado, cuando se inmiscuye en las actividades de los particulares, aplica sin saberlo las propuestas defendidas por el socialismo, y termina "por enervar las facultades del hombre, quitándole el sentimiento de su actividad y de su responsabilidad". El Economista mantiene en este punto un criterio tajante: sólo en un sistema que garantice

la libertad de mercado, los individuos actúan racionalmente, impelidos por sus intereses, y reciben, a cambio, el premio adecuado a su trabajo y a su capacidad para calcular los riesgos e imprevistos.[17]

La política española, por la facilidad con que se inmiscuye en todas las cuestiones, se aparta sin cesar de las normas expuestas y, paradójicamente, se acerca al socialismo tan denostado por estos pagos. Aquí, el Estado, en vez de limitarse a garantizar el cumplimiento del derecho, halaga al pueblo, decide por él y le arrebata -según El Economista- la responsabilidad de sus actos. De este modo, mantiene la ignorancia y fomenta las agitaciones sociales, pues los individuos, en vez de aprender "desde temprano a no contar sino con sus propias fuerzas (...), se acostumbran a esperar todo del Estado y a subvertir el orden cuando sus reclamaciones no son satisfechas". La inmoralidad y las revoluciones caracterizan, por este motivo, a los pueblos europeos frente a los de América del Norte. Un error que, afortunadamente, se puede subsanar, pues sólo la ignorancia y los intereses mezquinos alejan al hombre de las tesis demostradas por la Economía política. En efecto, las leyes que rigen la conciencia del hombre y la sociedad, las leyes morales y económicas, guardan una perfecta armonía, y, rectamente observadas, garantizan la libertad, el progreso y la justicia, sin violencias ni desórdenes.[18]

Con este precario bagaje teórico, Gabriel Rodríguez y Echegaray abordan los problemas más espinosos. Algunas de sus comentarios nos adelantan ya su posición y sus relaciones con otros grupos. Para el periódico, las quintas -uno de los asuntos que provocan las protestas por parte de la oposición-, constituyen, asimismo, un sistema de reclutamiento injusto: fuerzan la voluntad de los individuos y sus cargas se reparten desigualmente. Los redactores rechazan además la exención por dinero y proponen una fuerza pública

integrada por voluntarios, cuyos emolumentos sean costeados por todos, de acuerdo con las ventajas que a cada uno brinda.[19]

Los partidos políticos reciben también las críticas de los directores del periódico por conceder una importancia excesiva a las cuestiones relacionadas con la forma de gobierno y por elaborar sus programas, a diferencia de la economía política, con sofismas y no con sólidos argumentos racionales. Aunque las censuras se dirigen a todos los grupos, existe lógicamente una mayor afinidad con los demócratas que con los moderados o la Unión Liberal, mucho menos dispuestos, estos últimos, a creer en las excelencias de la libertad y a considerar que la política sea una ciencia rigurosa.[20]

No obstante, pese a sus sempiternas discrepancias con las medidas adoptadas por el gobierno, sus redactores se sitúan a sí mismos en una posición neutral, cuyas implicaciones ya comentamos al ocuparnos de la ideología generada por la Escuela de Caminos. "Lejos de la arena política, limitados al círculo que nos traza la ciencia", no hacen, en su opinión, sino exponer las verdades proclamadas por la economía.[21] Con una seguridad envidiable, El Economista declara el propósito de limitarse tan sólo a disipar los errores provocados por el desconocimiento de los propios interesados, pues, desgraciadamente, "la existencia de leyes naturales, que nadie niega, cuando del orden físico se trata, se pone en duda todavía, cuando se trata de la economía de la sociedad".[22] Un mensaje tan alentador como oportuno en un Madrid desconcertado por las nuevas orientaciones económicas y que en 1856 vuelve a vivir la experiencia de las barricadas. Con el paso del tiempo, las ideas y la estrategia de los economistas -en cuyas filas tanto Gabriel Rodríguez como Echegaray ocupan un puesto de privilegio- se perfilan con más claridad, por lo que trataremos, más adelante, de esclarecer los vínculos de este grupo con las diferentes formaciones políticas.

LA CUESTION DE LOS FERROCARRILES.

Pese a que El Economista se caracterizó por llevar a cabo una tarea de divulgación, el periódico, hoy en día, no es sólo recordado por su fidelidad a las tesis librecambistas, sino también por sus aciertos. En las raras ocasiones en que es mencionado, se suelen destacar, concretamente, las reticencias con que enjuició las ayudas estatales y las medidas legislativas promulgadas para favorecer la construcción de la red ferrroviaria.

Ultimamente, diversos estudios han demostrado que la falta de un mercado interior sólido y las deficiencias de la infraestructura viaria, praludiaban, inevitablemente, la crisis del sector. E, incluso, se ha señalado el lugar preminente que la quiebra financiera de las compañías de ferrocarriles ocupa entre los factores que desencadenaron la Gloriosa.[23] Pero, en 1856, en un clima de euforia generalizado, los problemas eran difícilmente pronosticables, por lo que los acertados comentarios de Gabriel Rodríguez y Echegaray resultan sin duda sorprendentes.

En 1866, cuando las empresas dejaron de pagar los dividendos por la falta de demanda y ni siquiera consiguieron cubrir las obligaciones, se pudo ya apreciar con claridad que las culpas debían recaer sobre la legislación proteccionista de 1855. Diez años antes, Gabriel Rodríguez y Echegaray habían prodigado sus advertencias en este sentido. Sin embargo, las opiniones expuestas en El Economista no demuestran una sólida formación ni unos conocimientos rigurosos de los mecanismos económicos por parte de sus redactores. En realidad, ni uno ni otro tenían una preparación que justificase su clarividencia. Debemos pensar más bien que sus críticas obedecieron no a un análisis esmerado del proceso, sino a la tenacidad con que siguieron respetando las ideas de Bastiat. Durante esos años, la política de ayudas al ferrocarril se convirtió en la más grave infracción del código librecambista

y supuso un reto para sus seguidores. Por este motivo, El Economista se vió obligado a desafiar la opinión generalizada y. a pesar de los réditos entregados por las compañías ferroviarias, manifestó su escepticismo en lo referente a la viabilidad del plan trazado.

De todos modos, la perspicacia de los redactores del periódico a la hora de apreciar lo que denominan "la enfermedad de los ferrocarriles" no deja de ser sorprendente. A su parecer, el proteccionismo ha generado en este campo "una fiebre", un crecimiento desmesurado con respecto a la demanda real y ha destruido unos capitales que deberían haber sido empleados en actividades más provechosas. Con una lucidez y un sentido común encomiables, El Economista -sin negar por ello las posibilidades del ferrocarril- recuerda a sus lectores la necesidad de acomodarse a las circunstancias: "Lo mejor en cada estado social, no es lo mejor absoluto; hay que ver lo que cuesta, o lo que es lo mismo, comparar lo que vamos a obtener con las cosas de que hay que privarse por ello". O con la llaneza que le es habitual: "hacer un ferrocarril cuando hay poco que llevar por él es obrar como el médico que sin tener visitas se compra carruaje". En consecuencia, el periódico, tras preguntarse, "¿Dónde tenemos para tantos ferrocarriles?", ¿qué mercancías habrán de llevar?, pronostica, incluso, una crisis financiera que podía acabar con el espíritu de empresa en España.[24]

Hoy día, el acierto de El Economista en este apartado resulta aún, si cabe, más ~~sorprendente~~ digno de elogio. Por este motivo, dentro de la escasa bibliografía existente sobre el movimiento librecambista, es posible encontrar juicios de especialistas, como Tortella, que contraponen las atinadas observaciones "de este pequeño grupo de economistas a quienes nadie prestaba atención" a "la burda imprevisión, falta de escrúpulos, o las dos cosas", de los principales representantes de las finanzas y la política.[25]

EL RADICALISMO Y LA AGRESIVIDAD DE EL ECONOMISTA.

Los treinta y seis números publicados por El Economista entre 1856 y 1857 se caracterizan asimismo por censurar constantemente las prácticas gubernamentales y por sostener agrias polémicas con la prensa proteccionista. La insistencia con que sus redactores afirman atenerse a las leyes dictadas por la ciencia, no excluye el uso frecuente de un tono exaltado en sus artículos. En cierto modo reaparece en ellos la energía y la belicosidad que, según vimos, incitan a los ingenieros cuando creen hallar una causa justa. En este caso, la ciencia, el "mecanismo maravilloso" de las leyes económicas, les hace seguir ciegamente los esquemas teóricos aprendidos en los libros de Bastiat y les confiere una aureola de hombres propensos a cualquier extremismo, a la que Echegaray contribuye decisivamente -como tendremos ocasión de comprobar- con sus discursos en pro del librecambio.

Si contrastamos los artículos cruzados entre El Economista y los abogados del proteccionismo - Revista Industrial de Barcelona, La España Industrial, El Eco de la Ganadería-, podemos observar que estos últimos se expresan, por lo general, de forma mucho más comedida. Fustigados sin descanso, los partidarios del proteccionismo adoptan, como táctica, una actitud moderada y acogen con sorpresa las arremetidas de El Economista. A su entender, la experiencia no avala la seguridad y altanería con que los librecambistas exponen sus argumentos, ni los principios establecidos por la economía política pueden equipararse con las leyes formuladas por las matemáticas o la física. La economía les parece, por el contrario, una ciencia práctica, sujeta a todo tipo de pactos y excepciones, cuya validez depende de las circunstancias que la rodean.

Ramón de la Sagra -admirador primero de las ideas de Proudhon e integrado en las filas de los conservadores a partir de 1856-, en la polémica que

mantiene El Eco de la Ganadería con El Economista, se apoya en las mismas consideraciones. Señala que los redactores del periódico librecambista confían alocadamente en los dictados de una ciencia en periodo experimental, repleta de contradicciones, y advierte en sus artículos una tendencia a dejarse llevar por el idealismo y las exageraciones, incompatible con la índole del trabajo científico. Pero los ataques de Ramón de la Sagra incluyen, por supuesto, otras recriminaciones mucho más graves. Inculpa a El Economista por atentar contra los intereses de los trabajadores y los productores nacionales, y por defender una forma de socialismo encubierto, pues, a su juicio, la fórmula del laissez faire conduce a los mismos resultados, esto es, desemboca en "el desgobierno" y "la anarquía".[26]

En sus respuestas, Gabriel Rodríguez y Echegaray sostienen, en cambio, un criterio muy diferente. Para ellos la economía no admite componendas; exige el cumplimiento estricto de sus preceptos y rechaza las soluciones de compromiso. "No sabemos ser librecambistas a medias, como El Eco nos aconseja -declaran sus redactores-, porque para eso era preciso que no tuviéramos fe en la verdad del principio que defendemos". Y, cuando El Eco de la Ganadería pide calma a los jóvenes ingenieros que dirigen El Economista, y solicita unos planteamientos más mesurados, menos "radicales", éstos hacen del reproche su bandera: "Sí, El Economista defiende ideas radicales; va hasta las últimas consecuencias de los principios que admite y proclama como exactos; no tuerce su razón en el camino"; "es radical en sus doctrinas como es radical en las suyas el matemático, el físico, el astrónomo, el mecánico".[27]

Más adelante, cuando analicemos los discursos de Echegaray en la Bolsa o en la Sociedad Libre de Economía Política, comprobaremos que los requiebros burlones o los ejemplos improcedentes componen un ingrediente básico en las

exposiciones librecambistas. El Economista manifiesta la misma tendencia y azuza sin descanso a sus antagonistas para provocar la polémica. Tal y como veíamos al hablar de las actitudes de los ingenieros, los debates, las confrontaciones dialécticas, constituyen para Gabriel Rodríguez y para Echegaray un medio eficaz de ejercer la influencia innata que, por sus conocimientos e inteligencia, les corresponde. Por lo demás, las manifestaciones rotundas y los comentarios irónicos sobre la inconsecuencia de sus adversarios, responden a una estrategia perfectamente delimitada, que Echegaray emplea de continuo. Son un medio de llamar la atención, de salvar la distancia que existe entre sus fuerzas y las de sus oponentes -instalados en el gobierno- obligándoles a entrar en liza con un contrincante más débil, sin apenas peso específico en la política, pero que cuenta, en cambio, con una superior preparación intelectual y mejores armas en la polémica.

Por último, un artículo publicado por el periódico financiero, <<La poesía y la economía política>>, confirma el apasionamiento que acompaña las manifestaciones de los librecambistas, y nos adelanta alguna de las actitudes típicas que luego encarnan los personajes del dramaturgo en los escenarios. Al pie de la colaboración no aparece ninguna firma, pero por su semejanza con otros trabajos publicados posteriormente podemos atribuirlo sin duda a Echegaray.[28] En el artículo en cuestión, un poeta y un economista mantienen un improvisado debate sobre la conveniencia de que el Estado conceda o no determinadas subvenciones a las artes. Echegaray, aparte de exponer sus respectivos argumentos, se complace en anotar sus diferentes comportamientos. Mientras el poeta, que reclama, lógicamente, el apoyo estatal, se conduce durante la charla "con mucha animación", "entusiasmándose", "con aire triunfante", el economista revela hábitos opuestos e inicia su exposición con la calma de quien cuenta con argumentos de sobra. Sin embargo, la

fe depositada en sus ideas, los sofismas y la terquedad del poeta, terminan por excitar su carácter vehemente. Una vez más, el temperamento fogoso de estos paladines de la ciencia reaparece cuando son presionados por las circunstancias adversas o por el empecinamiento de sus adversarios, y provoca ademanes descompuestos. En la escena dibujada en El Economista vemos así al ecuánime expositor de las leyes económicas "principiando a perder la paciencia", "sin poder contenerse" poco después, y, finalmente, persiguiendo al "asustado poeta" y "gritándole desde la puerta" cuando éste se bate en retirada. Una vez más, en los ambientes en que se mueve Echegaray, los principios asumidos con firmeza exigen, por parte del individuo, una actitud enérgica, poco dispuesta a admitir cualquier tipo de transacciones.

La fidelidad de Gabriel Rodríguez y de Echegaray a las normas y principios enunciados por El Economista se mantiene intacta a lo largo de sus vidas. Ambos se convierten en incansables propagadores de las ideas de Bastiat y se colocan a la cabeza del amplio movimiento que surge en torno a los escritos del ensayista francés y actúa por medio de varias asociaciones librecambistas. Gracias a ello, los jóvenes redactores de El Economista obtienen cierto renombre en la vida pública española y emprenden una brillante carrera política durante el Sexenio. En los capítulos siguientes nos ocuparemos de la participación de Echegaray en las actividades realizadas en pro del librecambio y podremos observar con mayor claridad la resonancia y las implicaciones de los asuntos tratados en El Economista.

CAP.6 LOS INGENIEROS Y EL LIBRECAMBIO. LOS APUROS ECONOMICOS DE ECHEGARAY.

Evidentemente, los principios formulados en las Armonías económicas se ajustaban con precisión a los proyectos y las inquietudes de los sectores liberales de la sociedad española. Muchas de las ideas allí expuestas guardaban, en concreto, una estrecha afinidad con las actitudes difundidas por las Escuelas especiales y con los intereses a ellas ligadas. El ingeniero, según vimos, era una pieza básica en la remodelación efectuada en la red de comunicaciones y pertenecía a uno de los sectores más directamente favorecidos por las nuevas directrices. La Revista de Obras Públicas seguía, pues, atentamente las cuestiones económicas y en sus números procuraba reseñar las sesiones celebradas por la Sociedad de Economía Política de Francia. A partir de 1854, la Economía política se incluía entre las asignaturas de la carrera mientras en las tertulias efectuadas en los locales de la revista se debatían con frecuencia las ideas librecambistas. A ellas concurrían, según el testimonio de Echegaray, los miembros del Cuerpo interesados en la política como Sagasta o Elduayen, entre "otros muchos ingenieros que empezaban a tomar interés por los asuntos económicos".[1]

Otros factores contribuyeron a orientar a los ingenieros hacia estos estudios. Dejando a un lado el afán por asimilar los avances de la época y el talante progresista de la educación recibida en las Escuelas especiales, debemos tener en cuenta sobre todo que la aparente neutralidad de las tesis propagadas por la nueva disciplina, la seguridad y el rigor con que la mis-

ma analiza los conflictos sociales, sus causas y remedios, concuerdan plenamente con los ideales más extendidos entre el Cuerpo de ingenieros. Al menos, ésas son las sugerencias que se desprenden de los siguientes comentarios de Echegaray:

> Agradábame la Economía Política, porque era una ciencia, a mi entender, de principios sólidos, en los cuales se apoya toda una serie de fenómenos sociales, que dentro de la ciencia se desarrollan con lógica tan inquebrantable como la que pueda dominar en la Mecánica.[2]

Los puntos de contacto y las afinidades entre las obras de Bastiat y las ideas extendidas entre los ingenieros son, por lo demás, evidentes. Recordemos, por ejemplo, que el ensayista francés observa el futuro con irrefrenable optimismo y defiende con ardor el progreso tecnológico; sitúa siempre las necesidades de la comunidad por encima de los intereses personales; ensalza, en repetidas ocasiones, la independencia del científico frente a los vaivenes de la política; resalta las virtudes del diálogo y otorga un puesto preferente a quienes, como representantes de la inteligencia, hacen de él un arma eficaz. A las consideraciones anteriores se une además la importancia que Bastiat concede al trabajo y a la legítima promoción de los elementos más activos de la sociedad. En este apartado, las ideas del ensayista francés resultan sumamente oportunas, pues se amoldan por completo a las pretensiones y a los problemas cotidianos de los alumnos provenientes de las Escuelas especiales. En efecto, los ingenieros, instalados por sus emolumentos en las filas de la clase media, sueñan con introducir una nueva aristocracia basada en el esfuerzo personal y más acorde, por tanto, con sus méritos. Al igual que ocurre en las Armonías económicas, el trabajo, la capacidad de los individuos y el rendimiento de los servicios prestados a la comunidad, valores acreditados por los severos estudios de los ingenie-

ros y por la importancia de las obras públicas construídas durante estos años, componen los fundamentos de su ideología. Seguros de sus fuerzas, integrados en una profesión que apenas puede satisfacer las demandas, se encuentran en una posición excepcional para surcar sin contratiempos las reglas establecidas por el mercado. Por otra parte, los ingenieros, siempre escrupulosos en el desempeño de sus tareas, acogen con agrado las censuras lanzadas por Bastiat contra el lujo desmesurado o las riquezas mal adquiridas. De acuerdo con su posición social y las inquietudes típicas de la pequeña burguesía, hacen hincapié en la rectitud de quienes integran el cuerpo; proclaman a menudo, en sus escritos, la perfecta neutralidad de su sistema escolar; solicitan una "justa competencia" frente a las prerrogativas del capital, y denigran, con la misma indignación que los librecambistas, las corrupciones amparadas por la interferencia del Estado en los negocios particulares. Asimismo, la unión que las Armonías económicas predican entre los intereses individuales y colectivos, entre el capitalista y el obrero, se relacionan fácilmente con la prudente neutralidad que la Escuela de Caminos adopta frente a la política y con el sentimiento de contribuir al bienestar generalizado de la sociedad que generan las obras realizadas bajo la dirección de sus alumnos. No es extraño, por tanto, que los ingenieros estudien con interés los planteamientos y las propuestas de la Economía política. Fruto de estas coincidencias genéricas son las discusiones en los locales de la Revista de Obras Públicas sobre estas materias así como la tertulia que, en las mesas "de los ingenieros y economistas", unos y otros mantienen en el café Suizo poco después de la Gloriosa.[3]

La postura de Gabriel Rodríguez y de Echegaray, y el asentimiento que prestan a las teorías divulgadas por Bastiat, configuran, no obstante, un caso singular. En efecto, junto a las coincidencias anotadas, existen otros

apartados en los que surgen fuertes discrepancias entre la doctrina librecambista y las tareas profesionales de los ingenieros. Las desavenencias provienen, sobre todo, de las dificultades existentes para delimitar el alcance y extensión de las obras públicas, y, por ende, la naturaleza de las construcciones ferroviarias. Al tratar estas materias, la opinión de los miembros del Cuerpo se aleja considerablemente de las tesis librecambistas. Aunque algunos ingenieros se muestran cautelosos y abogan por un sistema mixto en el que participen las empresas privadas y el Estado, otras voces, las de la mayoría, piden en la Revista de Obras Públicas que las obras sean promovidas y ejecutadas por el Gobierno, tanto por su trascendencia y dificultades como por el hecho de que sus beneficios recaen sobre todas las clases sociales.[4] Tales consideraciones, por lo demás, tienen un firme asiento: se hallan directamente vinculadas al hecho de que, por una parte, sus estudios y sus trabajos se desarrollan bajo la protección del Estado, y de que, por otra, los ingenieros resultan especialmente favorecidos por la legislación proteccionista y las ayudas otorgadas para la construcción de la red ferroviaria.

La posición al respecto de Gabriel Rodríguez y Echegaray es, según vimos, muy diferente. Ambos consideran que el Estado no debe inmiscuirse ni en las obras públicas ni en la organización de las Escuelas especiales, y se adhieren a las teorías de Bastiat en este punto con una intensidad que la mayoría de sus colegas no comparte. Si El Economista se caracteriza por criticar las muestras de favor dispensadas a los ferrocarriles, Gabriel Rodríguez recalca sus puntos de vista, en 1860, en la Revista de Obras Públicas, señalando que la intervención gubernamental debe limitarse a las obras de interés militar o a aquellas otras que, por su costo y escasos beneficios, no resulten atrayentes para las empresas particulares.[5] Con el tiempo las

diferencias no hicieron sino incrementarse, y, en 1866, podemos ver por ejemplo cómo se señala en la misma publicación que Rodríguez y Echegaray "han expuesto sobre esta materia las ideas más radicales", frente al sentir generalizado de los ingenieros.[6] De ahí que el decreto-ley por el que se establecen las bases para la nueva legislación de Obras Públicas, redactado por Echegaray en 1868, sea criticado más tarde por sus propios colegas. Pese a que estos últimos se declaran "partidarios" del librecambio, no suscriben el preámbulo de la Ley en el que se afirma que las obras públicas "no constituyen una excepción a las leyes económicas del trabajo humano" y se sostiene la conveniencia de dejarlas en manos de la iniciativa privada. A su juicio, el autor del decreto, al opinar así, se había entregado "al libre impulso del rigorismo de escuela" y no había tenido en cuenta las cuestiones prácticas, pues las obras públicas, como su nombre indica, afectan a la colectividad y por su naturaleza no dejan lugar a otras alternativas ni a los posibles beneficios de la concurrencia.[7]

Ahora bien, la firme adscripción a los presupuestos librecambistas por parte de Echegaray, cabe explicarla atendiendo a otras circunstancias ligadas también al Cuerpo de ingenieros. La protección que el Estado dispensa a estos profesionales, organizando sus estudios y garantizando su trabajo, implica una serie de contrapartidas que repercuten desfavorablemente en aspectos tan decisivos como sus ingresos económicos. Para valorar la importancia de este factor, debemos tener en cuenta que el prestigio de estos profesionales no se corresponde con su remuneración. Sus emolumentos oscilan, según la categoría profesional, entre los cuarenta mil reales de un inspector general y los cinco mil de los aspirantes segundos.[8] Dentro del amplio margen que dejan esas cifras, las cantidades percibidas por Echegaray nos dan idea de la suerte que, por lo general, corren los ingenieros a

mediados de siglo. Concretamente, según las disposiciones que regulan sus honorarios, Echegaray, cuando termina la carrera y parte hacia Almería en 1854 como ingeniero de segunda, cobra nueve mil reales. En 1856, Echegaray es ya ingeniero de primera con un sueldo de doce mil reales y, en 1861, ingeniero jefe de segunda -categoría en la que se mantiene hasta después del Sexenio- con unos haberes de dieciocho mil reales. A ello hay que sumar además una gratificación por sus clases en la Escuela de Caminos que oscila entre tres y seis mil reales.[9]

Evidentemente, resulta difícil calibrar el valor de las cantidades mencionadas. De acuerdo con las estimaciones realizadas por Jose María Jover, la retribución de los ingenieros los coloca holgadamente dentro de las clases medias, cuya frontera se sitúa en los ocho mil reales.[10] Ahora bien, con independencia de estas observaciones, hay un hecho evidente: los sueldos oficiales son un motivo permanente de queja, ampliamente recogido en la Revista de Obras Públicas. Si hacemos caso a las declaraciones de los propios ingenieros, tales ingresos resultan insuficientes, sobre todo "para los que ya en el término de su carrera tienen fijada su residencia en Madrid, donde la vida es ahora tan costosa".[11] Y, desde luego, en su opinión, los emolumentos percibidos no se corresponden, en absoluto, con la dificultad de sus estudios y la importancia de la labor realizada, y, por supuesto, les impiden mantener el nivel de representatividad social a que aspiran. Finalmente, todas las referencias nos hacen ver que, por las expectativas y el renombre del Cuerpo, los ingenieros sufren el típico desasosiego de las capas medias y se encuentran entre los grupos más hostigados por el deseo de reproducir los hábitos de las clases pudientes sin contar para ello con los recursos económicos suficientes.[12] Las consideraciones al respecto de Echegaray son harto significativas y no dejan lugar a dudas:

> Una familia de la clase media, con 15.000 reales vive en la pobreza.
>
> Un obrero, con 15.000 reales al año, es rico. Un burgués, con 15.000 reales, es un verdadero pobre de levita. No puede vestir chaqueta; necesita forzosamente para ciertas ocasiones un traje de frac; tiene que alternar más de una vez con la clase aristocrática; en suma: es todo un caballero, y su esposa toda una señora, y sus hijos no quieren ser menos que los hijos de tal marqués o de tal duque.[13]

A lo anterior se une el hecho de que, a partir de 1860, la estrella del Cuerpo parece declinar. En los años precedentes, el principal incentivo, la posibilidad de ascender en el escalafón se mantiene en parte intacto, como vemos en el caso de Echegaray, pues las obras públicas se multiplican y la plantilla resulta a menudo insuficiente. Sin embargo, la plantilla del Cuerpo se ajusta pronto a la demanda y empieza a estar saturado. El escalafón se paraliza y las expectativas de obtener puestos mejor remunerados se debilitan. El estancamiento de Echegaray como ingeniero jefe de segunda a partir de 1861 es una buena prueba de ello. Finalmente, el Cuerpo comienza incluso a perder algunas de sus más importantes prerrogativas. En 1866, por ejemplo, una R.O. declara que quienes ingresen en las Escuelas especiales no tendrán ya derecho a disfrutar de una pensión durante la carrera ni serán incluídos obligatoriamente entre los miembros del Cuerpo, cuyos honorarios corren a cargo del Estado.[14] No es extraño, pues, que durante la Restauración Eduardo Echegaray, el hermano del dramaturgo, recuerde con nostalgia los años de la Unión Liberal en que los ingenieros apenas si podían hacer frente al trabajo acumulado.[15]

Sin duda, la contrastada capacidad de estos profesionales les hubiera permitido acceder a otros puestos mucho más lucrativos, pero en este punto

el reglamento del Cuerpo se mostraba especialmente severo. Los ingenieros se hallaban sujetos a un estricto régimen de incompatibilidades. Estaban obligados a servir exclusivamente al Estado y necesitaban una autorización especial para trabajar en las obras emprendidas por particulares. Participar en ellas, sin este requisito, implicaba la expulsión del Cuerpo; y, en el mejor de los casos, la licencia suponía dejar correr las escalas y la pérdida de los derechos correspondientes.

Tentados por las ofertas de las empresas privadas, los ingenieros lamentan la imposibilidad de aplicar sus conocimientos en otras ocupaciones y, con frecuencia, solicitan en la Revista de Obras Públicas una mayor libertad. En estos artículos, podemos observar cómo la dependencia con respecto al Estado se convierte en un pesado yugo y promueve la idealización de unas relaciones laborales regidas tan sólo por las leyes de la oferta y la demanda.

La biografía de Echegaray nos ofrece un buen ejemplo de cómo las circunstancias anotadas le empujan en esa dirección y fortalecen su devoción por el librecambio. En efecto, tras contraer matrimonio, Echegaray, limitado también por los problemas económicos, decide recurrir a las clases particulares, aprovechando su prestigio como profesor. El rigor de las pruebas exigidas para obtener el ingreso en la Escuela de Caminos -nos explica en sus Recuerdos- proporcionaban saneados ingresos a buen número de profesores y academias privadas.[16] Echegaray, sin embargo, tropieza con la severa legislación existente. Una R.O. de 1855 obliga a los ingenieros destinados en la Escuela a "dedicarse exclusivamente a la enseñanza de sus respectivas clases" y prohíbe cualquier ocupación no autorizada por la Dirección General de Obras Públicas. Posteriormente, las condiciones para obtener la licencia oportuna se endurecen aún más con la aparición de nuevos decretos

en 1856 y 1857.[17] De esta forma se intenta frenar el trasvase a las compañías privadas, lo cual, a juicio de los rectores del Cuerpo, iba en detrimento de la atención que exige el puesto oficial. Los afectados censuraron sin éxito la medida, alegando que lesionaba, a su juicio, sus derechos individuales y ponía en peligro los estímulos que impulsaban el progresivo perfeccionamiento de los saberes adquiridos durante la carrera.[18] Frente a estos argumentos, la ponderada severidad y los rígidos escrúpulos morales del Cuerpo se impusieron a cualquier otra consideración, y Echegaray se vio afectado directamente por las nuevas disposiciones. No obstante, aunque, según el texto legal, era preciso pedir la excedencia y abandonar la Escuela, decidió dar ese paso, pues sus ingresos en la enseñanza privada superaban con creces los honorarios correspondientes a su sueldo oficial. Desgraciadamente, su solicitud fue denegada y, para no ser expulsado del Cuerpo, se vio obligado a permanecer en la Escuela de Caminos.

Los hechos se volvieron a repetir poco después. Salamanca lo reclamó para la construcción de las líneas ferroviarias italianas, pero sus intentos de obtener la excedencia fracasaron de nuevo. El revés en esta ocasión frustraba las más halagüeñas perspectivas. Precisamente, allí trabajaba, como director de las obras, Brockmann, su compañero de promoción, el cual había decidido abandonar la Escuela y el Cuerpo en 1857 por esta causa. Durante esos años los ingresos de Brockmann constituían casi una leyenda entre sus colegas mientras la Revista de Obras Públicas se hacía eco además del título nobiliario y de los honores conseguidos gracias a sus trabajos en la empresa privada.[19] Por último, es fácil imaginar los sueños que la proverbial generosidad del marqués despertaría en un modesto profesor cuando recordamos que en 1860, Fernández de Córdoba acepta "sin vacilación" el puesto de director de la misma compañía en Roma y asegura, tras su dilatada trayecto-

ria política, que el nuevo puesto "colmaba" todas sus aspiraciones económicas.[20] Vistos estos antecedentes, es preciso tomar con seriedad las encendidas palabras con que Echegaray enlaza, en sus Recuerdos, el relato de los obstáculos mencionados y su pertinaz defensa de los ideales vinculados al librecambio:

> <<¡Libertad e individualismo!>> grité entonces, y éste ha sido siempre mi grito de guerra, que no hay otro compatible con el progreso y la justicia. Todas las demás teorías no son más que errores lamentables, farsas ridículas o ilusiones generosas, pero absurdas.[21]

El fracaso de las intentonas mencionadas tuvo además otras importantes repercusiones. El acercamiento al teatro, según nos comenta el propio Echegaray, guarda una relación directa con la necesidad de remontar las estrecheces económicas. No obstante, la oportunidad de este remedio sólo se manifiesta después del Sexenio, en otras circunstancias apuradas: cuando la proclamación de la Primera República le obliga a vivir en el exilio durante unos meses.

CAP. 7. LA PRESENCIA DE ECHEGARAY EN LAS ASOCIACIONES LIBRECAMBISTAS: LA SOCIEDAD LIBRE DE ECONOMIA POLITICA Y LA ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES. LOS RECURSOS ORATORIOS DE ECHEGARAY.

LA SOCIEDAD LIBRE DE ECONOMIA POLITICA.

Antes de la Gloriosa, los trabajos de Echegaray en favor del librecambio no se redujeron a su participación en El Economista. Un buen número de artículos y de conferencias, así como su integración en la Sociedad Libre de Economía Política y en la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, confirman su interés por las materias y las soluciones esbozadas por los economistas clásicos. La importancia de estas actividades viene dada por el hecho de que le proporcionan, además, cierto renombre y forman la base sobre la que se levanta su trayectoria en la vida pública.

La primera de las asociaciones citadas, la Sociedad Libre de Economía Política, fue constituída por Laureano Figuerola, Manuel Colmeiro y Gabriel Rodríguez, tras acudir como representantes españoles al congreso internacional sobre la reforma de los aranceles, celebrado en Bruselas en 1856. Las reuniones de la nueva asociación se iniciaron el dos de enero de 1857. Echegaray figuró ya entre los primeros asistentes y pronto formó parte de la Junta directiva como secretario. En principio, la tertulia se llevó a cabo en la fonda del Cisne, durante la sobremesa, hasta que al año siguiente, sus miembros, siempre atraídos por el pensamiento y las formas de vida anglosajonas, decidieron sustituir el almuerzo por un té. Las sesiones se

celebraron mensualmente y, en ellas, al hilo de la actualidad, se debatieron los problemas y la situación de la economía española. En ellas resplandecen, por lo demás, la solidaridad de quienes constituyen un grupo diferenciado y buscan un lugar conveniente, al margen de los salones nobiliarios, la algarabía del café, las limitaciones y el tono en exceso solemne de las academias, para exponer libremente sus ideas. Sus componentes, reunidos en torno a una mesa, sin más privilegios que los otorgados por el talento, mantienen una pugna leal y muestran su voluntad de intervenir en las cuestiones e intereses que afectan a sus conciudadanos. Seducidos por la innegable atracción de estas actitudes, la sociedad fue creciendo con rapidez y en sus filas ingresaron importantes figuras de la política, hombres como Alcalá Galiano, Rivero, Olózaga o Sagasta, vinculados por lo general al partido progresista.[1]

En sus inicios, la Sociedad Libre de Economía Política dio a conocer sus ideas y debates por medio de El Economista, La Gaceta del Economista y La Tribuna de los Economistas. Esta última, se editó con una periodicidad mensual e inició su andadura en febrero de 1857. Tuvo como director a Enrique Pastor y entre sus colaboradores nos encontramos con nombres ya conocidos como los de Gabriel Rodríguez, Luis María Pastor, Manuel Colmeiro y Joaquín Sanromá. La Tribuna de los Economistas aparte de exponer los fundamentos del librecambio, recogió íntegramente las discusiones mantenidas en la Sociedad Libre de Economía Política, lo cual nos permite conocer con detalle los razonamientos allí expuestos y seguir, por ende, las primeras intervenciones de Echegaray. Los números correspondientes a La Gaceta del Economista aparecieron entre 1861 y 1868. La revista analizó las relaciones entre la economía y otras disciplinas como la moral, el derecho o la política, y prestó una atención especial a aquellos puntos -la propiedad literaria, la

enseñanza, la beneficencia, la subvención a las artes- en los que la intervención del Estado parece aún necesaria. Se ocupó también de las reuniones celebradas por la nueva asociación, si bien el interés de los trabajos incluidos en La Gaceta del Economista, reside sobre todo en mostrarnos la madurez de sus componentes y los esfuerzos realizados para sistematizar los principios librecambistas.

El objetivo prioritario de la Sociedad Libre de Economía Política consistía en acabar con la ignorancia que a su juicio sustentaba las opiniones favorables al proteccionismo y en mostrar el carácter científico y, por consiguiente, la aplicabilidad sin excepciones del laissez faire. Por lo general, en las discusiones, los asistentes, tras esbozar el problema planteado, se remontaban en seguida a los postulados básicos defendidos por las teorías librecambistas. De esta forma, como dijimos, quienes se acercaban a las obras de Bastiat quedaban impresionados por la sencillez y la eficacia de unos esquemas que, sin gran esfuerzo, les permitían intervenir con una relativa soltura en las polémicas entabladas con sus adversarios.

La primera intervención de Echegaray en la Sociedad Libre de Economía Política se produjo el uno de mayo de 1857, cuando se plantea el siguiente asunto: "Causas que dificultan en nuestro país la aplicación de las máquinas de agricultura"[2]. La actualidad dictaba la cuestión, pues, durante ese año la escasez de cereales y las agitaciones consiguientes invitaban a reflexionar sobre los problemas agrícolas. En esa tesitura, Echegaray esbozó las posibles soluciones, ateniéndose a la ortodoxia librecambista. Concretamente, señaló dos motivos interrelacionados para explicar las deficiencias que con relativa frecuencia sacudían el mercado: la ausencia de capitales interesados en revitalizar las tareas campesinas y la penuria de un consumo que, en modo alguno, estimulaba la producción. Ambos factores, se-

gún Echegaray apuntan, obviamente, a un responsable directo: el régimen protector que "mata el espíritu de iniciativas entre los particulares", "ese espíritu industrial, que es el alma de todo adelanto". Finalmente frente a los que en el debate señalaron la necesidad de agilizar los intercambios mejorando las vías de comunicación e incrementando, sobre todo, la red ferroviaria, Echegaray insistió, al igual que en las páginas de El Economista, en la conveniencia de ajustarse a la demanda existente, y rechazó la tentación de acelerar el proceso con medidas artificiales.[3]

En las sesiones correspondientes al mes de abril de 1858, Echegaray volvió a tomar la palabra para responder a la siguiente pregunta: "¿Conviene, para asegurar mejor el cumplimiento del deber natural que tienen los padres de dar a sus hijos un cierto grado de instrucción, transformar este deber en obligación legal garantizada por las leyes penales?"[4] La oportunidad del asunto escogido por la Sociedad Libre de Economía Política viene dada por la reciente aprobación de la Ley de Instrucción Pública impulsada por Moyano. La exposición de Echegaray nos interesa, en este caso, por dos motivos: por un lado, confirma su desacuerdo tajante con cualquier forma de intervención estatal, en este punto dudoso, incluso, para los economistas clásicos; por otro, nos adelanta el espíritu con que emprende luego, desde el Ministerio de Fomento, diversas reformas educativas. El debate sobre los límites y consecuencias de la enseñanza presupone además una determinada concepción del individuo y de sus vínculos con la sociedad, por lo que las afirmaciones de Echegaray nos permiten, asimismo, conocer el lugar que ocupa dentro del panorama político del momento. Para apreciar las implicaciones de la postura defendida por Echegaray, conviene recordar, por tanto, los criterios que imperan en la discusión.

En los debates a que da lugar la Ley, se observa con claridad como la escuela asume decididamente la responsabilidad de proporcionar unas normas colectivas que garanticen la convivencia y favorezcan la integración de los individuos. Los fines propagandísticos y las cuestiones relacionadas con la salvaguarda del orden establecido ocupan, en consecuencia, un sitio preferente con respecto a la utilidad y aplicación práctica de los conocimientos adquiridos. De acuerdo con estas directrices, el dictamen de la Comisión oficial, al exponer la importancia y los objetivos de la instrucción primaria, afirma que ésta "asegura la paz interior de las Naciones" y constituye "la base firmísima del orden social". Por este motivo, el texto llevado a las Cortes hace hincapié en la necesidad de divulgar las obligaciones del individuo, es decir, "lo que se debe a sí mismo, lo que debe a su familia, lo que debe a sus conciudadanos, lo que debe a su Patria y lo que debe a su Criador".[5]

Al tratar este tema, en los discursos pronunciados en las Cortes, se aprecia claramente la sensación de inseguridad con que ciertos sectores observan el progresivo desmoronamiento de la sociedad tradicional y la pérdida de unas funciones asignadas a la Iglesia. Para los grupos más conservadores, extender la educación de acuerdo con las pretensiones del gobierno representa un peligro inmediato. Según exponen sus portavoces en el Congreso -Orovio, Tejado-, la ignorancia es un mal, pero la cultura puede introducir otros mayores y propicia la popularización de las ideas socialistas. Tales voces apenas se oyen, sin embargo, en la Sociedad Libre de Economía Política. Para los economistas, el problema radica en averiguar si la enseñanza obligatoria atenta contra los derechos del individuo y la libertad que, invariablemente, predican en sus escritos. No obstante, algunos comparten los resquemores mencionados y denuncian las insuficiencias del pro-

yecto legal. Don Juan Bona manifiesta así que "una instrucción imperfecta es peor que la misma ignorancia", pues facilita la lectura de coplas populares repletas de "supuestos hechos y dichos absurdos, erróneos, atroces y altamente inmorales". "Yo tengo más miedo cuando paso por un puesto de esas coplas -confiesa con una claridad encomiable-, que cuando paso por el Parque de artillería, porque esas coplas tienen perdida casi toda la humanidad". Por ello reclama una libertad absoluta y se muestra contrario a cualquier reglamento dictado por el gobierno que proporcione "la instrucción limitadísima e imperfecta de sólo saber leer y escribir".[6]

En la Sociedad Libre de Economía Política, de acuerdo con el talante progresista de sus componentes, la mayoría se muestra a favor de la educación obligatoria. Colmeiro, Figuerola y Jiménez Serrano, opinan que el Estado debe promover la escolarización e indican que de esta manera se facilita, por una parte, el desarrollo de la industria y se contribuye, por otra, a evitar los delitos y las pasiones criminales sin recurrir a la violencia. En líneas generales, sus puntos de vista coinciden con las propuestas del partido progresista y del partido democrático, y, contra lo que pudiera parecer, recogen al mismo tiempo los argumentos expuestos por los economistas liberales. Para Adam Smith, por ejemplo, la iniciativa privada debe ocuparse de las instituciones universitarias, pero no cabe aplicar el mismo planteamiento a la primera enseñanza. El economista inglés, enlazando con el talante paternal y las necesidades propagandísticas de la Ilustración, estima que el gobierno está obligado a "fomentar la instrucción del pueblo" y debe intervenir, incluso, para que no cunda la negligencia entre profesores y alumnos.[7] Pero, en este apartado, nada tan concluyente como las opiniones de Juan Bautista Say, para quien las responsabilidades del Estado resultan ineludibles. Con una claridad difícil de superar, Say contradice en este

punto las normas genéricas del librecambio y aduce, en favor de la enseñanza obligatoria, una serie de razonamientos vinculados tanto a las exigencias de incrementar la producción como a la necesidad de proteger el orden instaurado: por un lado, "cada individuo cumplirá mejor con su empleo, cuanto mejor conozca la naturaleza de las cosas y cuanto más instruído esté"; por otro -nos advierte-, "un obrero estúpido no comprenderá jamás, cómo el respeto de la propiedad es favorable a la prosperidad pública (...) y mirará todos los grandes bienes como una usurpación".[8]

Pese a que la obligatoriedad y el carácter gratuito de la enseñanza en sus primeros grados son defendidos con sólidos argumentos por los grupos progresistas, Echegaray y Gabriel Rodríguez adoptan una postura por completo diferente. Para este último la instrucción obligatoria carece de fundamento, pues las obligaciones de los progenitores con respecto a sus hijos afectan "a la conservación pura y simple de su organismo"[9]. Los padres tienen, ciertamente, el deber de ayudarles en la medida de su posibilidades para que mediante la enseñanza consigan cambiar de posición, pero se trata de un compromiso que no puede ser exigido penalmente. Por otra parte, según Gabriel Rodríguez, cualquier reglamentación que intente variar la situación descrita, está condenada de antemano al fracaso: tales medidas son innecesarias en las clases ilustradas y, en las menesterosas, los gastos relacionados con la educación suponen en muchos casos privar a las familias de unos instrumentos de trabajo imprescindibles.

Al igual que Gabriel Rodríguez, Echegaray se separa de los restantes oradores y mantiene en la Sociedad Libre de Economía Política un planteamiento radical. A su juicio, la nueva ley, al declarar obligatoria la instrucción primaria, implica que el Estado absorve la enseñanza y la controla a fin de garantizar su cumplimiento. El proyecto aprobado por las Cortes contravie-

ne, pues, una de las normas asentadas firmemente por Bastiat, cuyas opiniones al respecto son terminantes: "Todos los monopolios son detestables; pero ninguno lo es tanto como el monopolio de la enseñanza".[10] Para Echegaray, la enseñanza gratuita supone además "dar de balde esa instrucción al que no pueda pagarla", y nos introduce, por consiguiente, en las teorías propagadas por el comunismo. Para no incurrir en esas equivocaciones, es preciso fomentar las instituciones privadas y dejar a "cada padre en absoluta libertad para enseñar a su hijo en la forma y modo que mejor crea, y escogiendo los maestros que mejor le parezca". "Dejar a las leyes naturales ejercer su benéfico influjo", seguir las leyes generales de la oferta y la demanda, esperar a que los propios interesados comprendan las ventajas de la instrucción, es de nuevo el único camino válido para atender los problemas de la enseñanza.

La necesidad de defender los planteamientos de Bastiat le lleva además a manifestar con crudeza -y no sin cierta razón- alguna de las contradicciones existentes en las propuestas de quienes piden una enseñanza obligatoria y uniforme. No sólo pone en duda la utilidad de las disciplinas universitarias tradicionales en favor las nuevas ciencias, como hace Adam Smith, sino que plantea incluso la eficacia de los conocimientos más elementales. Las palabras de Echegaray no pueden ser más cáusticas al enjuiciar los proyectos formulados:

> El niño aprenderá a leer, escribir y contar; cuatro recetas para curar la enfermedad tal o cual del ganado; una argumentación en regla para probar que la carretilla es preferible al capazo; y un cuadro completo de sistemas de cultivo (...); conocimientos inútiles, conocimientos estériles en el medio social en que ha de vivir el niño, y que después de todo, en este caso al menos, no valen lo que un azadón, un legón u otro instrumento material; porque de nada le sirve saber leer, si no tiene libros; ni saber

> contar, si ha de contar sólo días de hambre y de miseria; ni curar un ganado que no existe; ni elegir en su imaginación una carretilla que no puede comprar; ni haber aprendido esos diversos sistemas de cultivo, si toda su tierra es la fosa común del cementerio.[11]

Echegaray viene así a repetir los argumentos expuestos por El Economista cuando se elabora el proyecto aprobado por las Cortes. El periódico, en efecto, ataca "el principio socialista de enseñanza obligatoria" y considera absurdos los esfuerzos encaminados a difundir sus beneficios entre quienes apenas pueden subsistir. A su juicio, "si el hombre experimenta la necesidad de comprender y admirar los misterios del mundo que les rodea, es después de satisfacer cumplidamente las necesidades materiales". Cualquier disposición que no tenga este punto de partida resulta, en consecuencia, inútil y atenta contra los derechos del individuo.[12]

La ilimitada confianza puesta en los escritos de Bastiat coloca a los redactores de el Economista, según vemos, en una extraña posición. Les lleva así a rechazar las tesis sustentadas no sólo por sus compañeros sino también por moderados, progresistas y demócratas, y les hace coincidir, en cierto sentido, con quienes estiman innecesario o peligroso extender los conocimientos de las clases desprovistas de recursos económicos. Contra lo que pudiera parecer, la actitud de Echegaray no constituye un hecho accidental, desprovisto de significado. En los años que preceden a la Gloriosa, los redactores de El Economista adoptan con frecuencia posturas radicales y, en nombre de la ciencia y la libertad, promueven, ante el regocijo de los conservadores, diversas querellas entre los partidos de la oposición. Gabriel Rodríguez y Echegaray, como representantes e insobornables paladines de la razón, se sitúan de esta forma en un plano superior y procuran siempre mantenerse al margen de las formaciones políticas liberales. Se

convierten así en unos compañeros de viaje sumamente incómodos y, como veremos, llegan, incluso, a ser en buena parte responsables de las escisiones que surgen en el partido democrático de 1860 en adelante.

LA ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Entre los movimientos organizados por los librecambistas, la Asociación para la Reforma de los Aranceles fue sin duda la que obtuvo un mayor renombre. Fundada en 1859, llevó a cabo una eficaz labor de propaganda hasta 1869, año en que el ascenso de sus miembros en la vida pública y las medidas adoptadas por Figuerola, desde el Ministerio de Hacienda, consolidaron legalmente sus proyectos. Posteriormente, en 1879, la Asociación reanudó sus actividades, tras la publicación de los decretos que derogaron, en la práctica, la Ley de Figuerola. Durante todos esos años, la Asociación procuró llamar la atención del país e intentó promover un movimiento que favoreciese la supresión progresiva de los aranceles establecidos. En ella, encontramos, por tanto, los mismos nombres que en la Sociedad Libre de Economía Política -Figuerola, Colmeiro, Sanromá, los hermanos Bona, Sagasta, Benigno Carvallo, Andrés Borrego-, junto a otros tan destacados como los de Cánovas, Jose María Orense, Castelar, Eduardo Chao, alguno de los cuales abandonarían luego el movimiento y se pondrían la servicio de la causa contraria.[13]

En principio, presidió la Asociación el ex ministro Luis María Pastor, distanciado en estos momentos de los moderados, y, en su Junta directiva, figuraron Gabriel Rodríguez y Echegaray como secretarios. Las reuniones tuvieron lugar en los locales de la Bolsa, en la Plaza de la Leña, y con ellas se popularizaron los mítines en España.[14] Sin embargo, la Asociación pronto buscó un escenario más adecuado que aumentara la resonancia de sus

debates y que no tuviese los inconvenientes del anterior, un tanto incómodo y alejado del Centro. Por este motivo, sus componentes trataron sobre todo de hacer oír su voz en el Ateneo y vieron compensados sus esfuerzos cuando la institución les cedió sus locales para organizar un ciclo de conferencias durante el curso 1862-63.

Las actuaciones y los procedimientos de la Asociación responden al modelo forjado por Cobden y la Liga contra el impuesto de los cereales. Se trata, pues, de un movimiento que aspira a reformar las leyes vigentes mediante la discusión y el diálogo. Con independencia de los resultados inmediatos, sus miembros se caracterizan por su entusiasmo y confían plenamente en la eficacia de la propaganda realizada. En la sesión inaugural así lo confirma Gabriel Rodríguez, el cual proclama, entre aplausos, su fe en las virtudes de la palabra y su infatigable optimismo:

> Caminaremos con paso tranquilo y mesurado, pero firme e incontrastable, sin dejarnos alucinar por las ilusiones ni abatir por el desaliento; (...) con el consuelo de que otros, más adelante, cogerán el fruto de la semilla derramada que no puede ser infecunda, porque no lo es nunca la semilla de la verdad.[15]

La Asociación para la Reforma de los Aranceles, al igual que la Sociedad Libre de Economía Política, editó una serie de folletos y buscó el apoyo de una serie de publicaciones, entre las que destacan El Eco de la Ley, El Crédito y La España Mercantil. De ellas nos interesa dar cuenta sobre todo las características de El Eco de la Ley. Periódico de Jurisprudencia, Administración y Notariado, el cual acogió varios artículos de Echegaray. El nuevo semanario, dirigido por Jose María Pantoja, apareció en abril de 1859 y entre sus colaboradores figuraron además Sanromá, Figuerola y Gabriel Ro-

dríguez, los representantes, quizá, más comprometidos con la divulgación de las ideas librecambistas durante estos años. En diciembre de 1859, El Eco de la Ley anunció su fusión con La España Jurídica, y señaló su deseo de abrazar, "al mismo tiempo, las ciencias morales y políticas". De acuerdo con esta declaración de intenciones, aunque se ocupó principalmente de las cuestiones judiciales y administrativas, abrió también sus páginas a los economistas y se interesó sobre todo por sus opiniones sobre el derecho y la moral. En sus números ordinarios informó a sus lectores sobre las actividades emprendidas por la Sociedad Libre de Economía Política, y en sus suplementos recogió, integramente, los discursos pronunciados en los mítines de la Asociación para la Reforma de los Aranceles. Finalmente, el periódico fue absorbido, en 1861, por la Revista General de Legislación y Jurisprudencia.

LOS RECURSOS ORATORIOS DE ECHEGARAY.

Echegaray se presentó, por vez primera, ante el público que acudía a los locales de la Bolsa, en noviembre de 1859. Con anterioridad, la habilidad dialéctica de Echegaray, "la magia de su palabra", había llamado la atención de sus compañeros, pero es, ahora, ante el auditorio que le proporciona la Asociación, cuando logra el reconocimiento público por la energía y vivacidad de sus intervenciones. Quienes asistieron a sus discursos contemplaron con admiración la facundia y fogosidad del orador, y con sus aplausos consolidaron el uso de una serie de artificios y procedimientos característicos. La importancia de los mismos no se mide sólo por su relación con la índole y los fines del movimiento librecambista, sino también por el hecho de que nos adelantan, como luego veremos, algunos de los recursos em-

pleados por Echegaray en sus dramas. Merece, pues, la pena detenerse un momento y prestarles cierta atención.

De acuerdo con el carácter pacífico de sus organizaciones, los librecambistas rehuyeron siempre los métodos violentos y llevaron a cabo sus campañas por medio de la prensa o la tribuna. Sus actividades nos colocan, pues, ante una contienda en la que las argucias dialécticas y los procedimientos retóricos desempeñan un cometido primordial. Los escritos de Bastiat nos dan una prueba de ello. Con independencia del valor de sus argumentos, el estilo de sus ensayos despierta la admiración de sus seguidores, a mediados de siglo, e incluso, hoy día, recibe los elogios de quienes se acercan a sus textos.[16] Los lectores de la época subrayan su amenidad y señalan expresivamente la distancia que separa a las obras de Bastiat de los anteriores manuales, cuya aridez "bastaba -en palabras de Sanromá- para retraer a los más celosos".[17] Asimismo, otros rasgos formales, la claridad de sus exposiciones, la desenvoltura a la hora de escoger las imágenes y los ejemplos más apropiados, el uso acertado de los resortes cómicos y la habilidad para predisponer en su favor a los lectores, son unánimemente reconocidos por sus discípulos y adversarios, y nos hablan del cuidado con que Bastiat escribe sus trabajos.

La estrategia forjada por Bastiat gira en torno a un hecho ineludible: el escaso eco y, a veces, el rechazo frontal que sus argumentos encuentran en la opinión pública. Los partidarios del librecambio están obligados a desplegar una actividad extraordinaria y deben emplear sus recursos con sumo tacto, pues las ideas defendidas por sus oponentes cuentan con el apoyo de una mayoría que las acepta rutinariamente. Los defensores de la protección juegan, en efecto, con una ventaja considerable: "Pueden exponer una verdad incompleta en la simple enunciación de una palabra, mientras que nosotros

-señala Bastiat- necesitamos de áridas y cansadas disertaciones para demostrar que es incompleta".[18]

El estilo de las Armonías económicas responde, pues, a unas circunstancias y a unos objetivos concretos. La primera tarea, para los seguidores de Bastiat, consiste en eliminar los sofismas y las connotaciones negativas que los proteccionistas han creado en torno a los vocablos utilizados por el librecambio. Tal y como indica Luis Pastor, en el acto fundacional de la Asociación para la Reforma de los Aranceles, "se ha abusado escandalosamente de las frases: protección a la industria, trabajo nacional y otras semejantes; y el día en que se haya logrado presentar exactamente definidas estas voces, habrá andado la Asociación lo más áspero de su camino".[19] De acuerdo con estos planteamientos, los escritos de Bastiat se caracterizan ante todo por la sencillez y por la insistencia con que repiten los principios axiales del librecambio. Ambos rasgos nos muestran los afanes didácticos de su autor así como la necesidad de adaptarse a los medios ocasionales -la prensa o el mitin- con que cuenta para exponer sus ideas. Por otra parte, conviene recordar que, siguiendo los criterios difundidos por los ilustrados, la claridad no surge aquí como un requisito más o menos encomiable, sino como un fiel acompañante de la verdad y constituye, por sí misma, una prueba concluyente. Cuando resume los puntos esenciales de sus tesis, el propio Bastiat lo expone de forma inequívoca: "La idea dominante de este escrito, la armonía de los intereses es sencilla. ¿No es la sencillez la piedra de toque de la verdad?"[20] Frente a las galas retóricas que envuelven los argumentos proteccionistas, Bastiat presenta, en cambio, sus palabras como la verdad despojada de cualquier artificio; insiste en el carácter instrumental de los recursos estilísticos empleados en sus ensayos e inclu-

ye a la metáfora y a la metonimia entre los principales "enemigos" de la economía política.[21]

Ciertamente, para vencer las resistencias iniciales y captar el interés del público, poco dado, en principio, a interesarse por las farragosas disertaciones de los economistas, Bastiat despliega en sus ensayos numerosos recursos, entre los que destacan los diálogos y las pequeñas fábulas que entretienen al lector con las réplicas animadas y le acercan a las cuestiones más complejas casi sin esfuerzo. Ahora bien, lo que define el estilo de Bastiat y le proporciona sus mayores triunfos es sobre todo su ingenio para recrear tipos, personajes que encarnan los argumentos del proteccionismo, o para concebir situaciones que ridiculizan los mezquinos intereses de sus contrincantes. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el señor "Prohibo" o con las quejas que, en uno de sus artículos más alabados, profieren los fabricantes de candelas, irritados por la "desleal competencia" del sol.[22] La eficacia de este recurso viene dada por la naturaleza de los argumentos expuestos por los proteccionistas, los cuales logran, en buena parte, el asentimiento del público mediante sus apelaciones al patriotismo o a los intereses de los industriales y trabajadores del país. Para romper las adhesiones emocionales que tales alegatos suscitan, Bastiat recurre con frecuencia a las parodias y las alusiones festivas, y de este modo reduce a su verdadero nivel las altisonantes palabras con que los proteccionistas mezclan sus intereses personales y los de la colectividad. No es extraño, por tanto, que, a partir de las obras de Bastiat, el humor se incorpore como una pieza básica dentro de la estrategia desarrollada por los librecambistas y se convierta, incluso, en santo y seña del movimiento.

Los artículos y los discursos pronunciados por Echegaray en la Asociación para la Reforma de los Aranceles, no aportan ninguna novedad por lo que se

refiere al contenido. Insisten machaconamente en las ideas ya comentadas y destacan, si acaso, por la fidelidad con que siguen las líneas trazadas por Bastiat. Para quienes escuchan sus palabras, no sólo se trata de algo obvio, sino que, a su juicio, el mérito de Echegaray reside precisamente en la habilidad con que reproduce los recursos puestos en boga por las Armonías económicas. "Para darle una idea de lo que juzgamos su discurso -nos comenta uno de los asistentes, Enrique Pastor-, les diremos que algunos espectadores y peritos en la materia creían soñar un folleto de Bastiat".[23] Ningún comentario podía ser tan lisonjero para el joven ingeniero ni podía reflejar mejor la eficacia y la impresión que producen sus intervenciones.

De acuerdo con los objetivos planteados por la asociaciones librecambistas, Echegaray persigue ante todo la claridad y la sencillez en la exposición de sus ideas. Las imágenes, las comparaciones, los símbolos, acompañan a cada uno de sus argumentos. En los debates ya comentados sobre la enseñanza, podemos ver cómo recurre al mito de Prometeo o a la relación entre un escultor y su obra, para explicar los vínculos y las obligaciones existentes entre los padres y los hijos.[24] Aunque "el fuego de sus imágenes, la valentía de los rasgos con que materializa las ideas más abstractas",[25] obtienen el respaldo de sus correligionarios, el afán por establecer una equivalencia sorprendente se convierte, a veces, en una servidumbre peligrosa y le hace caer en símiles poco afortunados. Así, el acercamiento que el librecambio promueve entre las naciones, es comparado en una de sus intervenciones con la unión "de dos buques cuando van al abordaje", lo cual permite a sus oponentes recordar el hecho de que, en esas circunstancias, "uno de los dos buques, naturalmente el más débil, es echado a pique o arrastrado prisionero por el más fuerte".[26]

Echegaray, incorporado con asiduidad a las polémicas sostenidas por los economistas, no olvida tampoco la conveniencia de apelar directamente a los sentimientos del auditorio. Según dijimos, una recia cadena de connotaciones negativas envuelve a las ideas promovidas por el librecambio y obstaculiza su difusión. En sus Recuerdos, Echegaray menciona explícitamente la intensidad y la naturaleza de los ataques recibidos:

> Por lo de individualistas casi se nos consideraba como enemigos de la sociedad y con inclinaciones al estado salvaje.
>
> Y por lo de economistas se nos miraba como a hombres sin corazón, que a las leyes rígidas, frías y brutales de la ciencia económica, sacrificaban sin piedad los más nobles arranques del corazón, toda compasión y toda lástima.[27]

Para invertir el curso de la corriente y poner de manifiesto el egoísmo de quienes defienden los aranceles, Echegaray no vacila, por tanto, en componer todo tipo de escenas melodramáticas. Si en los debates sobre la introducción del papel extranjero, recuerda a sus oyentes cómo "la pobre madre espera carta del soldado"[28], en las conferencias dadas en el Ateneo por los librecambistas, pone en juego todos sus recursos e imaginación y nos hace ver la cadena de males que generan los intereses de los representantes de la industria textil:

> "El invierno es crudo: una pobre mujer camina lentamente sobre la nieve: tiene frío, y procura abrigarse con un mantón de lana; pero hay demasiada lana en el mantón, y la industria nacional no puede ser tan pródiga de materias primas. (...) Verdad es que la pobre mujer tirita de frío ¡y el frío hace tanto daño a los pobres: les hiela la sangre que es la vida!, y se muere de frío; y sus hijas se quedan sin madre; y nadie les enseñará que hay un Dios en el cielo, y honra y virtud en la tierra; y crecerán en el fango; y serán fango después; y al fin morirán en el hospital."[29]

Junto al uso constante de aquellos recursos que intentan hacer asequibles los principios esenciales del librecambio, Echegaray impresiona también a sus oyentes por la agresividad con que censura a los partidarios del proteccionismo y denuncia la relación existente entre sus ideas y sus intereses particulares. Para los economistas liberales como para los grupos políticos más radicalizados, la virulencia del lenguaje se corresponde con la fuerza y la veracidad de las ideas defendidas.[30] Por este motivo, en sus discursos, Echegaray, espoleado por la fe puesta en su causa, fustiga sin descanso "el acto odioso y repugnante de la protección", "un monstruo más hambriento cuanto más devora".[31] Pero, por encima de esa faceta, sobresale su ingenio para ridiculizar a sus adversarios; sus oyentes se sienten atraídos por "su espíritu epigramático y picante", por el tono burlón que asoma de continuo en "la chispeante palabra del señor Echegaray".[32] La ironía, las caricaturas, los juegos de palabras, el acierto a la hora de establecer comparaciones ingeniosas o desproporcionadas, salpican sus discursos de alusiones maliciosas que provocan continuamente la sonrisa del público. Rompen, tal y como ocurría en los escritos de Bastiat, el cerco establecido por "las palabras cabalísticas y de mágico poder" utilizadas por sus contrincantes para esconder la fuente de sus injustas ganancias. Vemos así cómo denuncia la picaresca de los fabricantes, acostumbrados a hacer "su agosto y su gusto", o cómo subraya "las altas y profundas miras" de los proteccionistas, de cuantos reclaman aranceles más gravosos, "tan altos como las chimeneas de sus fábricas, tan profundos como las galerías de sus minas".[33]

Con estos recursos, Echegaray obtiene continuos éxitos y afianza su reputación como orador. La crónica de una de sus intervenciones resume las no-

tas señaladas y nos informa cumplidamente sobre las reacciones del auditorio:

> El público que llenaba la sala del Ateneo, le prodigó arrebatado los aplausos y los plácemes. Este entusiasmo no admirará seguramente a quien haya oído una vez al señor Echegaray; su estilo cortado y enérgico, su palabra franca y entusiasta (...), la inmensa habilidad con que dispone del ridículo y la mezcla con lo sublime, la severidad de su lógica, la energía de su entonación, todo, en fin, viene a dar a su palabra el encanto y la elocuencia que han sentido cuantos le escuchan.[34]

Los diarios, sorprendidos por el tono empleado por Echegaray, lo presentan como "un apasionado sectario de la escuela económica", siempre dispuesto a entrar en liza por la firmeza de sus convicciones.[35] No obstante, el comentario se convierte a veces en un reproche, pues el tono festivo de sus palabras no concuerda con el supuesto rigor de sus tesis. Así lo corrobora, por ejemplo, la rapidez con que sus oponentes se aprestan a componer una figura más ecuánime y serena, y el tono desdeñoso con que refieren el éxito de las acometidas verbales lanzadas por Echegaray. "Prescindiremos -se dice en la reseña de uno de sus discursos- del exordio y de los chistes con que el orador se propuso y consiguió divertir al auditorio, y nos ocuparemos de los argumentos".[36] Para salir al paso de estas acusaciones, Echegaray resalta el carácter instrumental de estos recursos. La protección se presenta ante la opinión pública "vestida y adornada", por lo que es preciso -nos indica- despojarla de sus falsos atavíos y adjetivos sonoros.[37] Las alusiones, las palabras puestas en boca de los personajes, popularizados por Bastiat, que encarnan la codicia e incongruencias de quienes avalan al proteccionismo, son, por esta causa, un medio eficaz y legítimo de combatir los sofismas empleados por sus adversarios. Sus palabras, por tanto, pese a la agresividad y los tonos caricaturescos que a veces adquieren, simplemente ponen

en práctica un recurso pedagógico. En efecto, del mismo modo que "a veces el escritor dramático necesita crear un personaje que represente y simbolice a tal o cual idea (...), así también nos vemos obligados -nos advierte Echegaray-, a crear ese tipo, ese personaje, eso que se llama fabricante, y ese otro personaje que se llama proteccionista".[38]

El mismo, a sabiendas de la tendencia que le incita a emplear la burla, recalca a veces su deseo de "discutir tranquila y desapasionadamente, con calma, con templanza". No en vano, como reconoce seguidamente, "soy también uno de los que más necesitan esta recomendación, porque a veces mi modo de decir me lleva a pesar mío a la ironía". Sin embargo, sus intenciones quedan pronto relegadas y la risa cunde entre el público cuando recuerda las censuras que sus oponentes dirigen contra el librecambio, esto es, contra ese "otro segundo conde don Julián, que ya que no a moros, a productores extranjeros, que peores son que moros para algunos, abría traidor y desleal las puertas de su patria".[39]

Ahora bien, la actuación de Echegaray, como dijimos al ocuparnos de las polémicas sostenidas por el Economista, responde a un plan fijado de antemano. Por una parte, los miembros de la Sociedad Libre de Economía Política y de la Asociación para la Reforma de los Aranceles, convencidos de que la discusión disipa los errores y engendra siempre la verdad, se esfuerzan en todo momento por avivar la polémica. Por otra, la burla, los comentarios retadores, componen un medio excelente de llamar la atención e incitar al adversario para que mida sus fuerzas con un grupo reducido y sin apenas peso en la vida pública. "El silencio, la indiferencia es el arma que más daña a la ciencia; y a esa indiferencia queremos oponer -indican los redactores de El Economista- algo que estimule, algo que atraiga la atención, una cosa como el guante que se arroja a la cara del que permanece in-

diferente a las provocaciones"[40]. De acuerdo con esta táctica, podemos ver cómo los encargados de presidir los actos organizados por los librecambistas azuzan sin descanso a sus contrincantes y le invitan con retintín a defender sus posturas. "Siento que nadie pida la palabra en contra -señala don Gregorio López Mollinedo, vicepresidente de la Asociación-, tanto más cuanto que veo en la reunión algunos proteccionistas decididos. Les suplico por última vez que hablen"[41].

Con frecuencia, los debates y los artículos de los librecambistas se convierten, por este motivo, en un instrumento encaminado no a suscitar una reflexión teórica sino a provocar otro discurso. Encontrar un antagonista, refutar sus argumentos, se erige así en el objetivo primordial de estos encuentros y determina incluso la estructura de sus trabajos e intervenciones. Echegaray, en su afán por reproducir las vicisitudes de la polémica, fabrica sus propios contrincantes, compone sus trabajos en forma de animados diálogos, y afirma a veces haber escrito un artículo "puramente proteccionista", para poder rebatir luego, paso a paso, los argumentos anotados.[42] Con arreglo a estas pautas, la eficacia de Echegaray en las tareas de propaganda resulta indudable. No sólo los aplausos que acompañan a cada una de sus intervenciones sino sobre todo las réplicas y las reseñas de los periódicos favorables al proteccionismo nos indican hasta qué punto sus palabras hacen mella en las filas de sus adversarios.

La agresividad y el espíritu zumbón de los discursos proferidos por Echegaray no constituyen, pues, un caso aislado. Si los discursos en pro del librecambio se caracterizan por utilizar un vocabulario repleto de connotaciones belicistas, los componentes de estas asociaciones se distinguen a su vez por hallarse siempre preparados para "<u>combatir</u> con las <u>armas</u> de la discusión y el raciocinio" los asertos de los proteccionistas.[43] De ahí los tér-

minos rotundos con que Echegaray define la oratoria de Gabriel Rodríguez: "Su arma era la lógica, y la manejaba como nadie; unas veces era estoque que atraviesa el corazón; otras, espada que raja, y, al fin, maza que aplasta".[44] Expresiones que no parecen estar desencaminadas cuando, precisamente, el propio Gabriel Rodríguez confiesa, durante estos años, que su antipatía por el proteccionismo, "el deseo que tengo de verlo execrado y anatematizado", le han granjeado con justicia reputación casi de "maniático".[45] Vistos estos antecedentes, no es extraño, por tanto, que Echegaray, animado por el mismo espíritu que su mentor en estas lides, se dirija al auditorio de la Asociación y, haciendo referencia a las tesis de sus adversarios, proclame sus intenciones de forma no menos concluyente: "Combato el error, y le combato con energía, con vigor, allí donde le hallo o creo hallarle".[46]

CAP. 8. LA ACTIVIDAD SOCIAL Y POLITICA DE LOS LIBRECAMBISTAS. PRIMERAS INTERVENCIONES DE ECHEGARAY EN EL ATENEO.

LAS ASPIRACIONES DE LOS ECONOMISTAS Y SU ACTITUD CON RESPECTO A LA POLITICA.

Las actividades de los librecambistas no se detuvieron en el marco creado por sus agrupaciones. El relieve de los componentes de la Asociación para la Reforma de los Aranceles, la nutrida concurrencia a los mítines celebrados en la Bolsa y la importancia que las publicaciones de carácter miscelá-neo prestaron al análisis de los mecanismos financieros, les animaron en seguida a traspasar otros umbrales. A partir de 1859, los librecambistas intervinieron con frecuencia en el Ateneo, participaron en diversas empresas culturales y colaboraron activamente con los grupos que promovían la renovación de la sociedad española. La búsqueda de otros tribunas que difundieran de forma más eficaz sus puntos de vista, y los contactos que mantuvieron con los discípulos de Sanz del Río y con los demócratas individualistas que capitaneaba Castelar, les obligaron, por otra parte, a definir su posición en la vida pública y a enunciar con mayor claridad sus inquietudes y aspiraciones. A partir de esa fecha, podemos observar, en efecto, cómo, sin abandonar la crítica pormenorizada de las medidas económicas aplicadas por el gobierno, la ética, la filosofía y los problemas políticos de actualidad ocupan un espacio cada vez mayor en sus escritos y discursos.

Las nuevas iniciativas y la amplitud de las materias tratadas por los economistas no suponen ninguna sorpresa. Constituyen, a decir verdad, el

desarrollo lógico de un proceso establecido de antemano. La Economía política manifiesta desde sus orígenes la misma tendencia. Si los razonamientos de Adam Smith incluyen una reestructuración completa de la sociedad con arreglo a las nuevas premisas, el principal atractivo de las ideas expuestas por Bastiat reside, como vimos, en ofrecer también una interpretación omnímoda de la realidad. Los librecambistas españoles, al exponer sus ideas en otros escenarios y al abordar cuestiones más complejas, se limitaban, por tanto, a seguir la misma trayectoria y, al mismo tiempo, daban curso a unas ambiciones profundamente arraigadas entre los jóvenes profesionales que integran sus asociaciones.

No obstante, en este proceso de apertura a los problemas e inquietudes de la sociedad española, los economistas llevaron a cabo un doble juego y procedieron siempre con suma cautela. La actitud y la estrategia que mantuvieron con respecto a la política, resulta, en este sentido, muy significativa: por un lado, nos da la medida exacta de sus aspiraciones, y, por otro, nos muestra la habilidad con que sortean los riesgos de la política e intentan plantear la polémica en un terreno adecuado a sus capacidades. Pese a que no desconocen las implicaciones de sus puntos de vista así como las relaciones existentes entre las libertades económicas y las normas que regulan la participación del individuo en la sociedad, procuran deslindar ambos campos. Los librecambistas proclaman, en efecto, su independencia con respecto a los partidos, recordaron la asistencia a sus mítines de políticos vinculados a distintas formaciones -Cánovas, Alcalá Galiano, Olózaga, Luis Pastor, Castelar- y exponen en repetidas ocasiones su deseo de ocuparse sólo de aquellos asuntos en los que las leyes económicas proporcionan un guía seguro. En sus intervenciones, la política aparece incluso como el lí-

mite ante el cual resulta obligado detenerse, aun a riesgo de conceder una ventaja a sus oponentes:

> La escuela librecambista -afirma el presidente de la Asociación para la Reforma de los Aranceles al abrir una de sus sesiones- cree que no sólo no es conveniente, sino que es injusta la intervención del Estado en el ejercicio de los derechos individuales (...) Pero como esta cuestión se halla fuera de nuestro alcance, como sería peligroso tratarla en este sitio y expuesto a invadir el terreno de la política que nos está vedado, considero oportuno anticipar ahora que nosotros concedemos para que pueda tratarse la cuestión ampliamente en el terreno puramente económico, que el Estado tiene aquel derecho.[2]

Ciertamente, la asiduidad con que los economistas resaltan la necesidad de obrar con prudencia y subrayan su intención de perseguir unas reformas concretas, no obedece sólo a motivos dictados por el temor a las represalias gubernamentales. Una serie de razones tácticas les invitan a celar, en parte, sus propósitos y a cubrir sus actividades con el manto de la ciencia. Por una parte, la militancia de muchos de sus componentes y el fervor con que defienden la libertades del individuo provocan no pocos recelos y falsas interpretaciones entre quienes creen -según nos refiere Alcalá Galiano- que "con debilitar la barrera que estorba o dificulta el tráfico de unos pueblos con otros, queda franco el campo, no sólo a los productos del trabajo, sino a las ideas de confusión y desorden, y a los furores del gobierno popular y de la anarquía".[3] Por otra, debemos recordar que la apelación a la ciencia como un instrumento neutro, por parte de los economistas, los sitúa en una posición privilegiada: destaca la importancia de su labor y transforma sus hipótesis en principios universales que deben ser aplicados sin excepciones. De ahí el afán con que subrayan el rigor de sus hipótesis y el indisimulado desdén con que observan las contiendas de los

partidos. Para todos ellos, como señala enfáticamente Bastiat, "la ciencia es una reina cuya marcha debe ser desembarazada y libre. La atmósfera de bandería la mata."[4]

La reducción voluntaria a los contornos trazados por los problemas económicos y el despego con que observan las actividades políticas, no deben, por tanto, engañarnos. Ofrecen, como vimos al hablar de los ingenieros, unas contrapartidas estimables y constituyen una forma de reclamar un puesto de mayor relieve en la dirección de la sociedad. De esta forma, la Economía política se resguarda, por un lado, de los ataques dirigidos por los grupos conservadores y se convierte, por otro, en el mentor de la sociedad mientras los diferentes gobiernos quedan reducidos al papel de simples ejecutores de sus dictámenes.

El rigor, la prudencia, la continua apelación a la exactitud de sus conclusiones, son además un medio de resaltar el valor y la dificultad de los quehaceres desempeñados por la mayor parte de los miembros de las asociaciones librecambistas. Son sus conocimientos, en definitiva, los que permiten a estos jóvenes representantes de la abogacía, el periodismo o las carreras técnicas, esgrimir sus saberes frente a las componendas y los mecanismos propiciados por los partidos políticos. Para todos ellos, la política y las cuestiones "que agitan, exasperan y conmueven a los pueblos, perderían casi toda su importancia", si las leyes se atuvieran a las premisas descubiertas por las disciplinas científicas en las que destacan con luz propia.[5] Mientras los acontecimientos les dan la razón, los economistas contemplan, pues, con indiferencia las querellas de la política, exponen sus méritos y aguardan el día en que los partidos sean, "además de legales, inteligentes". Un día que llegará, naturalmente, cuando den paso a la burguesía profesional e incluyan "en su seno -como indica uno de sus portavoces-

hombres especiales en todos los ramos; es decir, buenos administradores, inteligentes hacendistas y notabilidades en el crédito público; sobresalientes juriconsultos y notabilidades en legislación; conocedores profundos de la industria y el comercio (...); entendidos geómetras, mecánicos e ingenieros de todas clases".[6]

Gabriel Rodríguez y Echegaray, miembros destacados de esa élite profesional, comparten desde luego las opiniones reseñadas. Así lo confirma el hecho de que, antes del Sexenio, amonesten profesoralmente a los partidos por olvidar sus deberes, y, el que, sobre todo, mantengan, a partir de la Restauración, un cierto distanciamiento con respecto a la política e intervengan con frecuencia en la vida pública como representantes de la razón. Por este motivo, Gabriel Rodríguez se convierte, en ciertos ambientes, en un modelo de conducta, en "el hombre que no ha querido ser ministro" y mantiene celosamente su independencia.[7] Y, sin duda, los factores anotados inciden en la trayectoria seguida por Echegaray. Su largo peregrinaje como ministro en gabinetes muy diversos tiene, precisamente, su origen en la importancia secundaria que concede a las contiendas políticas, y en la facilidad con que deja a un lado los programas para aplicarse a la resolución de los problemas concretos en Hacienda.

Ciertamente, tanto Gabriel Rodríguez como Echegaray destacan una vez más por exponer en una fecha temprana las aspiraciones enunciadas por los adeptos de Bastiat. Un artículo publicado en El Economista, en 1856, <<Los partidos políticos en España>>, nos permite conocer la posición de sus redactores y nos adelanta los criterios sostenidos por los economistas. El periódico se plantea dos interrogantes: "¿Cuáles deben ser los límites de la acción del gobierno?", y "¿cómo debemos organizar el gobierno?". A partir de ahí, establece una tajante jerarquía entre los trabajos de los economis-

tas y las actividades de los políticos. A su juicio, la Economía política responde a la primera pregunta, la más importante, con "argumentos de razón", pues se trata de "una cuestión de ciencia"; la política se ocupa, por su parte, de la segunda, pero, al carecer de una base científica, sus dictámenes son siempre "sofismas más o menos ingeniosos". Por este motivo, la política se limita a buscar las formas de gobierno más convenientes en un momento dado, y sus soluciones, como demuestran los cambios y trastornos en Francia, resultan, por tanto, inestables. El Economista observa, pues, con cierto desdén las luchas internas y las contradicciones en que incurren los partidos españoles, y manifiesta, finalmente, su esperanza de que en el futuro sus problemas y diferencias se planteen con la misma racionalidad que los asuntos económicos.[8]

Las ideas expuestas por Gabriel Rodríguez y Echegaray reaparecen luego con frecuencia en los escritos de los partidarios del librecambio. Frente a los estrechos criterios de los partidos, los economistas pretenden resolver los grandes problemas colectivos en nombre de la razón y del progreso. Contemplan desde arriba las argucias de los políticos y procuran mantener las distancias, precisamente, porque aspiran a reemplazarles en un futuro inmediato. Los objetivos que Enrique Pastor señala en La Tribuna de los Economistas, al cumplir la publicación su primer año, no dejan lugar a dudas sobre sus propósitos: "Si lográsemos que esa ardiente y estudiosa juventud se apartara de ciertas luchas políticas, convergiendo su atención hacia las económicas, se habrían colmado nuestros deseos". Las pretensiones del grupo formado por los librecambistas se perciben con mayor nitidez aún cuando, poco después, indica que la política debe "subordinarse a los principios fundamentales de la ciencia económica ", y recuerda que en Inglate-

rra sus opiniones tienen una influencia superior a la de los propios partidos".[9]

Evidentemente, las palabras del director de La Tribuna formulan unos sentimientos y aspiraciones generalizados entre los economistas. Los testimonios se multiplican, pues, en esta dirección. Por estas fechas, otro destacado representante del librecambio, Felix Bona, se expresa, por ejemplo, con la misma rotundidad. Cuando comenta la situación política en Inglaterra, indica a los lectores de La América que el cartismo se encuentra en sus horas más bajas, para, a renglón seguido, mostrar su alborozo por el hecho de que torys y whigs, sigan las pautas establecidas por Cobden y su Liga y presten mayor atención a las cuestiones económicas que a las relacionadas con la política.[10] Y, al resumir las ideas de Stuart Mill, Jose Joaquín de Mora no deja pasar la ocasión para resaltar los éxitos de Cobden e indicar que los hombres estudiosos deben prevalecer sobre los políticos a fin de evitar los radicalismos y las doctrinas inviables en la práctica.[11] Para todos ellos resulta, pues, evidente que, tanto la prosperidad como la paz de las naciones, dependen de la mayor o menor atención que los gobiernos concedan a las reflexiones de la Economía política. Esa es al menos la lección que Luis María Pastor, con la vista siempre puesta en Inglaterra, deduce, en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de los hechos que componen la reciente historia de Europa. El párrafo, si se perdona su extensión, nos muestra con claridad la postura de los librecambistas y sus implicaciones:

> Inglaterra, donde la Economía política es admitida y sus principios practicados treinta años ha en la esfera del gobierno, no sólo es la nación más rica y floreciente del mundo, sino la única que ha permanecido inalterable desde que Guillermo III cerró el cráter de la revolución, sin que hayan sufrido el menor estrecha-

> miento sus sabias instituciones; mientras que Francia, por haberse resistido más que todos los pueblos europeos a someter su administración a los preceptos de la ciencia económica, ha visto, a pesar de sus ventajosas condiciones, hundirse y levantarse sucesivamente tres dinastías en el presente siglo, siendo allí donde las utopías socialistas han logrado imprimir más honda huella.[12]

El rechazo de los partidos políticos y los elogios prodigados a las asociaciones existentes en Inglaterra, nos recuerda por lo demás un hecho evidente: la actuación de los economistas se atiene escrupulosamente a los patrones típicos de la burguesía. En efecto, las relaciones y la índole de los lazos que ligan a los miembros de las sociedades librecambistas, se corresponden fielmente con los "sistemas más o menos informales para la protección del progreso mutuo", descritos por Hobsbawm.[13] Sólo este tipo de asociaciones, que surgen a partir "de una aristocracia común o de las mismas instituciones de enseñanza superior", disipa los recelos que, entre los profesionales vinculados al librecambio, generan las influencias existentes en los partidos, la existencia, en definitiva, de una maquinaria que escapa al control de sus engranajes. Frente a los movimientos de masas y los cuadros organizados por los partidos, los economistas otorgan su preferencia a los grupos de presión que no amenazan sus postulados individualistas y que garantizan la influencia de quienes sobresalen por su prestigio y capacidades personales.

LOS LIBRECAMBISTAS EN EL ATENEO: SUS CONTACTOS CON DEMOCRATAS Y KRAUSISTAS.

Conforme los economistas buscan un auditorio más amplio y deciden intervenir en la discusión de los problemas de la sociedad, podemos observar cómo estrechan sus relaciones con otras fuerzas y, especialmente, con algunos discípulos de Sanz del Río y con los núcleos del partido democrático que no

aceptan el socialismo. La aproximación se lleva a cabo, en principio, por medio de una serie de contactos personales entre sus figuras más destacadas: Gabriel Rodríguez y Echegaray, como representantes de los sectores más radicales dentro del librecambio; Castelar, que encabeza a los demócratas individualistas, y Canalejas, siempre interesado en resaltar las aplicaciones prácticas del krausismo. Aunque los grupos mencionados delimitan con claridad sus posturas en todo momento, no es, en absoluto, sorprendente que, hacia 1860, unos y otros suscribieran un programa común.

Por un lado, todos se encuentran en una posición marginal con respecto al gobierno, que les invita a unir sus fuerzas y a relegar las posibles discrepancias. Pero, al margen de estas razones tácticas, resulta evidente que, en sus escritos e intervenciones públicas, la coincidencia de pareceres es palpable. La libertad provoca idénticos entusiasmos. Krausistas y librecambistas -según nos indica Echegaray- defienden conjuntamente "la libertad del pensamiento, la libertad de conciencia, la libertad de imprenta sin censura, la libertad de asociación sin privilegios ni restricciones, la libertad del trabajo, y así sucesivamente todo un santo rosario de libertades".[14] Si el partido democrático coloca al frente de sus manifiestos los derechos del individuo, los krausistas y los economistas ponen el mismo énfasis en los derechos "absolutos, imprescriptibles, que se derivan de su propia naturaleza". Las denuncias realizadas por los librecambistas sobre las intromisiones del Estado o los abusos de los monopolios, son asumidas también por todos ellos. Sanz del Río rechaza expresamente "el privilegio, el monopolio, la arbitrariedad en el poder" y aboga por la libertad "de comercio y de industria".[15] Castelar menciona en <u>La fórmula del progreso</u> las libertades de comercio y de crédito así como la abolición de las contribuciones indirectas.[16] Todos observan confiados la evolución de la humanidad y co-

locan a la Providencia como eje central de la historia. Escuchan con admiración las lecciones de Castelar sobre La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo; asienten cuando oyen que "la libertad es hija del cristianismo" o que "el progreso es un dogma cristiano", y no encuentran ningún desacuerdo entre los principios democráticos y las normas esenciales de la religión.[17] El moralismo, al que recurren con insistencia los líderes de la izquierda para denunciar las corruptelas del gobierno y convertir los enfrentamientos de clase en reivindicaciones humanitarias, ocupa un lugar igualmente destacado entre los librecambistas y los seguidores de Sanz del Río.[18] Finalmente, una misma palabra resuena en sus ensayos. El racionalismo armónico, las armonías económicas, la armonía que Castelar halla entre Dios, el hombre y la naturaleza, recogen el optimismo de quienes se afanan por obtener una respuesta que concilie los intereses enfrentados sin caer en los ensayos revolucionarios o en los desmanes del absolutismo. Vistos estos antecedentes, no era difícil imaginar que las palabras empleadas por unos y otros formaban parte de una misma melodía.

Los primeros contactos se producen en 1859, en los salones del Ateneo, cuando se plantea si el socialismo es un síntoma de progreso o de decadencia de la sociedad. Para analizar el problema "que suspende hoy todos los ánimos y atrae todas las inteligencias", krausistas, demócratas y librecambistas aúnan sus fuerzas y, junto a Castelar y Canalejas, hace oír su voz una lucida representación de los economistas, formada por Bona, Moret, Sanromá, Rodríguez y el propio Echegaray.[19]

El tema escogido por el Ateneo ofrece a los librecambistas una ocasión excelente para exponer sus planteamientos, pues, durante estos años, su popularidad nace precisamente del ardor con que en todo momento se disponen a combatir las ideas difundidas por el socialismo. Una postura que resulta